



U A N

IDAD AUTÓNOMA DE NUEVO

CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTEC

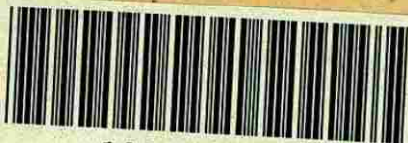
new

PQ2369
F78

Derrica Y

Bernardo

Musset.



1020016725



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

10 de Mayo 1961

[Handwritten signature]

FEDERICO Y BERNERETA

VENDESE EN LA

Librería General

DANIEL MONTERO.

Apartado 256. Comercio 21. Telefono 789.

Núm. Clas. N
Núm. Autor M 989 K
Núm. Adg. 5 5035
Procedencia 1
Precio _____
Fecha agosto 1965
Clasificó _____
Catalogó _____



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

MAUCCI HERMANOS, EDITORES

PRIMERA DEL RELOJ, 1

1900

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apdo. 1025 MONTERREY, MÉXICO

COLECCIÓN REGENTE

Federico y Bernereta

POR

ALFREDO DE MUSSET

TRADUCCIÓN

de

RAMÓN CONSTANT



55035

P02369

F78



ACERVO DE LITERATURA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

115976

FEDERICO Y BERNERETA

I

Hacia los últimos años de la Restauración, un joven llamado Federico Hombert llegó a París para estudiar jurisprudencia. Su familia no era rica y no le procuraba más que una pensión módica, pero como el muchacho era metódico, le bastaba con poca cosa. Hospedóse en el barrio Latino, con objeto de estar cerca de la Sorbona, y sus aficiones y temperamento eran tan sedentarios, que apenas si visitó los paseos, las plazas y monumentos, que constituyen en París la curiosidad de los extranjeros. El trato de algunos jóvenes, con los cuales tuvo muy luego ocasión de reunirse en la Escuela de Derecho y en algunos hogares, que le flanquearon unas cuantas cartas de recomendación, eran sus únicas distracciones. Con sus padres sostenía una correspondencia periódica, anunciándoles el resultado fausto de sus exámenes a medida que iba verificándolos. Luego de haber

trabajado asiduamente tres años consecutivos, vió llegar por fin el momento de licenciarse de abogado; faltábale solo la lectura del discurso y se había ya señalado la época de su regreso á Besançon, cuando una circunstancia imprevista vino á perturbar su reposo por algún tiempo.

Vivía en la calle de la Harpe, en el piso tercero, y tenía flores en su ventana, de las cuales cuidaba especialmente. Regándolas una mañana divisó en una ventana, frente á la suya, á una joven que al verle se echó á reír; contemplábale tan alegre y francamente que él se decidió á saludarla, inclinando la cabeza. Ella le devolvió el saludo con mucha gentileza, y desde aquel momento se acostumbraron á darse todas las mañanas los «buenos días», de una ventana á la otra. Un día en que Federico se había levantado más temprano que de costumbre, después de saludar á su vecina cogió una hoja de papel, que dobló en forma de carta, y luego se la enseñó á la joven, preguntándola de este modo si podría escribirla, pero ella movió la cabeza haciendo un signo negativo, y se retiró contrariada.

La casualidad hizo que al día siguiente se encontrasen en la calle. La señorita volvía á su casa en compañía de un joven, á quien Federico desconocía, y á quien no recordaba haber visto entre los estudiantes. En el continente y atavíos, Federico juzgó que su vecina debía

ser lo que en París se llama una griseta. El acompañante, á juzgar por su edad, no podía ser otra cosa que un hermano ó un amante, y más bien semejaba lo segundo que lo primero. Federico resolvió no insistir más en esta aventura. Los primeros fríos habían llegado; quitó las flores del lugar que ocuparon en su ventana, pero á pesar suyo miraba siempre fuera de cuando en cuando; acercó á la ventana la mesa en que trabajaba y dispuso los visillos de manera que pudiera acechar sin ser visto.

La vecina, por su parte, ya no se dejó ver por las mañanas. Asomábase alguna vez á las cinco de la tarde para cerrar las persianas después de haber encendido la lámpara. Federico se arriesgó un día á enviarla un beso y se sorprendió al ver que ella se lo devolvía con igual contento que en los primeros saludos; cogió de nuevo el trozo de papel que había dejado plegado en su mesa, y explicándose por señas lo mejor que pudo, solicitó que le escribiese ó que acogiera su misiva. Pero la respuesta no fué más grata que la vez primera: la griseta volvió á sacudir la cabeza é hizo lo mismo durante ocho días consecutivos. Los besos eran bien acogidos, pero había que renunciar á las cartas.

Despechado Federico, al cabo de una semana de experimentar sin interrupción el mismo desaire, desgarró el papel ante su vecina, quien rió de ello al principio, permaneció indecisa

unos instantes, y luego sacó del bolsillo de su delantal una carta, que mostró á su vez al estudiante; el lector comprenderá que éste no movió la cabeza. Como no podía hablar, escribió en letras grandes en una hoja de dibujo, que lo era también, estas dos palabras: «Os adoro». La hermosa griseta, provista de unos lentes, pudo leer la primera declaración de su amante. A la cual contestó con una sonrisa, indicando de paso á Federico que bajara á la calle para entregarle la carta que le había enseñado.

El tiempo era lóbrego y la niebla espesa. El joven bajó deprisa, atravesó la calle y entró en el portal de su vecina; la puerta estaba abierta y la señorita al pie de la escalera. Federico la abrazó y la besó antes de hablarla y ella escapó temblorosa.

—¿Quéme habéis escrito?—preguntó:—¿cuándo y cómo puedo volver á veros?

Ella se detuvo, volvió sobre sus pasos, y deslizándolo su cartita en la mano de Federico:

—Tomad—le dijo,—y no durmáis otra vez fuera de casa.

En efecto, aconteció al estudiante poco había, el pasar una noche fuera de su domicilio, y la griseta lo echó de ver.

Cuando dos enamorados están de acuerdo, los obstáculos pesan por adarmes. La carta entregada á Federico recomendaba las más grandes precauciones; hablaba de peligros amenaza-

dores é interrogaba dónde había que ir para verse. No había que pensar en la habitación del estudiante y precisaba buscar un cuartito en los alrededores. El barrio latino los tiene abundantes, y la primera cita se había fijado cuando Federico recibió la siguiente carta:

«Me decís que me adoráis, y no me decís si os parezco bonita. No me habéis visto bien: para poder quererme, menester es que me veáis mejor. Voy á salir con mi criada, salid también vos y nos encontraremos en la calle. Os dirigiréis á mí como si fuese una conocida, me diréis algunas palabras y durante este tiempo podréis contemplarme con detenimiento. Si no os parezco bonita me lo diréis y no me enfadaré por ello. La cosa es sencilla y además yo soy una buena muchacha.

Mil besos.

Bernereta.

Obedeció Federico las órdenes de su amada, y no tengo para qué decir que la prueba fué excelente. Bernereta, sin embargo, con refinada coquetería, en vez de adornarse con todas sus galas para la entrevista, presentóse al desgaire, con los cabellos de cualquier modo cubiertos por el sombrero. Saludóla respetuosamente el estudiante, la repitió que la encontraba más hermosa que nunca, y luego volvió á su casa encantado con su nueva conquista; pero

le pareció mucho más linda al día siguiente, cuando compareció á la entrevista y vió que la joven podía prescindir no ya solamente de adornos, sino también de toda suerte de posturas, hasta de la más insignificante.

II

Federico y Bernereta se habían consagrado al amor casi antes de haber cambiado una sola palabra, y ya se tuteaban á las primeras que se dirigieron. Abrazados estrechamente se sentaron cerca de la chimenea, donde ardía un fuego bienhechor. Allí, Bernereta, apoyándose en las rodillas de su amante, con las mejillas encendidas por el placer, le mostró quién era ella. Había sido comedianta en provincias, llamábase Luisa Durand, y Bernereta era su nombre de combate. Dos años hacía que la acompañaba un joven, á quien no amaba, y deseaba á todo trance desprenderse de él, variando de manera de vivir ya entrando en el teatro, si encontraba apoyo para ello, ya aprendiendo un oficio. Nada decía de su familia ni de su pasado. Anunciaba solamente su resolución de romper los lazos que la ataban y que más no podía soportar. Federico no quiso engañarla; pintó sinceramente la situación en que se encontraba, y como no era rico y conocía poco el mundo, sólo podía procurarla un apoyo insignificante.

—Como no puedo sostenerte —añadió,—no quiero bajo ningún pretexto ser la causa de una ruptura; mas como sería para mí cruentísimo compartírte con otro hombre, te dejaré con harto sentimiento y guardaré en mi corazón el recuerdo de un día feliz.

Ante declaración tan inesperada, Bernereta se echó llorar. ¿Por qué alejarnos?—le dijo.—Si yo riño con mi amante, tuya no será la culpa, puesta que hace mucho tiempo que así lo tengo decidido. Si yo entro en una camisería para aprender el oficio, ¿tú no me seguirás queriendo?

Es un fastidio que no seas rico; pero, ¿qué quieres? haremos lo que podamos.

Iba Federico á rectificar, cuando un beso le impuso silencio. No hablemos ni pensemos más en ello—dijo Bernereta.—Cuando quieras algo de mí hazme señas desde tu ventana; y de lo demás no te preocupes, que nada debe importarte.

Por espacio de seis semanas próximamente, Federico apenas trabajó nada. Su tesis ya comenzada, dormía tranquila en la mesa; sólo añadía una línea de cuando en cuando. Sabía que si el deseo de divertirse le atrapaba, no tenía más que abrir la ventana; Bernereta estaba siempre presta, y cuando él la preguntaba cómo hacía para gozar de tanta libertad, ella contestaba siempre que á él no le importaba un

ardite. En el cajón de su mesa tenía el joven algunos ahorrillos, que gastó antes de lo que quiso, y al cabo de quince días se vió obligado á recurrir á un amigo para poder cenar con su amada.

Por lo que toca á este amigo, que se llamaba Gerardo, conoció el género de vida de Federico: «Ten mucho cuidado—le dijo,—que estás enamorado. Tu griseta nada tiene y tú tampoco tienes gran cosa; en tu pellejo recelaría mucho de una comedianta provinciana: estas pasiones llevan más allá de lo que se piensa.»

Federico, contestó riendo que no se trataba de una pasión, sino de un entretenimiento pasajero, y refirió á Gerardo cómo las relaciones habían comenzado de ventana á ventana. «Es una muchacha que sólo piensa en reír—dijo á su amigo;—nada menos peligroso que ella y nada tampoco menos serio que las relaciones que nos unen.

Con estos argumentos Gerardo se dió por vencido, invitando á Federico al trabajo. Este aseguró que su tesis iba pronto á tener feliz remate, y con objeto de no mentir púsose á trabajar algunas horas, pero aquella misma noche Bernereta le esperaba. Fueron juntos á la Cabaña y el trabajo quedó pendiente para otro día.

La Cabaña es el Tivoli del barrio latino, el punto donde se dan cita estudiantes y grisetas. Aunque dista mucho de ser el cenáculo de la

buena sociedad, es un recinto de placer: allí se bebe cerveza y se baila; una alegría franca y á veces un poco ruidosa anima á los congregados. Los elegantes llevan gorros redondos y los *fashionables* americanas de terciopelo; se fuma y chocan los vasos y se ama al aire libre. Si la policía prohibiese la entrada en este jardín á las criaturas que cataloga, acaso fuese éste el único lugar de París en que se encontrara aquella vida privada de los estudiantes, tan libre y tan alegre, cuyas tradiciones van perdiéndose de día en día.

Federico, en su calidad de provincial, no se quejaba de las gentes que allí entraban; Bernereta, que no apetecía sino divertirse, no se las hubiera mostrado. Es necesaria alguna frecuentación del mundo para conocer dónde lógicamente puede uno divertirse. Nuestra feliz pareja no razonaba sus placeres; cuando había bailado toda la noche, se recogía cansada y contenta. Federico era tan novicio que sus primeras locuras juveniles le parecían la propia dicha. Cuando Bernereta, apoyada en su brazo, saltaba al andar por el Boulevard Nuevo, no concebía nada mejor que vivir así, un día y otro. Preguntábanse de cuando en cuando cómo andaban sus asuntos respectivos, pero ninguno de los dos respondía categóricamente sobre este particular. El cuartito amueblado, que estaba cerca del Luxemburgo, pagado por dos me-

ses, esto era lo importante. Alguna vez, al llegar allí, Bernereta llevaba bajo el brazo un pastel envuelto en papel y Federico una botella de vino bueno: sentábanse á la mesa; la joven cantaba á los postres algunas canciones de las piezas que había representado, y cuando había olvidado la letra, el estudiante improvisaba, para reemplazarla, algunos versos en loor de su amiga; cuando no daba con la rima un beso, la substituía. Así pasaban la noche mano á mano, sin advertir el tiempo que perdían.

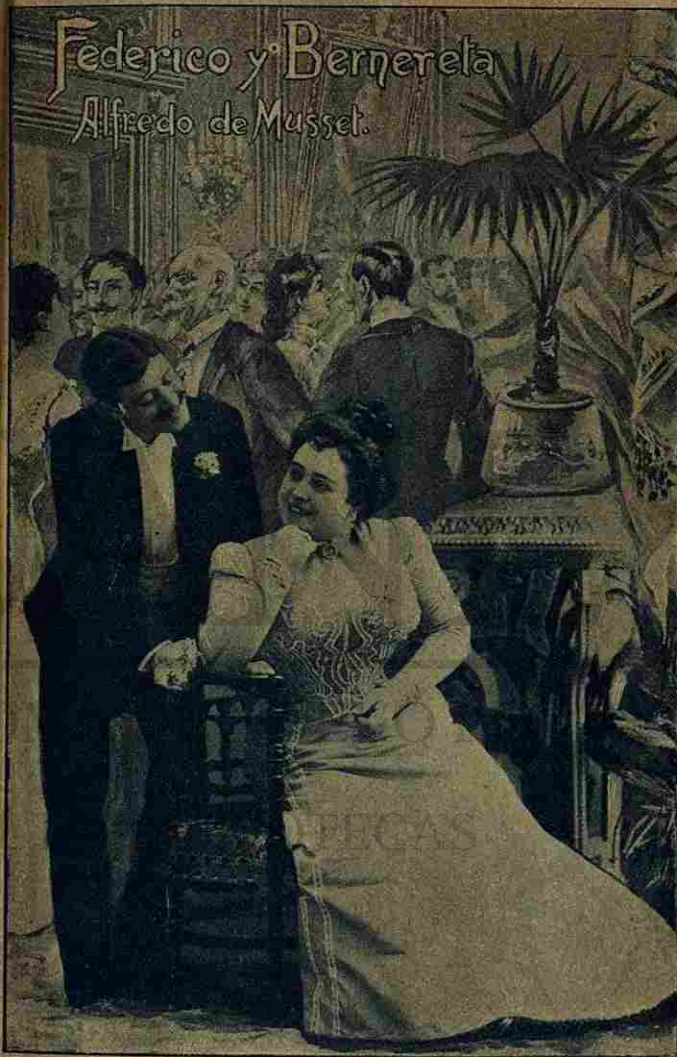
—No haces nada—decía Gerardo—y tu entretenimiento pasajero durará más tiempo que una pasión. Mucho cuidado, tú gastas dinero y descuidas los medios de ganarlo que tienes á tu alcance.

—Tranquilízate—respondía Federico;—mi tesis adelanta y Bernereta va á entrar de aprendiz en una camisería. Déjame gozar en calma un momento de felicidad, y no te inquietes del porvenir.

Mientras tanto se acercaba la época en que había que imprimir la tesis. La acabó apresuradamente, y no por ello valló menos. Federico fué recibido abogado y envió á Besançon algunos ejemplares de su trabajo acompañados de su diploma. Su padre respondió á tan dichosa nueva con el envío de una cantidad mucho más importante que la necesaria para pagar los gastos de regreso al pueblo. Así, pues, su alegría

Federico y Bernereta

Alfredo de Musset.



paternal favoreció sin querer los placeres amorosos. Federico pudo devolver á su amigo el dinero que le había prestado, y convencerle al paso de la inutilidad de sus amonestaciones. Quiso también hacer un obsequio á Bernereta, pero ésta lo rechazó.

—Obséquilame con una cena—le dijo—lo que yo quiero de ti es tú mismo.

Con un carácter tan alegre como el de esta muchacha, fácil era advertir cuando las asaltaba algún pesar. Federico la vió un día triste y la preguntó la causa, y después de algunas indecisiones sacó una carta del bolsillo.

—Es un anónimo—dijo;—lo recibí ayer el joven q que vive conmigo, y me lo ha dado diciéndome que no 'preste ningún crédito á las acusaciones sin firma.

—¿Quién lo ha escrito? Lo ignoro. La ortografía es tan mala como el estilo, mas nó por ello es para mí menos peligroso: se me denuncia como una mujer perdida y hasta le señalan el día y la hora de nuestras últimas entrevistas. Menester es que sea alguno de la casa, una portera ó una sirvienta; nó sé qué hacer ni de qué modo preservarme del peligro que me amenaza.

—¿Qué peligro?—preguntó Federico.

—Yo creo — dijo riendo Bernereta—que en ello me va la vida. Tendré que habérmelas con un hombre de carácter violento, y si supiera que yo le engaño, capaz sería de matarme.

En vano Federico leyó de nuevo la carta y la examinó de cien maneras; no pudo reconocer la escritura. Volvió á su casa muy desasosegado y resolvió no ver á Bernereta en unos cuantos días; pero al instante recibió estas líneas de la muchacha:

«Lo sabe todo; ignoro quién habló, pero creo que ha sido la portera. El irá á verte; pues quiere batirse. No tengo alientos para escribir más; estoy más muerta que viva.»

Federico pasó todo el día en su cuarto. Aguardaba la visita de su rival, ó al menos una provocación; pero se sorprendió al ver que no llegó ni lo uno ni lo otro. Al día siguiente, y los ocho que le siguieron, igual silencio. Por fin supo que el señor de N*** amante de Bernereta, había tenido con ella un altercado, el cual había dado motivo á que la joven abandonara la casa y se refugiara en la de su madre. Habiendo quedado solo y desolado con la pérdida de una querida á quien amaba con frenesí, el joven salió de su casa una mañana y no había vuelto á parecer. Al cabo de cuatro días, como no se le había vuelto á ver, abrieron la puerta de su cuarto y entonces vieron que había dejado en la mesa una carta en que anunciaba su fatal designio. Una semana después se encontraron en el bosque de Mendou los restos de este infortunado.

III

La impresión que experimentó Federico ante la nueva de este suicidio, fué muy intensa. Aunque no conocía á aquel joven, ni jamás le hubiera dirigido la palabra, sabía su nombre, que pertenecía á una familia ilustre. Vió llegar á los padres y á los hermanos enlutados, y tuvo noticia de las tristes circunstancias y de las pesquisas que hubieron de hacerse para el hallazgo del cadáver. La justicia selló las puertas del cuarto, y á poco los tapiceros se llevaron los muebles; la ventana donde Bernereta trabajaba quedó abierta, dejando ver sólo las paredes desnudas de la habitación desalquilada.

Cuando un hombre no es culpable, ningún remordimiento experimenta: Federico nada grave tenía que echarse en cara, puesto que á nadie había engañado, y ni conocía siquiera cuál fuese el estado de las relaciones entre la griseta y su amante. Pero sentíase penetrado de horror al reconocer que había sido causa involuntaria de una fatalidad tan cruel. —¿Por qué no vino á buscarme? —se decía; —¿por qué no volvió contra mí el arma que acabó con su vida? Ignoro lo que yo hubiera hecho y lo que habría pasado, pero mi corazón me dice que no habría acontecido tanta desdicha. ¿Por qué no había yo de haber sabido que la amaba tanto? ¿Por qué no

fui testigo de su dolor? ¡Quién sabe! Acaso yo me hubiera alejado; acaso le hubiese convencido, curado, llevado al buen camino con palabras sinceras y amistosas. De todos modos viviría aún y hubiese preferido que me rompiera el brazo mejor que pensar que al matarse haya podido proferir mi nombre.

En medio de estas reflexiones tristesimas recibió una carta de Bernereta, que estaba enferma en cama. En la última escena que ella tuvo con el Sr. N***, éste la pegó haciéndola caer en tierra. Salíó Federico con idea de visitarla, mas le faltó valor para ello. Seguir con ella le pareció horrible, algo así como un asesinato. Por fin se decidió á partir, y luego de haber puesto en orden sus asuntos envió á la pobre muchacha aquello de que buenamente pudo disponer, prometiéndola no abandonarla si la miseria la asaltaba; enseguida regresó á Besançon.

Su llegada fué, como puede suponerse, un día de júbilo para su familia. Todos le felicitaron por su flamante título y todos le pidieron pormenores acerca de su estancia en París; su padre le acompañó con orgullo á las casas de las personas más notorias de la ciudad, y pronto le anunciaron un proyecto ideado durante su ausencia: se había pensado en casarle, y le proporcionaron la mano de un persona joven y linda, cuya fortuna era aceptable y honrosa. No rechazó ni aceptó; llevaba en el alma una

tristeza que nada podía mitigar. Se dejó guiar por donde quisieron llevarle; contestó lo mejor que supo á cuantos le interrogaban, y hasta puso lo que pudo de su parte por hacer la corte á su prometida; pero sin alegría, y casi á pesar suyo, iba cumpliendo todos estos deberes; y no es que Bernereta le fuese tan cara que le hiciese renunciar á un matrimonio ventajoso, sino que las últimas circunstancias habían ejercido tan honda influencia en su espíritu [que no podía calmarse tan pronto. En un corazón perturbado por el recuerdo, no queda lugar para la esperanza; estos dos sentimientos, con su viveza extrema, se excluyen el uno al otro: sólo al debilitarse se concilian y dulcifican, acabando por llamarse mutuamente.

La joven de que se trataba tenía un carácter muy melancólico, y Federico no la inspiraba aversión ni simpatía; por una obediencia, como él, se prestaba á secundar los proyectos de sus padres. Gracias á la facilidad que para hablar juntos tenían ambos, se dieron cuenta cabal del estado de sus almas. Advirtieron que el amor no llegaba y que sólo amistad había entre ellos. Un día en que las dos familias reunidas celebraron una gira campestre, Federico volvió del brazo de su futura. Ella le preguntó si no había dejado en París algún amor y él le contó su historia, que la joven encontró graciosa al principio, por tratarse de una bagatela. Federico

habló de su aventura cual de una locura sin importancia, pero el final de la relación pareció muy serio á la señorita Darcy (este era el nombre de la joven). ¡Gran Dios!—exclamó,—la historia es cruentísima. Comprendo lo que en vos ha pasado y por ello más os estimo. Pero de nada sois culpable; dad tiempo al tiempo. Vuestros padres tienen acaso tanta prisa como los míos en concluir el matrimonio que se les metió en la cabeza; confiad en mí. Os ahorraré el fastidio cuanto pueda, y de todos modos el dolor de una negativa.

Con estas palabras separáronse. Federico sospechó que la señorita Darcy le reservaba también una confidencia, y no se equivocó. Quería la niña á un oficial joven, desprovisto de fortuna, que solicitó su mano, y que fué rechazado por la familia; dió á su vez prueba de franqueza y Federico la juró que por ello no había de arrepentirse; pactaron el convenio de resistir á sus padres haciendo ver que se sometían á su voluntad. Se les veía juntos constantemente, bailando juntos en el baile, hablando en las reuniones, andando separados en el paseo; pero después de haberse conducido todo el día como dos enamorados, se estrechaban las manos al separarse y se repetían todas las noches que nunca llegarían á ser esposos.

Semejantes situaciones son muy peligrosas: tienen un encanto que arrastra, y el corazón se

entrega á ellas confiadamente; pero el amor es una divinidad celosa que se irrita tan luego como deja de temérsela, y alguna vez se aman sólo porque se prometió no amar. Al cabo de algún tiempo Federico recobró la alegría perdida: se decía que al fin y al cabo él no tenía la culpa si una intriga leve había tenido fatal desenlace, que cualquier otro en su lugar habría obrado como él, y que había que olvidar lo que tenía imposible arreglo. Comenzó el joven á gozarse en ver á diario á la señorita Darcy, quien le pareció más linda que en sus primeras entrevistas. Más no por ello cambió de proceder, aunque poco á poco fué poniendo en sus discursos y protestas de amistad un entusiasmo y un calor que no dejaban lugar á dudas. También la joven iba en este punto sabiendo á qué atenerse; el instinto femenino la advirtió pronto de lo que pasaba en el corazón del joven, y se sintió halagada y hasta enternecida; pero sea porque fuera más constante que él ó porque no quisiera volverse atrás en lo que había convenido, tomó la determinación de romper con él, arrancándole á cuajo toda esperanza. Para cumplir este designio era preciso aguardar á que el joven se explicara claramente, y la ocasión se presentó muy luego.

Una tarde en que Federico se había mostrado con mayor alegría de la ordinaria, la señorita Darcy, mientras tomaban el té, fué á sentarse

en un cuarto apartado. Una cierta inclinación romancesca, frecuentemente natural en las mujeres, procuraba aquel día á su mirada y á su palabra indefinible atractivo. Sin que se diera cuenta de lo que experimentaba, sintióse con la facultad de ocasionar una impresión violenta y cedió á la tentación de servirse de su poder, aun cuando para ello tuviera que sufrir algún tanto. Federico, que la vió salir, la siguió, acercóse á ella, y después de algunas palabras sobre la tristeza que en ella advertía:

—Señorita—la dijo,—¿creéis que se acerque el día en que yo declare mi pasión de una manera positiva? ¿Por ventura habéis encontrado algún medio que me liberte de esa necesidad apremiante? Vengo á consultaros sobre este punto. Mi padre me pregunta constantemente y ya no sé qué decirle. ¿Qué puedo yo objetar contra esta unión, y cómo decir que no la quiero á usted? Si yo simulo encontraros poco bonita, cuerdo ó discreto, nadie se resignará á creerme. Precisa, pues, que diga que quiero á otra, y cuanto más tardemos más mentiré diciéndolo. ¿Cómo podría ocurrir otra cosa? ¿Acaso puedo yo impunemente veros todos los momentos? ¿Cómo es posible que ante vos no se borre la imagen de una persona ausente? Decidme lo que tengo que contestar y lo que pensáis vos misma. ¿Han cambiado vuestros designios? ¿Dejaréis que vuestra juventud fenezca en la soledad? ¿Per-

manecéis fiel á un recuerdo, el cual haya de bastaros? Si juzgo por mí, confieso que no puedo creerlo, pues reconozco que equivale á engañarse, ponerse enfrente al propio corazón y contra el común destino, que quiere que se olvide y que se ame. Si me lo ordenáis sostendré la palabra empeñada, pero no puedo ocultaros que esta obediencia será para mí muy cruel. Sabed, pues, que ahora sólo de vos depende nuestro porvenir, estoy pendiente de vuestros labios.

—No me sorprende lo que me decís—contestó la señorita Darcy,—así hablan todos los hombres. Para ellos todo lo abarca el momento presente y sacrifican su vida al deseo de echar un piropo. Las mujeres tienen también tentaciones de este género, con la sola diferencia de que saben resistir á ellas. Hice mal en fiarme de vos y es muy justo que lleve el castigo que merezco, pero aun cuando mi negativa hubiera de molestaros y de acarrearos vuestro resentimiento, voy á participaros una cosa, cuya veracidad experimentaría andando el tiempo: no se ama más que una sola vez en la vida, cuando se es capaz de amar. Los inconstantes no aman juegan con el corazón. Cuentan que para el matrimonio la amistad sola es bastante, lo cual es posible en ciertos casos, pero, ¿cómo ha de serlo para nosotros puesto que ya sabéis que yo tengo otro amor? Suponiendo que hoy abuséis

de mi confianza para determinarme á que nos casemos, ¿qué haríais de este secreto cuando yo fuese vuestra esposa? ¿No bastaría por sí solo para hacer nuestra dicha imposible? Me resigno á creer que vuestros amores parisinos sólo fueron locura propia de un joven. ¿Pensáis acaso que me procuraron ideas ventajosas de vuestro corazón y que me sea indiferente ver un carácter tan frívolo? Creedme, Federico—añadió tomando la mano al joven, vos amaréis un día, cuando este día sea llegado, si os acordáis de mí, acaso tengáis alguna estima por la que se atrevió á hablaros como os habló. Entonces sabréis lo que es el amor.

Y al proferir estas palabras se levantó y salió. Había visto la turbación de Federico y el efecto que su discurso le produjo, dejándole lleno de tristeza. El pobre muchacho era demasiado inexperto para suponer que en una declaración tan formal pudiera haber la menor coquetería. Ignoraba los móviles extraños que á veces gobiernan los actos de las mujeres y no sabía que la que realmente quiere decir que no, se limita á decirlo, y que la que se explica es porque quiere que la convenzan.

De todos modos esta conversación produjo en él un efecto desastroso. En vez de buscar los recursos para convencer á la señorita Darcy, evitó hablar con ella á solas algunos días. Demasiado altiva para arrepentirse, ella dejó que

se alejara en silencio. Buscó á su padre y le habló de la necesidad de hacer una transacción. Cuanto al matrimonio, la señorita Darcy fué quien se encargó de hablar en primer término; no se atrevió á oponerse resueltamente, temiendo incurrir en las iras de su familia, pero solicitó tiempo para reflexionar y consiguió que la dejaran en sosiego.

Durante un año, Federico dispuso su regreso á París; acrecentaron un poco su pensión y abandonó el pueblo con mayor tristeza que al encontrarlo. El recuerdo de su última entrevista con la señorita Darcy le perseguía como un presagio funesto, y mientras la diligencia le llevaba lejos de su país, se decía para su capote: «Ya sabréis lo que es el amor.»

IV

Esta vez no se alojó en el barrio latino; tenía que hacer en el Palacio de Justicia y alquiló una habitación cerca del muelle de las Flores. Apenas había llegado cuando recibió la visita de su amigo Gerardo. Este, durante la ausencia de Federico, heredó cuantiosos intereses. La muerte de un tío suyo le enriqueció: tenía un piso en la Calzada de Antin, un carruaje y caballos; además sostenía á una linda señorita; visitaba á muchas jóvenes, se jugaba en su casa todo el día y alguna vez toda la noche; recorría

de mi confianza para determinarme á que nos casemos, ¿qué haríais de este secreto cuando yo fuese vuestra esposa? ¿No bastaría por sí solo para hacer nuestra dicha imposible? Me resigno á creer que vuestros amores parisinos sólo fueron locura propia de un joven. ¿Pensáis acaso que me procuraron ideas ventajosas de vuestro corazón y que me sea indiferente ver un carácter tan frívolo? Creedme, Federico—añadió tomando la mano al joven, vos amaréis un día, cuando este día sea llegado, si os acordáis de mí, acaso tengáis alguna estima por la que se atrevió á hablaros como os habló. Entonces sabréis lo que es el amor.

Y al proferir estas palabras se levantó y salió. Había visto la turbación de Federico y el efecto que su discurso le produjo, dejándole lleno de tristeza. El pobre muchacho era demasiado inexperto para suponer que en una declaración tan formal pudiera haber la menor coquetería. Ignoraba los móviles extraños que á veces gobiernan los actos de las mujeres y no sabía que la que realmente quiere decir que no, se limita á decirlo, y que la que se explica es porque quiere que la convenzan.

De todos modos esta conversación produjo en él un efecto desastroso. En vez de buscar los recursos para convencer á la señorita Darcy, evitó hablar con ella á solas algunos días. Demasiado altiva para arrepentirse, ella dejó que

se alejara en silencio. Buscó á su padre y le habló de la necesidad de hacer una transacción. Cuanto al matrimonio, la señorita Darcy fué quien se encargó de hablar en primer término; no se atrevió á oponerse resueltamente, temiendo incurrir en las iras de su familia, pero solicitó tiempo para reflexionar y consiguió que la dejaran en sosiego.

Durante un año, Federico dispuso su regreso á París; acrecentaron un poco su pensión y abandonó el pueblo con mayor tristeza que al encontrarlo. El recuerdo de su última entrevista con la señorita Darcy le perseguía como un presagio funesto, y mientras la diligencia le llevaba lejos de su país, se decía para su capote: «Ya sabréis lo que es el amor.»

IV

Esta vez no se alojó en el barrio latino; tenía que hacer en el Palacio de Justicia y alquiló una habitación cerca del muelle de las Flores. Apenas había llegado cuando recibió la visita de su amigo Gerardo. Este, durante la ausencia de Federico, heredó cuantiosos intereses. La muerte de un tío suyo le enriqueció: tenía un piso en la Calzada de Antin, un carruaje y caballos; además sostenía á una linda señorita; visitaba á muchas jóvenes, se jugaba en su casa todo el día y alguna vez toda la noche; recorría

los bailes, los espectáculos, los paseos, en una palabra, de estudiante modesto convirtiéndose en joven á la moda.

Sin abandonar sus estudios, Federico se dejó arrastrar por el torbellino que á su amigo circundaba. Aprendió muy luego á menospreciar sus placeres de antaño, aquellos de la Cabaña. Aquel no era teatro digno de la juventud dorada. La sociedad en otras partes es peor que la de allí, pero nada importa; la costumbre todo lo justifica, y es más noble divertirse en casa de Musard, con la canalla, que en el Boulevard Nuevo con las personas decentes. Gerardo llevó á su amigo por doquiera. Este resistía cuanto podía, pero acababa por dejarse llevar. Relacionóse con una sociedad para él desconocida, vió de cerca las actrices y las bailarinas; el contacto con estas divinidades produce efecto indecible en un provincial. Trabajó amistad con jugadores, con gentes que hablaban sonriendo de cuatro mil pesetas que perdieran la víspera; acontecióle pasar la noche con ellos, y el día llegado, los vió, al cabo de doce horas empleadas en beber y en manejar las cartas, preguntarse cuáles serían los placeres de su jornada. Invitaronle á esos banquetes en que cada circunstancia tiene á su lado una mujer para su uso particular, á la cual no dirige la palabra y á la que se lleva al salir como se cogen el propio bastón y el sombrero. En una palabra, re-

unióse en todos los placeres de la vida ligera y exenta de tristezas que sólo viven algunos privilegiados, quienes por el deleite semejan pertenecer á la raza humana.

Así le fué de perlas al principio, desechando el mal humor de Besançon. En realidad, con semejante género de vida no hay medio ni siquiera de vivir preocupado: una de dos, hay que divertirse ó retirarse. Pero Federico se perjudicó más todavía porque perdió la reflexión y los ordenados hábitos que constituyen la suprema salvaguardia. No tenía dinero para jugar mucho tiempo, y jugó; quiso su sino malo que comenzase por ganar, y con lo que ganó tuvo de qué perder. Le vestía un sastre viejo de Besançon que hacía muchos años era el de toda su familia. Federico le escribió que no quería ya sus trajes y buscó un sastre á la moda. Pronto le faltó el tiempo para cumplir sus deberes: ¿cómo había de quedarle con individuos que en su afanoso no hacer nada no tenían tiempo ni para leer un periódico? Hacía paradas en el Boulevard, comía en el café, iba al bosque, tenía hermosos trajes y oro en su gaveta. No le faltaba más que un caballo y una querida para ser un *dandy* cumplido.

Es verdad, y no es poco decir que en los pasados tiempos un hombre no era tal ni vivía realmente sino con la condición de poseer tres cosas: un caballo, una mujer y una espada. Nues-

tro siglo prosaico y pusilánime suprimió por de pronto de estos tres amigos el más noble, el más seguro, el más inseparable de todo hombre de corazón. Hoy ya nadie lleva espada; más ¡ay! pocos hombres tienen caballo y hay quien se enorgullece de vivir sin mujer amada.

Un día en que Federico tenía deudas urgentes que pagar, se vió precisado á hacer algunas visitas á sus compañeros de placer, que no dieron ningún resultado. Por fin, pudo lograr tres mil francos mediante un pagaré. Cuando tuvo el dinero en el bolsillo, sintiéndose alegre y en calma después de la agitación que le dominara, dió una vuelta por el boulevard antes de volver á su casa, y al pasar por la esquina de la calle de la Paz para volver á las Tullerías, una mujer que iba del brazo con un hombre, se echó á reír al verle; aquella mujer era Bernereta. Federico se detuvo y se quedó mirándola; ella también volvió varias veces la cabeza y, Federico, sin saber por qué, cambió de camino y se metió en el café de París.

Se había paseado una hora y se disponía á almorzar, cuando Bernereta pasó de nuevo. Estaba sola, se dirigió á ella y la preguntó si quería almorzar con él. La joven aceptó y siguieron del brazo, pero le rogó que la llevase á otro establecimiento menos visible.

—Vamos al *cabaret*—dijo la joven regocijada, —no me gusta comer en la calle.

Se metieron en un coche y, como antaño, se habían dado ya mil besos antes de pedirse nuevas.

La entrevista fué gozosa; los recuerdos amargos se habían borrado. Bernereta se quejaba, sin embargo, de que Federico no hubiera ido á verla, pero él se limitó á contestarla que debía saber la causa. Bernereta leyó al punto en los ojos de su amante y comprendió que lo más prudente era callar. Sentado á la lumbre, como en los primeros días de sus amores, sólo pensaron en disfrutar libremente del feliz encuentro que debían á la casualidad. El vino de Champaña animó la alegría de la pareja y con él vinieron las ternuras propias que sugiere este licor de los poetas que los delicados menosprecian. Después de comer fueron al teatro, y á las once, Federico preguntó á Bernereta dónde quería que la llevase. Al pronto no contestaba, entre temerosa y avergonzada; luego, rodeando con un brazo el cuello del joven, le dijo al oído tímidamente:

—A tu casa.

Federico se sorprendió algo al verla libre.

—¿Aun cuando no lo fuera—repuso Bernereta,—¿no crees que yo te quiero? Pero lo soy

—añadió al instante al ver que Federico dudaba.

—La persona que me acompañaba ha poco, acaso te haya dado que pensar; ¿la viste bien?

—No, sólo te miré á tí.

—Es un buen muchacho; mercader de novedades y bastante rico: quiere casarse conmigo.

—¿Casarse, dices? ¿De verdad?

—De verdad; yo no le he engañado, sabe toda la historia de mi vida, pero está enamorado de mí. Conoce á mi madre y hace un mes que le pidió mi mano. Mi madre nada quería decir de mí; hasta quiso pegarme cuando supo que yo se lo había contado. Quiere que yo me encargue de la caja; bonita colocación, porque gana anualmente hasta quince mil francos; desgraciadamente la cosa es imposible.

—¿Porqué? ¿Hay algún obstáculo que lo impida?

—Ya te lo contaré; por de pronto vámonos á tu casa.

—No; quiero antes que me hables con franqueza.

—¿Es que quieres burlarte de mí? Estimo y aprecio á ese chico: es el mejor hombre del mundo, pero está muy gordo.

—¿Muy gordo? ¿Qué locura!

—Tú no le has visto; es gordo y rechoncho; en cambio tú tienes una cintura muy linda.

—¿Y qué tal cara tiene?

—Regular; tiene una buena cualidad; parece bueno y lo es en realidad. Yo le estoy agradecidísima, no podría decir hasta qué punto, y de haber querido, hasta sin casarnos me hubiera hecho algún beneficio. Por nada del mundo

quisiera disgustarle, y si en mi mano estuviera hacerle un favor, se lo haría de todo corazón.

—Cásate con él, si es cierto lo que dices.

—Está muy grueso, es imposible. Vamos á tu casa y hablaremos.

Federico se dejó llevar, y cuando se despertó al día siguiente había olvidado sus contrariedades y los hermosos ojos de la señorita Darcy.

V

Acabado el almuerzo se separaron. Bernereta no quiso que Federico la acompañara; éste guardó el dinero que le prestaron decidido á pagar sus deudas, pero no se apresuró á pagarlas. Días después, Federico estuvo cenando en casa de Gerardo y no se separaron hasta el alba. Cuando salía, aquel le detuvo.

—¿Qué vas á hacer? Es ya muy tarde para acostarse; vamos á almorzar al campo.

La gira quedó arreglada y Gerardo mandó que avisaran á su querida á fin de que estuviese presta.

—Es lástima—siguió—que tú no tengas nadie que te acompañe. Así la alegría sería mayor.

—Eso tiene buen remedio—contestó Federico, cediendo á un impulso de amor propio; voy, si me lo permites, á escribir unas letras que tu groom llevará aquí cerca. Aunque es muy temprano, Bernereta vendrá, estoy seguro de ello.

—Admirable. ¿Y quién es esa Bernereta? ¿Es acaso la griseta de antaño?

—Precisamente, aquella que te hacía darme buenos consejos.

—¿De veras?—dijo Gerardo echándose a reír; —pero acaso tuviera yo razón cuando te los daba, porque tú tienes un carácter constante, muy peligroso con esas señoritas.

En esto entró su querida; Bernereta no se hizo esperar mucho y llegó muy emperregilada. Enviaron por un coche, y a pesar de que el tiempo era bastante desapacible, encamináronse á Montmorency. El cielo estaba diáfano, el sol resplandecía, los jóvenes fumaban y las mujeres cantaban: el carruaje había andado una legua y ya eran amigas.

Pasearon á caballo, galopando por el bosque; Federico sentía palpar su corazón; nunca se había encontrado tan á gusto; Bernereta estaba á su lado y el galán contemplaba orgulloso la impresión que en Gerardo producía el rostro encantador de la joven sofocada con la carrera. Después de una dilatada vuelta por el bosque detuviéronse en un pequeño promontorio donde había una casita y un molino. La molinera les sirvió una botella de vino blanco y todos se sentaron bajo el arbolado.

—Debiéramos haber traído pasteles—dijo Gerardo;—cuando se cabalga, la digestión es rápida y el apetito frecuente: así hubiéramos toma-

do un piscolabis sobre el césped antes de tomar de nuevo el camino de la posada.

Bernereta sacó del bolsillo un pastel que había comprado al pasar por San Dionisio y se lo ofreció tan gentilmente á Gerardo, que éste le besó la mano para darla gracias.

—Hagamos otra cosa: en vez de volver al lugar, comamos aquí. Esta buena mujer tendrá acaso un cuarto de carnero en su casita; además, estos pollos, asados, no estarán malos; y mientras preparan el almuerzo daremos una vuelta por el bosque. ¿Qué les parece á ustedes? Lo que nos sirvan, bien valdrá las perdices rancias del *Caballo blanco*.

La proposición fué aceptada. La molinera quería excusarse, pero deslumbrada por una moneda de oro que le dió Gerardo, puso manos á la obra sacrificando su corral. Jamás se celebró comida más alegre. Dilatóse por más tiempo que ninguno de los convidados pensara; pronto el sol desapareció tras las hermosas colinas de Saint Louis; espesas nubes cubrieron el valle y un fuerte aguacero cayó sobre la tierra.

—¿Qué vamos á hacer ahora?—dijo Gerardo. —Para llegar á Montmorency tenemos que andar cerca de dos leguas, y ésta no es nube de verano de las que pronto se disipan: es una lluvia de invierno; tenemos agua para toda la noche.

—¿Por qué razón?—dijo Bernereta;—una llu-

via de invierno pasa como cualquiera otra. Juguemos á la baraja para distraernos, y cuando salga la luna, el tiempo será bueno.

La molinera, como supondrá el lector, no tenía ninguna baraja, por consiguiente no había medio de jugar. Cecilia, la amiga de Gerardo, notaba la falta de la posada y se echó á temblar por su traje nuevo. Fué necesario poner á cubierto los caballos bajo un cobertizo. Dos buenos mozos de mala catadura entraron en la habitación: eran los hijos de la molinera, quienes pidieron de cenar y se mostraron poco satisfechos al tropezar con gente extraña. Gerardo se impacientaba; Federico no estaba de buen talante. Nada tan triste como una persona que acaba de reír cuando un contratiempo imprevisto viene á dar al traste con su alegría. Sólo Bernereta conservó incólume la suya, sin al parecer preocuparse de nada.

—Como no tenemos baraja, voy á proponeros un juego. Aun cuando estamos en Noviembre procuremos, por el pronto, encontrar una mosca.

—¿Una mosca?—dijo Gerardo,—¿qué váis á hacer con ella?

—Busquémosla, y veremos luego.

Al cabo de un rato dieron con la mosca. El pobre animalillo estaba adormecido por la proximidad del invierno. Bernereta la cogió con mucho cuidado y la colocó en medio de la mesa.

Luego ordenó á todo el mundo que se sentara.

—Ahora—dijo—cojamos un pedacito de azúcar y que cada cual lo ponga á su lado. Pongamos una moneda en un platillo, que será la fortuna. Nadie hable ni se mueva; dejad que la mosca despierte; ya empieza á revolotear, y se colocará en uno de los pedazos de azúcar; luego lo dejará para ponerse en otro y volver al primero conforme á su capricho. Cada vez que un terrón de azúcar la haya atraído, la persona á quien pertenezca cogerá una moneda, y así, hasta que el platillo esté vacío, para empezar de nuevo.

La ingeniosa idea de Bernereta hizo renovar la alegría en los concurrentes. Siguiéronse sus instrucciones. Dos ó tres moscas surgieron; y cada cual, en medio de un silencio religioso, las seguía con la vista, mientras los animalillos daban vueltas sobre la mesa. Cuando se colocaban en algún terrón, la carcajada era general. Así transcurrió una hora, y ya la lluvia había acabado.

—Me apestan las mujeres tristonas—dijo Gerardo á su amigo cuando regresaban;—menester es confesar que la alegría es un gran bien y acaso el primero de todos, puesto que con él los demás no se echan de menos. Tu griseta halló medio hábil de trocar en regocijo una hora de fastidio, y esto me procura de ella más aventajada idea que si hubiera compuesto un

poema épico. ¿Durarán mucho tiempo vuestros amores?

—No sé—contestó Federico simulando igual despreocupación que su compañero;—si es que te gusta, puedes hacerla el amor.

—Tú no eres franco, porque la quieres y ella te quiere á ti.

—Sí, por capricho, como antaño.

—Ten cuidado con esos caprichos.

—Seguidnos—gritó en esto Bernereta, que galopaba delante con Cecilia.

Detuviéronse en un llano y la cabalgata hizo alto. La luna surgía lentamente de entre los oscuros peñascos, y á medida que ascendía en el horizonte parecían las nubes huir ante ella. Bajo el llano extendíase un valle donde el viento agitaba sordamente un mar verdoso y sombrío; la vista nada distinguía; á seis leguas de París cualquiera hubiera podido creerse ante un barranco de la Selva Negra. De pronto el astro surgió del horizonte; un inmenso rayo de luz se deslizó por las copas de los árboles, apoderándose en un instante del espacio; los altos arbolados, las copas de los castaños, los espacios desnudos, las sendas y las colinas destacáronse á lo lejos como por encanto. Los expedicionarios contempláronse admirados y contentos al verse.

—Vamos, Bernereta—dijo Federico,—cántanos algo.

—¿Triste ó alegre?—preguntó.

Como te plazca. Una canción de caza. Acaso el eco la conteste.

Bernereta se echó el velo atrás y entonó el estribillo de unos couplets, pero se detuvo de pronto. La estrella de Venus, que brillaba en la montaña, hirió de pronto sus ojos, y como encantada por un sentimiento más idílico, cantó unos versos muy lindos que Federico había compuesto.

Mientras Bernereta cantaba, la luna teñía su semblante de encantadora palidez. Cecilia y Gerardo la felicitaron por la frescura y precisión de su voz, y Federico la abrazó tiernamente.

Volvieron á la posada y allí cenaron. A los postres, Gerardo, cuya cabeza se había templado algo, gracias á una botella de Madera, se puso tan cariñoso y galante que Cecilia le buscó camorra; disputaron bastante malhumorados, y cuando Cecilia se levantó de la mesa, Gerardo la siguió de mal talante. Luego que Federico se quedó solo con Bernereta, preguntóla si se había engañado sobre la causa de la pendencia.

—No—contestó;—esas cosas no son la poesía precisamente, y todo el mundo las comprende.

—Pues bien, ¿qué piensas tú del caso? Ese joven siente inclinación hacia ti; su querida le fastidia, y para hacer que la abandone, sólo tendrías que pronunciar una sola palabra.

—¿Qué tenemos que ver con eso? ¿Tienes celos?

—Por el contrario; y bien sabes que ningún derecho tengo para ello.

—Explicate, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que ni mi fortuna ni mis quehaceres me permiten ser tu amante. La noticia no es nueva, ni yo te engañé nunca en este respecto. Si yo quisiera echarlas de grande contigo, me arruinaría sin hacerte dichosa. Mi pensión apenas me basta para vivir, y será menester además que dentro de poco regrese á Besançon. En este punto, ya lo ves, no puedo ser más explícito, aun cuando lo sea de mala gana; pero hay ciertas cosas acerca de las cuales yo no puedo explicarme; tú eres quien debe reflexionar y pensar en el porvenir.

—Es decir, que me aconsejas que haga el amor á tu amigo.

—No; él es quien te lo hace á tí. Gerardo es rico y yo no lo soy; vive en París, en el hervidero de todos los placeres, y yo no puedo ser más que un simple abogado de provincia. Tú le gustas mucho y acaso esta circunstancia sea una dicha para tí.

A pesar de su tranquilidad aparente, Federico se sentía conmovido. Bernereta guardó silencio y se puso en la ventana; lloraba, esforzándose por ocultar sus lágrimas. Federico lo advirtió y se acercó á ella.

—Dejadme—le dijo.—No os dignaríais sentir celos por mí, lo concibo, y por ello sufro sin lamentarme; pero además me habláis con extrema dureza; me tratáis cual si fuese una mujer cualquiera y me amargáis la vida sin razón.

Todos habían convenido en pasar la noche en la posada para volver á París al siguiente día. Bernereta se quitó el pañuelo con que cubría el cuello, y al par que enjugaba sus lágrimas lo sujetó en la cabeza de su amante. Apoyándose luego en uno de sus hombros, le arrastró dulcemente hacia la alcoba.

—¡Ah, perverso!—le dijo abrazándole,—no hay medio humano de que me quieras.

Federico la estrechó en sus brazos. Pensó en lo que le aguardaba si cedía á un impulso de ternura, y cuanto más tentado estaba de entregarse á ella, desconfiaba más de sí mismo. Presto se hallaba á declarar que la amaba; tan peligrosas palabras expiraban al punto en los labios, pero Bernereta las sentía en el corazón y ambos se durmieron contentos, el uno por no haber dicho nada y la otra por haberlo comprendido todo.

VI

Al regreso, Federico acompañó á su casa á Bernereta y la vió tan pobremente alojada, que comprendió enseguida por qué la joven no que-

—¿Qué tenemos que ver con eso? ¿Tienes celos?

—Por el contrario; y bien sabes que ningún derecho tengo para ello.

—Explicate, ¿qué quieres decir?

—Quiero decir que ni mi fortuna ni mis quehaceres me permiten ser tu amante. La noticia no es nueva, ni yo te engañé nunca en este respecto. Si yo quisiera echarlas de grande contigo, me arruinaría sin hacerte dichosa. Mi pensión apenas me basta para vivir, y será menester además que dentro de poco regrese á Besançon. En este punto, ya lo ves, no puedo ser más explícito, aun cuando lo sea de mala gana; pero hay ciertas cosas acerca de las cuales yo no puedo explicarme; tú eres quien debe reflexionar y pensar en el porvenir.

—Es decir, que me aconsejas que haga el amor á tu amigo.

—No; él es quien te lo hace á tí. Gerardo es rico y yo no lo soy; vive en París, en el hervidero de todos los placeres, y yo no puedo ser más que un simple abogado de provincia. Tú le gustas mucho y acaso esta circunstancia sea una dicha para tí.

A pesar de su tranquilidad aparente, Federico se sentía conmovido. Bernereta guardó silencio y se puso en la ventana; lloraba, esforzándose por ocultar sus lágrimas. Federico lo advirtió y se acercó á ella.

—Dejadme—le dijo.—No os dignaríais sentir celos por mí, lo concibo, y por ello sufro sin lamentarme; pero además me habláis con extremada dureza; me tratáis cual si fuese una mujer cualquiera y me amargáis la vida sin razón.

Todos habían convenido en pasar la noche en la posada para volver á París al siguiente día. Bernereta se quitó el pañuelo con que cubría el cuello, y al par que enjugaba sus lágrimas lo sujetó en la cabeza de su amante. Apoyándose luego en uno de sus hombros, le arrastró dulcemente hacia la alcoba.

—¡Ah, perverso!—le dijo abrazándole,—no hay medio humano de que me quieras.

Federico la estrechó en sus brazos. Pensó en lo que le aguardaba si cedía á un impulso de ternura, y cuanto más tentado estaba de entregarse á ella, desconfiaba más de sí mismo. Presto se hallaba á declarar que la amaba; tan peligrosas palabras expiraban al punto en los labios, pero Bernereta las sentía en el corazón y ambos se durmieron contentos, el uno por no haber dicho nada y la otra por haberlo comprendido todo.

VI

Al regreso, Federico acompañó á su casa á Bernereta y la vió tan pobremente alojada, que comprendió enseguida por qué la joven no que-

ría que la siguiese. Vivía en una casa amueblada, cuya entrada era un lóbrego pasaje y sólo tenía dos habitaciones casi desnudas. Federico intentó hacerla algunas preguntas sobre la situación ingrata a que se veía reducida, pero la joven no quiso entrar en materia.

Algunos días después, yendo Federico a visitarla, oyó un ruido extraño, que procedía de lo alto de la escalera, al entrar en el pasaje. Eran mujeres que gritaban, se pedían socorro, se amenazaban y hasta hablaban de llamar a los guardias. Dominaba en medio de estas voces confusas la de un hombre, que Federico advirtió muy luego. Este hombre estaba pálido, con las ropas desgarradas y borracho por el vino y por la ira.

—Tú me las pagarás, Luisa—exclamaba golpeando la barandilla de la escalera,—tú me las pagarás: volveremos a encontrarnos y me obedecerás ó te arrancaré de aquí. Poco me importan tus amenazas y tus chillidos. Cuenta con que has de volver á verme muy pronto. Hablando así bajó y salió furioso de la casa. Federico dudaba si subir cuando vió á Bernereta en la meseta de la escalera. Explicóle la causa de la escena y le dijo que el hombre que acababa de salir era su hermano.

—Habéis oído el triste nombre de Luisa—dijo llorando,—y ya sabéis que me pertenece para desdicha mía. Mi hermano ha estado esta

tarde en la taberna, y ya véis cómo me trata cuando sale de ella, so pretexto de que no quiero darle dinero para volver.

Así, en medio de sus desórdenes y de sus lágrimas, refirió á Federico lo que le había siempre ocultado. Sus padres eran ebanistas, muy pobres, y después de haberla maltratado horriblemente cuando niña, la vendieron á los dieciséis años á un hombre de edad madura. Este hombre, generoso y rico, hizo que recibiera algún barniz de educación, pero habiendo muerto al poco tiempo y Bernereta quedado sin recursos, ésta formó parte de una compañía de cómicos provincianos. En este nuevo oficio su hermano la había seguido de ciudad en ciudad, obligándola á que le diera lo que ganaba, y matándola á golpes é injurias cuando la muchacha no tenía nada que darle. Hablando, en fin, alcanzado la edad de dieciocho años, encontró medio de emanciparse; pero la protección de la ley no podía garantirla de las visitas de aquel hermano odioso que la espantaba con actos de violencia y la deshonoraba con su conducta. Tal fué, en suma, sobre poco más ó menos, la relación que el dolor arrancó á Bernereta, mediante la cual Federico no podía dudar de la verdad, por la manera ingenua como aquella se expresaba.

Aun cuando Federico no hubiera sentido amor por la pobre muchacha, la compasión ha-

bía llenado su pecho. Informóse del domicilio del hermano, y con algunas monedas de oro y un lenguaje de flaqueza extrema, las cosas no fueron mal. La portera recibió encargo de anunciar que Bernereta había mudado de barrio, si el joven se presentaba de nuevo. Pero en realidad era bien poca cosa, ó por mejor decir, no era nada asegurar así la tranquilidad de una mujer que de todo estaba huérfana y desprovista. En vez de pagar sus propias deudas, Federico pagó las de Bernereta; en vano ella intentó disuadirle de su propósito, pues él no quería reflexionar ni en la imprudencia que cometía ni en las consecuencias que pudiera acarrearle; dejóse llevar por su corazón y se juró, ocurriese lo que ocurriese, no arrepentirse nunca de lo que acababa de hacer.

Pronto, sin embargo, hubo á la fuerza de arrepentirse, pues para salir airoso de los compromisos que había contraído fuéle menester contraer otros nuevos, más difíciles y honrosos que los primeros. No había recibido de la naturaleza ese carácter despreocupado que en las circunstancias que le rodeaban aparta al menos de la mente el temor del mal venidero; al contrario, de entre las buenas cualidades que perdiera sólo la previsión le había quedado, y hubiérase vuelto taciturno y contrito si á su edad hubiese podido serlo. Advirtieron sus amigos este cambio; él no quiso declarar la

causa, y para engañar á los demás en lo que le concernía disimuló consigo mismo, y por debilidad, ó acaso por necesidad, dejó al destino el camino franco.

Pero con Bernereta no cambió de maneras ni de lenguaje: hablábala siempre de su partida próxima, mas no acababa nunca de efectuarla é iba todos los días á su casa. Cuando cogió el tino á la escalera, parecióle menos lóbrego el pasaje, y las dos habitacioncitas tristes antes, se le antojaron alegres; daba el sol por las mañanas, y como eran tan pequeñas, muy pronto se templaba el cuarto. Hasta lograron acomodar un piano de alquiler. En la vecindad había un buen restaurant, del cual subían el almuerzo. Bernereta tenía un talento que sólo las mujeres poseen alguna vez: el de ser á un tiempo mismo locuela y económica; mas juntaba otra calidad más inapreciable todavía, la de contentarse con todo y la de tener por toda opinión el exclusivo deseo de ser grata á los demás.

Hay que declarar también sus defectos: sin ser perezosa, vivía en un ocio inconcebible. Una vez despachados con rapidez sorprendente los cuidados de su casita, se pasaba todo el día con los brazos cruzados en el sofá. Hablaba de coser y de bordar, como Federico de su viaje; es decir, que no hacía absolutamente nada. Desgraciadamente muchas mujeres son así,

sobre todo en determinada clase, la cual precisamente tendría necesidad de ocupación, mejor que de ninguna otra cosa. Hay muchachas en París nacidas sin pan, que en su vida cogen una aguja, y que se dejarían morir de hambre frotándose las manos con pasta de almendras.

Cuando los placeres del Carnaval comenzaron, Federico, que andaba de baile en baile, llegaba á cualquier hora á casa de Bernereta, ya por la mañana, ya al amanecer; otras veces á media noche. En ocasiones, al llamar á la puerta, preguntábase, á pesar suyo, si iba á encontrarla sola; y si algún rival le hubiese suplantado, ¿tendría derecho á quejarse? No; puesto que por propia confesión desechaba el irrogarse tal derecho. ¿Osaré declararlo? Lo que temía lo deseaba casi en igual grado. Entonces habría tenido valor suficiente para largarse, y la infidelidad de su amada hubiérale obligado á separarse de ella. Pero Bernereta estaba siempre sola, sentada á la lumbre durante el día, peinando su cabellera hermosa; por la noche, cuando Federico llamaba, corría á abrirle medio desnuda, los ojos cerrados y la sonrisa en los labios. Arrojábase á su cuello, aun dormida, encendía la lumbre, sacaba cena del armario, siempre alerta y previsora, y nunca preguntaba á Federico el lugar donde había estado. ¿Quién hubiera podido resistir á una vida tan dulce, á un amor tan raro y tan poco costoso? Cuales-

quiera que hubieran sido los cuidados de la jornada, Federico se dormía dichoso. Y era natural que así sucediese cuando veía ir y venir á su alegre compañera por el cuarto preparando el baño y el desayuno.

Si es verdad que los obstáculos ininterrumpidos hacen la pasión más intensa y comunican al placer el interés de la curiosidad, menester es confesar también que existe un extraño encanto, más dulce y más peligroso acaso en la costumbre de vivir con el objeto amado. Dícese que esta costumbre engendra la saciedad, y es posible que así sea, pero comunica la confianza, el olvido de sí mismo, y cuando el amor resiste á esas pruebas, está al abrigo de todo temor. Los amantes que no se ven más que de tarde en tarde, nunca están seguros de entenderse; se preparan para ser dichosos, quieren convencerse mutuamente de que lo son y buscan lo imposible; es decir, palabras para expresar lo que sienten. Los que viven juntos, no han menester expresar nada; sienten al propio tiempo, cambian miradas y se estrechan la mano al andar. Sólo ellos conocen un gozar delicioso, la dulce languidez de los días que vendrán; descansan de las languideces del amor en el abandono de la amistad; he pensado alguna vez en esos encantadores lazos viendo dos cisnes en el agua cristalina dejándose llevar por la corriente.

Si un impulso de generosidad había arrastra-

do á Federico en los comienzos, el atractivo de aquella vida, nueva para él, le cautivó después. Desgraciadamente para el autor de este cuento, sólo hay una pluma como la de Bernardino de Saint Pierre, capaz de comunicar interés á los pormenores familiares de un amor tranquilo. Además, este discreto escritor, para embellecer sus narraciones ingenuas, disponía de las ardientes noches de la isla de Francia y de las palmeras, cuya sombra se estremecía en los brazos desnudos de Virginia. Muéstranos sus héroes viviendo en una naturaleza espléndida. ¿Diré yo que los míos iban todas las mañanas al tiro de pistola del Tivoli, de allí á casa de su amigo Gerardo, de allí, algunas veces, á cenar á casa de Vercy y luego al teatro? ¿Diré que cuando estaban cansados jugaban á las damas al calor de la chimenea? ¿Quién leería tan vulgares detalles? ¿Y á qué viene apuntarlos, cuando con insinuarlos sobra? Se querían y vivían juntos y esto duró hasta tres meses, sobre poco más ó menos.

Pasado este tiempo, Federico se encontró en una situación tan enojosa que anunció á su amiga la necesidad de separarse de ella. Así lo esperaba ella tiempo hacía, y no hizo ningún esfuerzo por que se quedara. Sabía que por ella había hecho todos los sacrificios posibles; por consiguiente, no tenía más remedio que resignarse, ocultándole la pena que sufría. Cena-

ron juntos una vez más, y Federico, al salir, deslizó en el manguito de Bernereta un papelito que contenía cuanto le quedaba. Ella le acompañó á su casa y guardó silencio en el camino. Cuando el coche se detuvo besó la mano de su amante, de sus ojos desprendiéronse algunas lágrimas, y separáronse.

VII

Federico, sin embargo, no tenía intención ni posibilidad de partir. Por un lado las obligaciones que había contraído, por otro sus deberes profesionales le retenían en París. Trabajó con ardor para desechar el fastidio que le anonadaba: cesaron sus visitas á Gerardo, se encerró durante un mes y no salió sino para ir al tribunal. Pero la soledad en que se vió de pronto, después después de una vida disipada, le sumió en una melancolía profunda. A veces pasaba días enteros en su cuarto paseando de arriba abajo sin abrir un libro y sin saber qué hacer. El carnaval había acabado; á las nieves de Febrero sucedieron las glaciales lluvias de Marzo. Careciendo de toda suerte de distracciones, Federico se entregó con amargura á la influencia de esta dolorosa época del año, llamada, con razón, la estación muerta.

Gerardo fué á verle y le preguntó el motivo de tan inútil reclusión. Federico le contó todo,

mas sin aceptar los ofrecimientos de su amigo.

—Tiempo es ya—le dijo—de romper con hábitos que no pueden menos de perderme. Vale más soportar algún fastidio que exponerse á desdichas reales y verdaderas.

Tampoco disimuló el duelo que sentía al separarse de Bernereta, y Gerardo no pudo menos de compadecerle y felicitarle á un tiempo por la determinación que había tomado.

Cuando llegó la fiesta de mediados de Cuaresma fué al baile de la Opera. Allí encontró poca gente. Ni siquiera tenía la dulzura de un recuerdo este último adlós á los placeres. La orquesta, más numerosa que el público, tocaba en un desierto las contradanzas de invierno. Algunas máscaras andaban [de acá para allá, quienes en sus maneras y lenguaje mostraban no ser gentes de distinción. Iba Federico á retirarse cuando un dominó sentóse á su lado; reconoció al punto á Bernereta, y ella le dijo que había ido al baile con la esperanza de dar con él. El la preguntó lo que había hecho desde que no se veían, y ella le contestó que tenía esperanza de trabajar en el teatro. Federico quiso convidarla á cenar, pero la cosa parecióle peligrosa; la estrechó la mano y abandonó la sala. Hase dicho que la tristeza es preferible al fastidio, y la expresión es desdichadamente cierta. Un alma bien nacida encuentra siempre contra las penas, cualesquiera que sean, ánimo y

energía. El fastidio, por el contrario, corroe al hombre y le destruye: el espíritu se adormece, el cuerpo se queda inmóvil y el pensamiento flota al azar. No tener motivo alguno para vivir, constituye un estado peor que la muerte misma. Cuando la prudencia, el interés y la razón se oponen á una pasión, es muy fácil para cualquier mortal censurar á aquél á quien la pasión impele. Abundan los argumentos en esta situación de la vida, y preciso es rendirse de buena ó de mala gala. Pero cuan ya el sacrificio se consumó, cuando están satisfechas la prudencia y la razón, ¿qué filósofo, ó qué sofista no están al cabo de sus argumentos? Y qué contestar al hombre que os dice: He seguido vuestros consejos, pero todo lo he perdido; procedí cuerda-mente, pero sufro.

Tal era la situación de Federico. Dos veces le escribió Bernereta. En su primera carta le decía que no podía soportar la vida; le suplicaba que fuera á verla de cuando en cuando, y que no la abandonara por completo. Mucho desconfió de sí mismo para obedecer á tal petición. La segunda carta llegó poco después. «He vuelto á ver á mis padres—decía Bernereta—y parece que me tratan con mayor dulzura. La muerte de uno de mis tíos nos ha procurado algún dinero. Para mi *debut* en el teatro están haciéndome unos trajes que os gustarán y que quisiera que viésetis. Subid un momento á mi casa

cundo paséis por la puerta.» En esta ocasión Federico se dejó persuadir. Visitó á su amiga, pero nada de lo que ésta le anunciara era cierto. Había querido verle únicamente. Conmovido con tal perseverancia sólo sentía, sin embargo, la necesidad de resistir con mayor porfía. A las primeras palabras que profrío sobre el asunto, Bernereta le tapó la boca.

—Lo sé—le dijo;—dame un beso y vete enseñada.

Gerardo se fué al campo y llevó consigo á Federico. Los días plácidos y el ejercicio del caballo devolvieronle un poco de contento; Gerardo hacía lo propio que él: había *despedido* á su compañera porque apetecía vivir libremente. Los dos jóvenes corrían juntos por los bosques y enamoraban á una linda arrendadora de un lugar vecino. Pero pronto llegaron invitados de Paris, dejaron el paseo por el juego, y las comidas fueron largas y bulliciosas; Federico no pudo soportar aquella vida que antaño le deslumbrara, y volvió de nuevo á su soledad.

Recibió una carta de Besançon, en la que su padre le anunciaba que la señorita Darcy iba á Paris con su familia. Llegó, en efecto, la semana misma; Federico, aunque de mala gana, presentóse en casa de la joven, á quien halló tal y como la dejara, fiel á su amor secreto y dispuesta á servirse de esta fidelidad como arma de su coquetería. Confesó, sin embargo, que

había algunas palabras, algo fuertes, proferidas en la última entrevista que habían tenido en Besançon. Rogó á Federico que la perdonase si había parecido dudar de su discreción, y añadió que como no podía casarse, le ofrecía de nuevo su amistad, y esta vez para siempre: cuando uno no está contento ni es dichoso, ofrecimientos tales son siempre bien acogidos. El joven le dió las gracias y encontró algún encanto en pasar las veladas en su compañía.

Cierto apetito de emociones empuja á veces á las personas fatigadas en busca de lo extraordinario. Puede parecer sorprendente que una mujer tan joven como la señorita Darcy tuviera un carácter tan extraño y peligroso; pero la verdad es que era como yo digo. No la fué difícil alcanzar la confianza de Federico, ni que éste la refiriese sus amores. Acaso ella hubiera podido consolarle con sólo mostrarse coqueta para con él; así le hubiera distraído de sus pesares. Pero la plugo hacer lo contrario. En lugar de regañarle por sus desórdenes, le dijo que el amor todo lo excusaba, que le honraban sus locuras; en vez de confirmarle en su resolución, repitióle que ni siquiera concebía que los hubiera tomado.—Si yo fuera hombre—decía—y dispusiera de igual libertad que vos, nada del mundo podría hacerme separar de la mujer á quien amara; me expondría de buen grado á todas las desdichas, á la miseria, si fuese nece-

sario, mejor que renunciar al amor de una linda compañera.

Semejantes palabras eran bien extrañas en una joven que sólo conocía de este mundo las cosas de su familia. Mas por esta misma causa, tal lenguaje llamaba más la atención. Dos motivos tenía la señorita Darcy para representar su papel, el cual además era muy de su agrado. Quería por un lado dar muestras de corazón magnánimo y pasar por romanesca; por otro testificaba que lejos de parecerle mal que Federico la hubiese olvidado, aprobaba su nueva pasión. Por segunda vez el muchacho fué víctima del ardor femenino, dejándose seducir por una joven de diecisiete años.—«Tenéis razón—contestábale ella;—bien mirado la vida es tan corta, que es una insensatez el reflexionar y el atraerse nuevos pesares cuando hay tantos inevitables.»—La señorita Darcy mudaba luego de tema:—«¿Vuestra Bernereta os quiere?—le preguntaba en un tono expectante.—¿No me decíais que era una griseta? ¿y cómo es posible atar cabos con esta categoría de mujeres? ¿Acaso es digna de algún sacrificio? ¿Sería capaz de justipreciar el valor de ellos?—Eso lo ignoro—respondía Federico,—y ni siquiera yo mismo experimento [por ella un amor del otro jueves,—añadía con tono displicente;—para con ella no pensé nunca sino en pasar el tiempo agradablemente. Ahora me aburro y este es todo el mal.

—¡Buena val!—exclamaba la señorita Darcy;—¿y qué significa una pasión como esa?

Metida ya en harina, la joven se exaltaba; hablaba cual si de ella misma se hubiera tratado, y su fecunda fantasía hallaba campo abierto donde ejercitarse. «¿Puede llamarse amor el buscar un simple pasatiempo? Si no amábais á esa mujer, ¿qué ibáis á buscar á su casa? y si la amábais, ¿por qué abandonarla? Acaso ella sufre y llora; ¿cómo es posible que miserables cálculos monetarios puedan internarse en un corazón generoso? ¿Sóis vos tan frío, tan esclavo de vuestros intereses como mis padres lo fueron antaño, cuando labraron la desgracia de mi vida? ¿No es indigno de un joven y deberíais avergonzaros? No, en verdad, vos mismo ignoráis si sufrís, y lo que deploráis; os consolaría la primera mujer con quien tropezárais; vuestro espíritu sólo está desocupado. ¡Ah! ¡No es así como se ama! En Besançon os predije que sabríais un día lo que es querer; pero si no tenéis más ánimo, hoy os predigo que no lo sabréis jamás.»

Federico volvía una noche á su casa, después de una conversación como la transcrita. Sorprendido por la lluvia entró en un café y tomó un ponche. Cuando un fastidio dilatado llega á oprimir nuestro pecho, una oscilación ligera basta para hacerle latir, y se diría que entonces hay en nosotros un vaso muy lleno que se des-

borda. Federico apretó el paso cuando salió del café. Pesaban en su ánimo dos meses de soledad y privaciones y experimentaba una necesidad invencible de sacudir el yugo de su razón y de respirar más á su gusto. Sin saber á ciencia cierta lo que hacía, tomó el camino de la casa de Bernereta; la lluvia había cesado: al resplandor de la luna miró las ventanas de su amiga, la puerta y la calle, que le eran tan familiares. Puso, temblando, la mano en la cuerda de la campanilla, y como antaño, preguntóse si hallaría en el cuartito la lumbre cubierta de ceniza y la cena puesta. En el momento de llamar dudó un instante.

«¿Qué inconveniente habrá, se decía, en que yo pase aquí una hora y en que Bernereta me procure un recuerdo del amor pasado? ¿Qué riesgo puedo yo correr? ¿No seremos los dos libres mañana? Puesto que la necesidad nos separa, ¿por qué he de temer verla un instante?

Era media noche; llamó despacio y la puerta se abrió. Al subir la escalera le llamó la portera y le dijo que no había nadie. Era la vez primera que encontraba á Bernereta ausente. Pensó que estaría en el teatro y contestó que aguardaría, pero la portera se opuso. Y al cabo de algunos minutos declaró la mujer que Bernereta había salido temprano y que no volvería hasta el día siguiente.

VIII

Cuando se ama, ¿á qué conduce echarlas de indiferente, si no por eso merma el sufrimiento hasta que la verdad sale victoriosa? Federico se había jurado tantas veces que no tendría celos de Bernereta, lo había repetido tantas veces á sus amigos, que hasta él mismo había llegado á creerlo. Al salir se encaminó á su casa silbando una contradanza.

Tiene otro amante—se dijo;—mejor para ella, es lo que yo quería.

En lo sucesivo ya estoy tranquilo.

Mas apenas llegó á su domicilio, sintió una debilidad mortal. Sentóse y acomodó su frente en sus manos como para sujetar sus pensamientos. Al cabo de una lucha baldía salió vencido: la naturaleza, levantó el rostro bañado de lágrimas y halló algún alivio confesándose lo que experimentaba.

Una languidez extrema sucedió á tan violenta sacudida. La soledad llegó á serle insoportable, y durante algunos días empleó su tiempo en visitas y paseos sin objetivo. Ya intentaba saciarse en la indiferencia que había afectado; ya se abandonaba á una cólera ciega y á proyectos de venganza. El hastío de la vida se apoderaba de su ánimo. Recordaba las dolorosas circunstancias que acompañaron á su amor na-

borda. Federico apretó el paso cuando salió del café. Pesaban en su ánimo dos meses de soledad y privaciones y experimentaba una necesidad invencible de sacudir el yugo de su razón y de respirar más á su gusto. Sin saber á ciencia cierta lo que hacía, tomó el camino de la casa de Bernereta; la lluvia había cesado: al resplandor de la luna miró las ventanas de su amiga, la puerta y la calle, que le eran tan familiares. Puso, temblando, la mano en la cuerda de la campanilla, y como antaño, preguntóse si hallaría en el cuartito la lumbre cubierta de ceniza y la cena puesta. En el momento de llamar dudó un instante.

¿Qué inconveniente habrá, se decía, en que yo pase aquí una hora y en que Bernereta me procure un recuerdo del amor pasado? ¿Qué riesgo puedo yo correr? ¿No seremos los dos libres mañana? Puesto que la necesidad nos separa, ¿por qué he de temer verla un instante?

Era media noche; llamó despacio y la puerta se abrió. Al subir la escalera le llamó la portera y le dijo que no había nadie. Era la vez primera que encontraba á Bernereta ausente. Pensó que estaría en el teatro y contestó que aguardaría, pero la portera se opuso. Y al cabo de algunos minutos declaró la mujer que Bernereta había salido temprano y que no volvería hasta el día siguiente.

VIII

Cuando se ama, ¿á qué conduce echarlas de indiferente, si no por eso merma el sufrimiento hasta que la verdad sale victoriosa? Federico se había jurado tantas veces que no tendría celos de Bernereta, lo había repetido tantas veces á sus amigos, que hasta él mismo había llegado á creerlo. Al salir se encaminó á su casa silbando una contradanza.

Tiene otro amante—se dijo;—mejor para ella, es lo que yo quería.

En lo sucesivo ya estoy tranquilo.

Mas apenas llegó á su domicilio, sintió una debilidad mortal. Sentóse y acomodó su frente en sus manos como para sujetar sus pensamientos. Al cabo de una lucha baldía salió vencido: la naturaleza, levantó el rostro bañado de lágrimas y halló algún alivio confesándose lo que experimentaba.

Una languidez extrema sucedió á tan violenta sacudida. La soledad llegó á serle insoportable, y durante algunos días empleó su tiempo en visitas y paseos sin objetivo. Ya intentaba saciarse en la indiferencia que había afectado; ya se abandonaba á una cólera ciega y á proyectos de venganza. El hastío de la vida se apoderaba de su ánimo. Recordaba las dolorosas circunstancias que acompañaron á su amor na-

ciente, y este funesto ejemplo jamás se separaba de su mente.

«Voy comprendiendo—decía á Gerardo,—y ya no me admiro de que se apetezca la muerte en situaciones como la mía. No por una mujer se mata un hombre, sino porque es inútil vivir cuando se sufre hasta este extremo, cualquiera que sea la causa.»

Gerardo conocía demasiado á su amigo para dudar de su desesperación y le quería lo suficiente para dejarle confiado á sus propias fuerzas, y halló medio, mediante recomendaciones poderosas, de que nunca echara mano para él mismo, de hacer que dieran á Federico un cargo diplomático. Una mañana se presentó en su casa con una credencial del ministro de Estado.

«Los viajes—le dijo—son el mejor y el único remedio contra el tedio. Para decidirme á que abandones París, me hice pedigüeño, y gracias á Dios conseguí lo que quería. Si eres fuerte saldrás en seguida para Berna, donde el ministro te envía.»

Federico no dudó un instante. Dió gracias á su amigo y puso sus cosas en regla. Escribió á su padre participándole sus nuevos proyectos y le pidió su venia. La respuesta fué favorable. Al cabo de quince días, las deudas estaban pagadas: nada se oponía al viaje de Federico y se procuró su pasaporte.

La señorita Darcy dirigióle mil preguntas,

peró él no desplegó sus labios. Mientras no vio claro en su propio corazón, se había prestado por flogedad al espíritu curioso de su joven confidente. Pero el sufrimiento era ya demasiado real para que consintiese en hacer de él un juego. Al advertir el peligro de la pasión que le dominaba, comprendió la frivolidad del interés de la señorita Darcy. Hizo, pues, lo que los hombres hacen en caso semejante. Para contribuir él mismo á su curación, dijo que se había curado, que unos amores pasajeros habían podido cegarle, pero que estaba ya en edad de pensar en cosas más serias. La señorita Darcy, como se comprenderá, desaprobó tal proceder, porque para ella en este mundo lo más serio era el amor, todo lo demás la parecía despreciable. Tales eran al menos sus razonamientos. Federico la oyó con sosiego y convino con ella de buen grado en que jamás sabría amar. Su corazón le decía sobradamente lo contrario, y al mostrarse inconstante había querido decir verdad.

Cuanto menos animoso se sentía, más apresuraba su partida. Pero no podía libertarse de un pensamiento que le obsesionaba. ¿Quién sería el nuevo amante de Bernereta? ¿Qué hacía Bernereta? ¿Debía él visitarla por última vez? Gerardo no era de este parecer; tenía por norma de conducta que nada hay que hacer á medias, y puesto que Federico estaba decidido á

alejarse, le aconsejaba que lo olvidara todo. ¿Qué es lo que quieres saber? O Bernereta no te dirá una palabra, ó desfigurará la verdad. Puesto que es evidente que algún otro amor la ocupa, ¿á qué viene hacérselo confesar? Una mujer no es jamás sincera en este particular con el amante que tuvo; ni siquiera cuando la reconciliación es imposible. Y, por otra parte, ¿qué aguardas tú de ella? ya no te quiere.

Gerardo se expresaba así de propio intento, para fortalecer el ánimo de su amigo. Deja á los que ya han amado juzgar del efecto que producirían; pero hay muchas gentes que han querido y lo ignoran. Las afecciones de este mundo, hasta las más intensas, se desvanecen casi siempre; sólo algunas se rompen. Aquellos cuya ausencia, fastidio ó saciedad debilitaron poco á poco los amores, no pueden imaginar lo que hubiesen experimentado si un golpe súbito los hubiera herido. Hasta el corazón más frío se ensangrienta y abre con ese golpe; quien insensible permanece, no merece llamarse hombre. De cuantas heridas la muerte nos infiere aquí abajo antes de nuestro sucumbir, aquélla es la más intensa. Preciso es haber mirado con los ojos llenos de lágrimas la sonrisa de una querida infiel para comprender estas palabras: *¡Ya no te quiere!* Preciso es haber llorado mucho tiempo para recordarlas; es una experiencia tristísima. Si yo intentara procurar una

idea á los que lo ignoran, les diría que no sé lo que es más cruel: si perder de pronto á la mujer amada por su inconstancia ó por su muerte.

Nada podía reponer Federico á los severos consejos de Gerardo; un instinto más poderoso que la razón luchaba en él contra esos consejos. Para llegar al término que apetecía, emprendió otra senda distinta; sin darse cuenta de lo que quería, ni de lo que pudiera sobrevenir, buscó el medio de tener á todo trance nuevas de su amiga. Llevaba una linda sortija que Bernereta codiciaba. A pesar de todo su amor por ella, nunca se decidió á regalársela, por tratarse de un recuerdo de su padre. Entregósele á Gerardo diciéndole que era de Bernereta, y le rogó que se la diera. Gerardo se encargó de hacerlo así, pero sin apresurarse á cumplir su cometido. Federico insistió y fué menester ceder á sus deseos.

Los dos amigos salieron juntos una mañana, y mientras Gerardo fué á casa de Bernereta, Federico quedó aguardándole en las Tullerías. Tristemente preocupado como estaba, se metió entre la multitud como uno de tantos paseantes, y no sin dolor se desposeía de una reliquia de familia que le era cara. ¿Y qué podía esperar de su liberalidad? ¿Qué noticias recibiría capaces de consolarle? Gerardo iba á ver á Bernereta, y si alguna palabra, algunas lágrimas se la escapaban, ¿no le parecía necesario ocul-

tar lo que hubiera pasado? Federico miraba la verja del jardín y aguardaba la vuelta de su amigo en actitud indiferente. ¿Qué importaba? Habría visto á Bernereta; era imposible que no tuviera nada que decir: ¿quién sabe lo que el azar puede originar? Habría quizá sabido multitud de cosas en la visita. Cuanto más tardaba Gerardo, más esperaba Federico.

Mientras tanto el cielo estaba sereno y empezaban los árboles á cubrirse de verdura. Hay uno en las Tullerías que llaman el árbol de 20 de Marzo. Es un castaño que aseguran que estaba en flor el día que vino al mundo el rey de Roma, y que todos los años florece en la misma época. Muchas veces se había sentado Federico al pie de este árbol, y se encaminó á él maquinalmente. El castaño permanecía fiel á su poética nombradía; sus ramas esparcían los primeros perfumes del año. Por allí, yendo y viniendo, se veían mujeres, niños y jóvenes; la alegría de la primavera respiraba en todos los semblantes. Federico pensaba en el porvenir, en su viaje y en el país que iba á visitar. Una inquietud, en la que había alguna esperanza, le agitaba á pesar suyo; cuanto le rodeaba parecía llamarle á una existencia nueva. Se acordó de su padre, de quien él era el orgullo y el apoyo, y del cual no había recibido desde que vino al mundo sino testimonio de ternura. Ideas más dulces y más sanas fueron poco á poco ganando

su espíritu. La muchedumbre que le rodeaba hizo pensar en la variedad é inconstancia de todas las cosas. ¿Hay algo que pueda darnos una idea más cabal de lo que valemos y de lo que somos á los ojos de la providencia? Menester es vivir, pensaba Federico, menester es obedecer al supremo guía. Menester es andar, hasta cuando se sufre, porque nadie sabe dónde va. Libre soy y muy joven todavía; es preciso recobrar aliento y resignarse.

Sumido estaba en estas reflexiones cuando vió á Gerardo correr hacia él, pálido y conmovido.

—Amigo mío—le dijo,—es preciso que vayas allá. Pronto, no perdamos tiempo.

—¿Dónde me llevas?

—A su casa. Te aconsejo lo que creo justo; pero hay ocasiones en que el cálculo debe echarse á un lado y prescindir de la prudencia.

—¿Pues qué ocurre?—exclamó Federico.

—Vas á saberlo; ven, corramos.

Fueron juntos á casa de Bernereta.

—Sube solo—dijo Gerardo;—vuelvo en un instante—y se alejó.

Federico entró. La llave estaba puesta y las ventanas cerradas.

—Bernereta—dijo,—¿dónde estás?

Nadie contestaba.

Internóse en la obscuridad, y al resplandor

del fuego medio extinto, vió á su amiga sentada en el suelo junto á la chimenea.

—¿Qué tienes?—preguntó. —¿Qué ha sucedido?

Igual silencio.

Acercóse á la joven y tomó su mano.

—Levanta—la dijo,—¿qué haces ahí?

Pero apenas había pronunciado estas palabras retrocedió horrorizado. La mano de la joven estaba helada y su cuerpo inanimado rodaba á sus pies.

Lleno de espanto pidió socorro.

Gerardo entró seguido de un médico. Abrieron la ventana y metieron en la cama á Bernereta. El médico la examinó, movió la cabeza y dió instrucciones; los síntomas no eran dudosos, la pobre muchacha se había envenenado, ¿pero con qué veneno? El médico lo ignoraba y en vano pretendía adivinarlo. Comenzó por sangrar á la enferma; Federico la sostenía en sus brazos; cuando abrió los ojos le reconoció y le besó, luego volvió á su letargo. Por la noche la sirvieron una taza de café y recobró el conocimiento, que fué como el despertar de un sueño. Preguntáronla entonces qué veneno había tomado, y al pronto no quiso contestar, pero estrechada por el médico, lo confesó. En un candelabro de cobre que había en la chimenea veíanse las huellas de la lima; Bernereta había recurrido á este medio para aumentar el efecto

de una débil dosis de opio, porque el farmacéutico á quien se había dirigido no quiso darla cantidad mayor.

IX.

Quince días fueron necesarios para verla fuera de peligro; ya se levantaba y tomaba algún alimento, pero su salud había acabado y el médico declaró que sufriría toda su vida.

Federico no la abandonó un momento. Ignoraba aún el motivo que la impulsara á buscar la muerte y le admiraba que nadie, absolutamente nadie, pensara en ella. En efecto, hacía quince días que por allí no había parecido ni un pariente ni un extraño. ¿Era posible pensar que su nuevo amante la abandonara en circunstancias tan críticas? Semejante abandono era la causa real de la desesperación de Bernereta? Ambas hipótesis parecían á Federico igualmente increíbles, y su amigo le había dicho que la joven guardaría silencio en este respecto. Yacía, pues, sumido en una duda cruel, perturbado por secretos celos, contenido por el amor y la piedad.

En medio de sus dolores, Bernereta le testimoniaba la ternura más viva. Llena de reconocimiento por los cuidados que la prodigaba, estaba junto á él más alegre que nunca, pero con una alegría melancólica y velada por el

sufrimiento. Por distraerle hacia todos los esfuerzos imaginables y para que ni un momento la dejara sola. Cuando salía preguntábale la hora de volver. Quería que comiese á la cabecera de su cama y que durmiera estrechándola la mano. Para distraerle contábale mil historias tocantes á su pasado, pero cuando se trataba del presente y de su funesta resolución, permanecía muda. Ninguna súplica, ninguna pregunta de Federico alcanzaban respuesta, y cuando él insistía, ella se ensombrecía y llenaba de tedio.

Un día que estaba en la cama, cuando acababan de sangrarla de nuevo, y la herida no bien cerrada despedía un poco de sangre, ella miraba sonriente una lágrima purpurina que se deslizaba por su brazo, blanco como el mármol.

—¿Me quieres todavía?—dijo á Federico;—los horrores que presencias, ¿no hacen que me tomes hastío?

—Te quiero—respondió,—y ahora ya nada bastará á separarnos.

—¿De verdad?—repuso ella besándole,—¿no me engañas? Dime que no es un sueño.

—No, no es un sueño, no, mi hermosa y cara Bernereta; vivamos tranquilos, seamos felices.

—¡Ay! ¡no podemos serlo, no podemos!—exclamó en tono angustioso.—Luego añadió en voz baja:—Y si no podemos, debemos volver á empezar.

Aun cuando no había hecho más que murmurar estas últimas palabras, Federico las había oído y le habían ocasionado un estremecimiento. Al día siguiente se las repitió á Gerardo.

—Mi determinación está tomada—le dijo;—no sé lo que mi padre dirá, pero yo la quiero y, suceda lo que quiera, no la dejaré morir.

Adoptó, en efecto, una determinación peligrosa, aunque la única que se le presentara; escribió á su padre y le confió la historia de sus amores. Olvidó en su carta la infidelidad de Bernereta y sólo habló de su belleza, de su constancia, de la dulce testarudez que pusiera en volver á verla y de la horrible tentativa que la joven acababa de realizar. El padre de Federico, que tenía ya setenta años, quería á su hijo único más que á su propia vida. Trasladóse apresuradamente á París, acompañado de la señorita Hombert, hermana suya, mujer muy devota. Desgraciadamente, ni el digno padre ni la buena tía tenían la discreción por virtud; de suerte que, así que llegaron, todos sus conocimientos supieron que Federico estaba loco de amor por una griseta que por él se había envenenado. Luego dijeron que quería casarse con ella y muchos dijeron que aquello era un escándalo y un deshonor para la familia; so pretexto de defender la causa del joven, la señorita Darcy refirió cuanto sabía, exornándolo con los detalles más románticos. En una palabra, que-

riendo conjurar la tormenta, Federico la vió desplomarse por doquiera sobre su cabeza.

Tuvo en primer lugar que comparecer ante un cónclave formado de parientes y amigos, que le sometieron á una especie de interrogatorio; y esto no porque le considerasen culpable, por el contrario, procurábasele la mayor indulgencia posible; pero le fué preciso poner su corazón al desnudo y oír cómo discutían sobre sus secretos más caros. Es inútil decir que nada pudo decidirse. El padre de Federico quiso ver á Bernereta, fué á su casa, hablóla largo rato y la preguntó mil cosas, á las cuales ella contestó con tanta gracia é ingenuidad que el anciano se conmovió. Como todo el mundo, había tenido sus amores cuando joven y salió de la entrevista muy perturbado é intranquilo. Llamó á su hijo y le dijo que estaba decidido á sacrificarse un poco en favor de Bernereta, si ella consentía en cuanto se restableciese en aprender un oficio. Federico comunicó esta determinación paternal á su amiga.

—¿Y tú qué harás? ¿Decides quedarte?

Contestó que se quedaría, aunque contra el parecer de su familia. En este particular, M. Hombert no quiso transigir con nadie. Mostró á su hijo el peligro, la vergüenza, la imposibilidad de semejantes relaciones, haciéndole ver en términos benévolos y mesurados que perdería su reputación y acabaría con su porvenir.

Luego de haberle obligado á reflexionar, puso en juego el incontrovertible argumento que constituye la omnipotencia paternal; suplicó á su hijo, y éste prometió obediencia incondicional. Tantas sacudidas é intereses diversos le habían agitado, que no sabía ya la resolución que había de tomar; y viendo la desdicha por todas partes, no se atrevía á luchar ni á escoger. Hasta el propio Gerardo, que de ordinario mostraba un carácter entero, buscó en vano algún medio de salvación, viéndose obligado á declarar que precisaba dejar campo abierto al destino.

Dos sucesos inesperados cambiaron de pronto la faz de las cosas.

Federico, se encontraba solo una tarde en su cuarto, cuando vió entrar á Bernereta. Estaba pálida y con los cabellos en desorden; una fuerte calentura hacía brillar sus ojos con resplandor siniestro; contra lo que acostumbraba, su palabra era aquel día breve é imperiosa. Iba—decía,—á obligarle á que hablara terminantemente.

—¿Quieres matarme?—le preguntó.—¿Me quieres ó no me quieres? ¿Eres una criatura? ¿Necesitas el consejo de los demás para obrar? ¿Estás loco al consultar á tu padre para saber si debes de conservar á tu amada? ¿Qué es lo que quieren esas gentes? ¿Separarnos? Si lo apetece como ellos, para nada necesitas su parecer, y si no lo apetece, menos todavía los has de menes-

ter. ¿Quieres partir? Llévame en tu compañía. Nunca aprenderé un oficio; no puedo trabajar en el teatro. ¿Y cómo podría en la situación en que me veo? Esperando sufro más de lo que puedo; decide.

Cerca de una hora estuvo hablando en este tono, interrumpiendo á Federico cuando quería contestarla. En vano intentó calmarla. Una exaltación tan violenta no podía ceder ante ningún razonamiento. Por fin, agobiada por la fatiga, Bernereta rompió á llorar. El joven la estrechó en sus brazos; sentíase vencido por tanto amor y echó en su cama á Bernereta.

—Quédate ahí—la dijo,—y que el cielo se desplome sobre mí si yo dejo que te arranquen de mis manos. Nada quiero oír, nada quiero ver más que tú. Me echas en cara mi cobardía y tienes razón, pero yo haré lo que debo hacer, ya lo verás. Si mi padre me rechaza, me seguirás; puesto que Dios me ha hecho pobre, viviremos pobremente. Nada me importa, ni mi nombre, ni mi familia, ni el porvenir.

Estas palabras, proferidas con todo el ardor de la convicción, consolaron á Bernereta, quien suplicó á su amigo que la acompañara á su casa á pie porque quería tomar el fresco, á pesar de hallarse muy cansada. En el camino convinieron el plan que habían de seguir. Federico simularía someterse á los deseos paternos, aunque haciéndola ver que con escasos recur-

sos no era posible arriesgarse en la carrera diplomática. En consecuencia solicitaría seguir en París todo el tiempo á que su carrera le obligaba. M. Hombert cedería, sin duda, con la condición de que su hijo olvidara sus desatinados amores. Quanto á Bernereta, mudaría de barrio y así la creerían fuera de París; alquilaría un cuartito en la calle de La Harpe, y allí viviría tan modestamente, que la pensión de Federico le bastaría para vivir. Tan luego como el padre regresara á Besançon, él se reuniría con ella. Quanto á lo demás, Dios proveería. Tal fué el proyecto en que los pobres amantes se detuvieron, y cuyo feliz suceso creyeron infalible, como acontece siempre en tales casos.

Dos días después, Federico, que había pasado la noche en vela, se dirigía á casa de su amiga á las seis de la mañana. Perturbaba su ánimo una entrevista que había celebrado con su padre: se le exigía que saliese para Berna, é iba á ver á Bernereta para reconfortar su abatido ánimo. La habitación estaba desierta y en el cuarto no había un alma. Preguntó á la portera y supo sin el menor asomo de duda que tenía un rival y que la acompañaba.

Esta vez experimentó menos dolor que indignación. La traición era demasiado grande para que el desprecio no ocupara el lugar del amor. Ya en su casa escribió una extensa carta á Bernereta, haciéndola los cargos más amargos;

pero rompió la carta en el momento de enviarla, considerando que una criatura miserable no debía ser digna de su cólera. Resolvió partir cuanto antes, y habiendo libre un asiento para el día siguiente en la diligencia de Strasburgo lo tomó, avisando á su padre previamente. Federico recibió los plácemes de toda la familia sin que nadie le preguntara por qué obedecía tan presto. Sólo Gerardo supo la verdad. La señorita Darcy sentó que aquello inspiraba piedad y compasión, y que los hombres nunca tendrán corazón. La señorita Humbert engrosó con sus ahorros la pequeña cantidad que llevaba su sobrino. Una comida de despedida reunió á toda la familia, y Federico tomó el camino de Suiza.

X

Los placeres y las fatigas del viaje, el encanto del desconocido y los quehaceres de un nuevo cargo, devolvieron pronto la calma á su espíritu. Ya no pensaba si no con horror en la pasión fatal que había estado á punto de perderle. En la embajada halló muy buena acogida; iba muy recomendado; su aspecto predisponía en su favor y una modestia natural avaloraba sus talentos sin debilitarlos. Pronto ocupó en la sociedad un puesto honroso, y el porvenir más risueño se abrió ante su camino.

Bernereta le escribió varias veces preguntándole en forma regocijada si había partido para siempre ó si tenía intención de regresar pronto. Federico no contestó en un principio, pero como las cartas continuaban y eran cada vez más frecuentes, al fin perdió la paciencia; es decir, que contestó y así descargó su corazón. Preguntó á Bernereta en los términos más amargos si había echado en olvido su traición dos veces repetida, y rogóla que en lo sucesivo hiciera caso omiso de fingidas protestas que ya nunca podían engañarle, añadiendo que bendecía á la Providencia por haberle iluminado á tiempo, que su resolución era irrevocable, y que no volvería probablemente á Francia sino después de una larga residencia en el extranjero. Cuando la carta hubo partido sintióse más á gusto y completamente libre de la carga del pasado. Bernereta dejó de escribirla y no volvió á oír el santo de su nombre.

Una familia inglesa, bastante rica, habitaba una linda casa en los alrededores de Berna. Federico fué presentado á ella y allí conoció á tres jóvenes, de las cuales la mayor contaba veinte años y era muy hermosa. Esta no tardó en advertir la impresión intensa que produjo al *agregado*, ni se mostró tampoco insensible á ella, á pesar de lo cual Federico no estaba bastante curado para entregarse á un amor nuevo. Pero al cabo de tantas agitaciones y pesa-

pero rompió la carta en el momento de enviarla, considerando que una criatura miserable no debía ser digna de su cólera. Resolvió partir cuanto antes, y habiendo libre un asiento para el día siguiente en la diligencia de Strasburgo lo tomó, avisando á su padre previamente. Federico recibió los plácemes de toda la familia sin que nadie le preguntara por qué obedecía tan presto. Sólo Gerardo supo la verdad. La señorita Darcy sentó que aquello inspiraba piedad y compasión, y que los hombres nunca tendrán corazón. La señorita Humbert engrosó con sus ahorros la pequeña cantidad que llevaba su sobrino. Una comida de despedida reunió á toda la familia, y Federico tomó el camino de Suiza.

X

Los placeres y las fatigas del viaje, el encanto del desconocido y los quehaceres de un nuevo cargo, devolvieron pronto la calma á su espíritu. Ya no pensaba si no con horror en la pasión fatal que había estado á punto de perderle. En la embajada halló muy buena acogida; iba muy recomendado; su aspecto predisponía en su favor y una modestia natural avaloraba sus talentos sin debilitarlos. Pronto ocupó en la sociedad un puesto honroso, y el porvenir más risueño se abrió ante su camino.

Bernereta le escribió varias veces preguntándole en forma regocijada si había partido para siempre ó si tenía intención de regresar pronto. Federico no contestó en un principio, pero como las cartas continuaban y eran cada vez más frecuentes, al fin perdió la paciencia; es decir, que contestó y así descargó su corazón. Preguntó á Bernereta en los términos más amargos si había echado en olvido su traición dos veces repetida, y rogóla que en lo sucesivo hiciera caso omiso de fingidas protestas que ya nunca podían engañarle, añadiendo que bendecía á la Providencia por haberle iluminado á tiempo, que su resolución era irrevocable, y que no volvería probablemente á Francia sino después de una larga residencia en el extranjero. Cuando la carta hubo partido sintióse más á gusto y completamente libre de la carga del pasado. Bernereta dejó de escribirla y no volvió á oír el santo de su nombre.

Una familia inglesa, bastante rica, habitaba una linda casa en los alrededores de Berna. Federico fué presentado á ella y allí conoció á tres jóvenes, de las cuales la mayor contaba veinte años y era muy hermosa. Esta no tardó en advertir la impresión intensa que produjo al *agregado*, ni se mostró tampoco insensible á ella, á pesar de lo cual Federico no estaba bastante curado para entregarse á un amor nuevo. Pero al cabo de tantas agitaciones y pesa-

res experimentaba la necesidad de abrir su corazón á un sentimiento tranquilo y puro. La hermosa Fany no llegó á ser su confidente, como lo había sido la señorita Darcy, pero sin que la refiriera sus dolores adivinó la muchacha que acababa de sufrir, y como la mirada de sus ojos azules parecía consolar á Federico, los dirigía á menudo á su lado.

La amabilidad lleva á la simpatía y la simpatía al amor. Al cabo de tres meses el amor no había llegado, pero estaba ya muy cercano. Un hombre de carácter tan dulce y expansivo como Federico no podía ser constante sino con la condición de ser compasivo. Gerardo tuvo razón al decirle antaño que quería á Bernereta más tiempo de lo que creía; mas para ello hubiera sido preciso que Bernereta le hubiera querido también, al menos apasionadamente. Cuando los corazones débiles se sublevan se pone en peligro su existencia, y acontece que se rompen ó que olvidan, porque carecen de la fuerza de ser fieles á un recuerdo, merced al cual sufren.

Federico se acostumbró, pues, de día en día á no vivir sino para Fany, y pronto se habló de matrimonio. El joven no tenía fortuna, pero su posición era buena y estaba en vías de mejorar. El amor, que vence todos los obstáculos, defendía sus propios derechos; así, pues, se decidió solicitar un favor á la corte de Francia, y

que Federico, ya nombrado segundo secretario, sería el marido de Fany.

Este día felicísimo llegó al fin. Un día los recién casados acababan de levantarse, y Federico, en el delirio de la dicha, tenía á su mujer en sus brazos. Estaba sentado junto á la chimenea, cuando el chisporroteo y la llamarada de un trozo de leña le hicieron estremecerse. Por virtud de un extraño efecto de la memoria recordó el día en que por vez primera se encontraba de igual modo con Bernereta junto á la chimenea de un cuarto pequeño. Dejó el comentario de esta casualidad extraña á aquellos cuya fantasía se complace en admitir que el hombre presiente su destino. En este momento mismo entregaron á Federico una carta sellada en París, que le anunciaba la muerte de Bernereta. No hay para qué relatar su sorpresa y su dolor; bastará que el lector vea la despedida de la pobre muchacha; ella explicará su conducta en algunas líneas, escritas en ese estilo medio alegre y medio triste que le era peculiar.

«¡Ay, Federico! bien sabías que nuestra dicha era un sueño. No podíamos vivir con tranquilidad ni ser felices. Quise marcharme de aquí, recibí la visita de un joven á quien había conocido en provincias, en mis buenos tiempos, y el cual estaba loco por mí. Ignoro quién le había dado mi dirección; lo cierto es que vino á mi casa y que se echó á mis pies cual si yo

hubiera sido todavía una reina del teatro; me ofreció su fortuna, que no valía gran cosa, y su corazón, que no valía absolutamente nada. Esto pasaba al siguiente día ¡acuérdate! en que al separarnos me digiste que te ibas. Yo no estaba nada alegre, ni sabía á ciencia cierta dónde habría de cenar. Déjeme llevar: pero desgraciadamente me fué imposible seguir así; había encargado que llevaran mis zapatillas su á casa, las envié á buscar y me decidí á morir.

»Si, pobre amigo, he querido dejarte por allá. Yo no podré vivir siendo aprendiz; sin embargo, la segunda vez estaba decidida á ello, pero tu padre volvió á mi casa: esto es lo que tú ignorabas.

»¿Qué querías que yo le digese? Prometí olvidarte y volví á la casa de mi adorador. ¡Cuánto me he aburrido, Dios mío! ¿Tengo yo la culpa de que todos los hombres me parezcan feos y tontos desde que te quiero? Sin embargo, vivir del aire es labor que supera mis fuerzas. ¿Qué querías que yo hiciese?

»No me mato, pobre amigo, me consumo; y lo que ejecuto no es un asesinato de cuenta. Mi salud es deplorable y está perdida para siempre, y sin el tedio nada sería esto. Dicen que te casas: ¿Es hermosa tu mujer? Cuando haga buen tiempo, acuérdate del día en que tú regabas tus flores. ¡Ay, cuán rápidamente te quise! Al verte, un sobresalto me dominaba, la palidez

se apoderaba de mi semblante. Contigo fui muy dichosa. Adiós.

»Si tu padre lo hubiera querido, nunca nos hubiésemos separado; pero tú no tenías dinero y yo tampoco; esta fué nuestra desdicha. Aun cuando yo hubiese sido modista, no podría haber seguido en el oficio. Así, ¿que quieres que yo hiciese? Hice, pues, dos ensayos para comenzar una existencia nueva, los dos fracasaron.

»Te aseguro que no es la locura lo que me impulsa á morir. Dispongo de toda mi razón. Mis padres, á quienes Dios perdone, han venido á verme una vez más. ¡Si supieras lo que conmigo quieren hacer! Es nauseabundo el ser juguete de la miseria y el verse zarandear así. Cuando antaño nos quisimos, nos hubiera ido mucho mejor siendo más económicos. Pero tú querías ir al teatro y que nos divirtiéramos. ¡Hemos pasado muy buenas veladas en la Cabaña!

»Adiós, querido, adiós, por última vez. Si yo gozara de buena salud, hubiera vuelto al teatro; pero de la vida sólo el alentar me queda. Que mi muerte no sea para tí motivo de culpa. Demasiado creo que si en tu mano hubiera estado, nada de lo que lamentamos hubiera sucedido; yo lo veía, pero no me atrevía á declararlo. He visto cómo la tormenta se preparaba, pero no quería que te atormentase.

»Esta en que te escribo es una noche triste, más triste, créelo así, que aquella en que lla-

maste á la puerta de mi casa y viste que no estaba. Nunca te habia tenido por celoso; cuando supe que te habías encolerizado, me puse triste y alegre. ¿Por qué no ejerciste sobre mí la autoridad que tenías al alcance de tu mano? Hubieras visto la cara que yo tenía al volver de tentar fortuna; pero da lo mismo, me querías más de lo que aparentabas.

«Quisiera acabar y no puedo. Me agarro á este papel como á un resto de vida; pongo las líneas compactas y quisiera juntar todas las fuerzas que me quedan para enviártelas. No, tú no conociste mi corazón. Me quisiste porque eres bueno, por compasión venías á verme y un poco también por gusto. Si hubieras sido rico, no me hubieras dejado: esto es lo que yo me digo, y es lo único que me procura ánimos. Adiós.

«¡Que tu padre no se arrepienta nunca del mal que ha ocasionado! ¡Ahora es cuando conozco lo que daría por saber alguna cosa, por tener algún medio de ganarme la vida con mis manos! Si cuando uno es niño pudiera ver su vida en un espejo, no acabaría como acaba; tú me querrás todavía; pero acaso no, puesto que vas á casarte.

»¿Cómo pudiste escribirme una carta tan dura? Puesto que tu padre lo exigía y puesto que tú ibas á largarte, no creí hacer nada malo al intentar seguir á otro amante. Nunca experimen-

té sensación parecida y nunca vi cosa más extraña que la cara que puse cuando le dije que volvía á mi casa.

»Tu carta me ha desolado; así que la lei, permaneci dos días junto á la chimenea sin poder moverme ni articular una sola palabra. Mi destino fué la desdicha misma. No podrías imaginar cómo Dios me trató en estos veinte años que he vivido. Cuando niña me pegaban y si lloraba me echaban á la calle: «Anda á ver si llueve,» me decía mi padre. Cuando tenía doce años me hacían cepillar madera, y desde que fui mujer no disfruté con ellos ni un solo día el sosiego. Mi vida se consumió esforzándome en vivir, y por último en convencerme de que la muerte era inevitable.

»¡Que Dios te bendiga, á ti á quien debo mis únicos días dichosos! Entonces respiré una bocanada de aire; que Dios te la devuelva. ¡Ojalá puedas ser dichoso y libre, amigo mío! ¡Ojalá puedas ser querido como te quiso tu moribunda, tu pobre Bernereta!

»No te aflijas, todo va á acabar ¿Te acuerdas de una tragedia alemana que me leías una noche en casa? El protagonista de la obra pregunta: «¿Qué palabra preferiremos á la hora de nuestra muerte? ¡Libertad! —contesta el niño Jorge.—Tú lloraste al leer esta palabra. Lloras, pues, es el último grito de tu amiga.

»Los pobres mueren sin hacer testamento; yo

te envió un mechón de mis cabellos. Un día que el peluquero me los quemó con las tenacillas, recuerdo que quisiste pegarle. Puesto que no querías que me los quemasen, no arrojarás al fuego mi presente.

»Adiós, adiós para siempre.

»Tu fiel amiga,

Bernereta.»

Me han contado que después de leer esta carta, Federico se lanzó a una tentativa funesta. No hablaré aquí de ella; los hombres indiferentes juzgan ridículos semejantes actos cuando se sobrevive. Las opiniones del mundo son tristes en este punto. Se ríe del que intenta morir y se olvida a quien realmente muere.

MARGOT

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

te envió un mechón de mis cabellos. Un día que el peluquero me los quemó con las tenacillas, recuerdo que quisiste pegarle. Puesto que no querías que me los quemasen, no arrojarás al fuego mi presente.

»Adiós, adiós para siempre.

»Tu fiel amiga,

Bernereta.»

Me han contado que después de leer esta carta, Federico se lanzó a una tentativa funesta. No hablaré aquí de ella; los hombres indiferentes juzgan ridículos semejantes actos cuando se sobrevive. Las opiniones del mundo son tristes en este punto. Se ríe del que intenta morir y se olvida a quien realmente muere.

MARGOT

FIN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

MARGOT

I

En una casa grande, de estilo gótico, situada en la calle del Perche, en el Marais, vivía, en 1804, una dama anciana, á quien todo el barrio conocía y quería, llamada la señora Doradur. Era una mujer antigua, no de la corte, sino de la clase acomodada; rica, devota, de carácter alegre y caritativa. Llevaba una vida muy retirada y su ocupación única consistía en hacer limosnas y en jugar á la baraja con sus vecinos. En su casa se comía á las dos y se cenaba á las nueve. Apenas salía sino para ir á la iglesia ó para dar un paseo y volver por la plaza Real. En una palabra, había conservado las costumbres y hasta el traje de su época, cuidándose poco de la nuestra. Leía los devocionarios mejor que los periódicos y dejaba al mundo recorrer su carrera, no pensando sino en morir tranquilamente.

Como hablaba bien y aún demasiado, tuvo á su lado, desde la edad de veinte años en que había quedado viuda, una señorita que la acompañaba, de la cual nunca se separaba,

llegando á ser una amiga. Siempre se las veía juntas en misa, en el paseo y sentadas al amor de la lumbre. La señorita Ursula guardaba las llaves de la bodega, las de los armarios, y hasta las de la mesa de escritorio. Era una joven alta y seca, de aspecto hombruno, muy déspota y de carácter áspero. La señora Doradur, que no era alta, se colgaba al hablar del brazo de su fea acompañante, á quien llamaba su buenisima amiga, y, como los niños, se dejaba llevar con andadores. Mostraba ciega confianza en su favorita, y previamente la había asegurado herencia sólida en su testamento. La señorita Ursula lo sabía; por consiguiente, aparentaba querer á su señora más que á sí propia, y sólo hablaba de ella elevando los ojos al cielo y exhalando suspiros de reconocimiento.

No hay para qué decir que la señorita Ursula era el ama de la casa. Mientras la Doradur hacia media, tendida en el sofá, la señorita Ursula, cargada de llaves, recorría majestuosamente los corredores, golpeaba las puertas, pagaba á los mercaderes y quemaba la sangre á los criados; pero cuando llegaba la hora de comer y los invitados entraban, mostrábase tímida, con un vestido oscuro y modesto: saludaba con beatitud y sabía echarse á un lado abdicando aparentemente. En la Iglesia nadie rezaba con mayor devoción que ella ni bajaba más los ojos. Si acontecía á la señora Doradur, cuya religiosidad era sincera, el quedarse dormida en lo más interesante del sermón, la señorita Ursula empujábala ligeramente con el codo y el predicador quedaba muy reconocido. La señora Doradur tenía arrendadores, inquilinos, negociantes: la señorita Ursula examinaba las cuentas, y en punto á argucias de leguleyo,

mostrábase incomparable. Gracias á ella, en la casa no había ni una brizna de polvo; todo estaba limpio, nítido, reluciente, cepillado: los muebles en buen orden; la ropa blanca, nivea; la vajilla, como los chorros de oro; los relojes en hora. Todo lo había menester la doncella para poder regañar á su sabor y para reinar en plena gloria.

A la señora Doradur no se le ocultaban los defectos de su buena amiga, pero en realidad nunca supo más que advertir el bien en este mundo. Nunca veía claro el mal y lo experimentaba sin comprenderlo. Por otra parte, la costumbre la avasallaba, y hacia veinte años que la señorita Ursula la daba el brazo y que por las mañanas tomaban el café juntas. Cuando su protegida hablaba demasiado recio, la señora Doradur dejaba su labor, levantaba la cabeza y preguntaba con vocecilla aflautada: «¿Qué sucede, mi buenisima amiga?» Pero la amiga buenisima no siempre se dignaba contestar, ó, si contestaba, hablaba de tal suerte que la señora Doradur volvía á su labor tarareando una canción para no oír más de lo que ya había oído.

Aconteció de súbito que después de una tan dilatada confianza, Ursula engañaba á todo el mundo, principiando por su propia dueña; no solamente se procuraba una renta con el dinero que administraba, sino que se apropiaba de antemano, antes de que el testamento tuviera efecto legal, de los vestidos, ropa blanca y hasta de las joyas de la señora Doradur. Como la impunidad enardecía su rapacidad, llegó hasta el extremo de guardar una cajita con diamantes, de los cuales la señora para nada se servía, pero que guardaba con veneración en una co-

moda de tiempo inmemorial, como recuerdo de sus encantos perdidos.

La señora Doradur no quiso llevar á los tribunales á una mujer á quien habia querido; se limitó á echarla de su casa y se negó á autorizarla para que se despidiera. Mas de todas suertes se encontró de pronto en medio de una soledad tan cruenta, que derramó lágrimas amarguísimas. A pesar de su piedad acendrada, no pudo menos de maldecir de la inestabilidad de las cosas humanas y de los implacables caprichos del azar, que ni siquiera respeta un error añejo y grato.

A uno de sus buenos vecinos llamado M. Després, que llegó un día á procurarle consuelo, pidiéndole parecer sobre su situación.

—¿Qué va á ser ahora de mí?—le dijo.—Yo no puedo vivir sola, ¿dónde encontraré otra amiga nueva? La que acabo de perder me fué tan cara y tanto me habia con ella familiarizado, que á pesar del triste modo que de recompensarme tuvo, lamento no tenerla más á mi lado. ¿Quién me responderá de otra nueva? ¿Qué confianza puede inspirarme ahora una desconocida?

—La desdicha que habéis experimentado—respondió M. Després,—sería tremendamente perdurable si hiciera dudar de la virtud á un alma tal como la vuestra. En el mundo hay miserables é hipócritas, pero hay también gentes honradas. Buscad otra señorita que os acompañe, pero no lo hagáis á la ligera ni tampoco os mostréis en exceso escrupulosas. Vuestra confianza fué burlada una vez, cierto, pero esto no es razón para que lo vuelva á ser de nuevo.

—Creo que decís verdad—replicó la señora Doradur,—pero estoy muy triste y desasosega-

da. En París no conozco un alma: ¿no podríais hacerme el favor de informaros personalmente, y de encontrar para mí una muchacha honrada á quien yo trataría bien, y que me serviría al menos para darme el brazo cuando vaya á San Francisco de Asís?

M. Després, en su calidad de buen inquilino del Marais, no era ni inactivo ni despierto. Púsose, sin embargo, á la mira, y al cabo de algunos días, la Doradur tenía una nueva señorita, á la cual, dos meses después, habia concedido toda su amistad, porque era tan ligera como buena. Pero fué menester echar á la calle á la doncella nueva, no por mal educada, sino porque era poco honesta. Para la señora Doradur, fué este un motivo nuevo de disgusto. Quiso escoger nuevamente, recorriendo para ello todo el vecindario y hasta el *Diario de Avisos*, sin que por ello fuese más afortunada.

El abatimiento se apoderó de su ánimo, y entonces se vió á la buena señora apoyada en un bastón encaminarse sola á la iglesia. Había resuelto—decía,—que sus días acabaran sin solicitar el concurso de nadie, y cuando la gente la veía, esforzabase en soportar, sin ningún duelo, sus años y su tristeza; pero sus piernas temblaban al subir la escalera, porque tenía ya setenta y cinco años. Por la noche se la veía junto al fuego con las manos enlazadas y la cabeza baja: no podía soportar la soledad; su salud, ya debilitada, se trastornó muy pronto, y poco á poco la melancolía se apoderó de su alma.

Tenía un solo hijo llamado Gastón, que abrazó temprano la carrera de las armas y que estaba en la guarnición en la época de que hablamos. Su madre le escribía para contarle sus quebrantos y para rogarle que la socorriese

en la situación angustiosa en que se hallaba. Gastón quería entrañablemente á su madre; pidió licencia y la obtuvo, pero desgraciadamente su guarnición residía en la ciudad de Strasburgo, donde, como es sabido viven las más lindas grisetas de Francia. Sólo allí se ven esas alemanas morenas que poseen juntamente la languidez germánica y la vivacidad francesa. Gastón mantenía relaciones inmejorables con dos lindas estanqueras, que no quisieron dejarle partir. Vanamente intentó persuadir las, y hasta las enseñó la carta de su madre: las muchachas le contestaron con tan malas razones, que al fin se dejó convencer y fué aplazando el viaje de día en día.

Mientras tanto, la señora Doradur cayó enferma de cuidado. Había nacido tan alegre y los dolores morales eran para ella cosa tan poco natural, que no pudieron menos de constituir una enfermedad. Los médicos no sabían qué hacer. —Dejadme—decía la anciana,—quiero morir sola. Puesto que me abandonó todo cuanto amé, ¿qué ha de importarme un resto de vida en la cual nadie se interesa.

En su casa reinaba la más profunda tristeza, y al mismo tiempo un desorden nunca visto. Viendo los criados á su ama moribunda y sabiendo que el testamento estaba hecho tiempo hacía, comenzaban á no hacerla caso. Aquella vivienda, antaño tan bien cuidada y cuyos muebles estaban tan bien dispuestos, estaba sucia y polvorienta. —¡Ay, mi querida Ursula!—exclamaba la señora Doradur,—mi excelente compañera, ¿á dónde estáis? Vos echaríais de mí lado á los ganapanes que me rodean.

Un día que se hallaba más triste que nunca, todos la vieron sorprendidos levantarse súbita-

mente del sofá, apartar la cortina y ponerse los anteojos. Tenía en la mano una carta que acababan de entregarla y que desdobló con sumo cuidado. En lo alto de la carta había una linda viñeta que representaba el templo de la amistad, con un altar en el centro y en él dos corazones inflamados. La carta estaba escrita en bastardilla gruesa, las palabras perfectamente alineadas, con grandes rasgos en las mayúsculas, y era una felicitación de año nuevo, concebida, sobre poco más ó menos, en los siguientes términos:

«Muy señora mía y querida madrina: Me dirijo á usted en nombre de toda la familia para desearle un año bueno y feliz. Papá, mamá y mis hermanos, se lo desean á usted igualmente. Hemos sabido que estaba usted enferma, y pedimos á Dios que la conserve bien, lo que acontecerá seguramente. Me permito la libertad de escribirla, y soy con el mayor respeto y veneración su servidora,

MARGARITA PIEDELEU.»

La señora Doradur puso esta carta después de leída en la cabecera del sofá, mandó llamar al punto á M. Després y le dictó la contestación. Nadie tuvo en la casa conocimiento de ella, pero en cuanto la respuesta hubo partido, la enferma se mostró más sosegada, y pocos días después tan alegre y buena de salud como nunca lo había estado.

II

El buen Piedeleu era natural de Beanci; allí había pasado su vida y allí pensaba morir. Era

un anciano y honrado arrendador de las tierras de la Honville, cerca de Chartres, que pertenecían a la señora Doradur. Nunca había visto una selva ni tampoco una montaña, porque nunca abandonó la casa de labor sino para dirigirse a la ciudad ó a los alrededores, y la Beauce, como es sabido, es llana como la palma de la mano. Ciertó que había visto un río, el Eure, cuyas aguas se deslizaban cerca de su casa. Cuanto al mar creía en su existencia como en la del paraíso; es decir, que pensaba en la necesidad de ir á verlo; de manera que no encontraba en el mundo más que tres cosas dignas de admiración: el campanario de Chartres, un joven hermoso y un hermoso campo de trigo. Su erudición limitábase á saber que hace calor en verano, frío en invierno, y además el precio de los granos en el último mercado. Pero cuando á mediodía, á la hora en que los labradores descansan, el buen hombre salía del corral para dar los buenos días á sus cosechas, daba gozo ver su elevada estatura y sus anchas espaldas dibujarse en el horizonte. Parecía entonces que los trigos estaban más erguidos y más altivos que de costumbre, que las rejas de los arados eran más relucientes. Ante su mirada, los mozos tendidos á la sombra y comiendo se descubrían respetuosos al par que engullían sus hermosos trozos de pan y queso. Los bueyes rumiaban con mejor continente, los caballos se erguían cuando los acariciaba la mano del amo, que golpeaba sus grupas redondeadas. Nuestro país es granero de Francia,—solía decir el buen hombre; luego inclinaba la cabeza al andar, contemplaba sus surcos geoméricamente alineados y se perdía de vista contemplándolos.

Su esposa, la señora Piedeleu, le había dado nueve hijos, de los cuales ocho fueron varones, y si cada uno de los ocho no medían hasta seis pies de altura, no les faltaba gran cosa. Ciertó que así era la estatura del buen Piedeleu, cuya madre media cinco pies y cinco pulgadas: era la mujer más hermosa de todo el país. Los ocho mocetones, fuertes como toros, terror y admiración del lugar, obedecían como esclavos á su padre. Eran, por decirlo así, los primeros y más celosos de entre sus criados, y sucesivamente ejercían las funciones de carreteros, aradores y trilladores. Era un hermoso espectáculo el ver á los ocho mocetones ya arremangados y con las hoces en la mano levantando una hacina de mies, ya el domingo yendo á la misa con el padre á la cabeza, ya, en fin, por la noche después del trabajo, sentados en derredor de la larga mesa de la cocina, charlar comiendo la sopa y entrechocar sus grandes vasos de estaño.

En medio de esta familia de gigantes había venido al mundo una criaturita encantadora y rebosante de salud: era el noveno hijo de la señora Piedeleu, Margarita, á quien llamaban Margot. Su cabecita ni siquiera llegaba al codo de sus hermanos, y cuando su padre la besaba, levantábala del suelo y la colocaba en la mesa. La pequeña Margot no había cumplido todavía dieciséis años; su nariz remangada, su linda boquita siempre sonriente, su tez dorada por el sol, sus brazos regordetes y su talle redondo asemejábanla á la alegría misma, de tal suerte que era el contento de toda la familia. Sentada en medio de sus hermanos aparecía radiante, como un haz de trigo. «Yo no sé—decía el bueno de Piedeleu,—como mi mujer se las com-

puso para hacerme esta criatura: es un obsequio de la Providencia, pero es lo cierto que este retoño me hará reír toda mi vida.

Margot gobernaba la casa; la madre Piedeleu, aunque estaba fuerte todavía, la había encomendado ese cuidado á fin de habituarla temprano al orden y á la economía. Margot guardaba la ropa blanca y el vino: custodiaba la vajilla, que no se dignaba fregar, pero en cambio ponía los cubiertos en la mesa, llenaba los vasos y cantaba una canción á los postres. Las criadas de la casa la llamaban señorita Margarita, porque mostraba en todo personalidad cabal. Por lo demás, como dice la gente del pueblo, era cuerda como un santo. Lo cual no quiere decir que no fuese coqueta: era joven, bonita é hija de Eva. Pero si á un muchacho, aun de los más distinguidos del lugar, se le ocurría estrecharla el talle más de lo conveniente, las consecuencias no eran muy agradables; el hijo de un arrendador, llamado Yarry, que era lo que comunmente se llama una mala persona, la besó un día en el baile y la muchacha le pagó con un buen sopapo.

El señor cura profesaba á Margot singular cariño. Cuando quería poner á alguien por modelo, Margot iba siempre en primer término, y hasta llegó un día á honrarla hablando de ella en el sermón, mostrándola como dachado á su rebaño. Si el progreso de los tiempos no hubiera traído consigo la supresión de las coronas de rosa para las jóvenes, Margot hubiera llevado la corona, la cual habría valido más que un sermón, pero los caballeros del 89 suprimieron otras cosas mucho mejores. Margot sabía coser y hasta bordar, y su padre quiso además que supiese leer y escribir, y también ortogra-

fa, geografía y un poco de gramática. Una monja carmelita se encargó de su educación, de suerte que Margot era el oráculo del lugar: así que abría la boca, los campesinos se quedaban embobados; deciales que la tierra era redonda y la creían bajo su palabra. Los dominicos congregábase la gente en derredor suyo, cuando bailaba en el césped, porque lo hacía maravillosamente. En suma, Margarita hallaba medio de ser amada y admirada, lo cual suele ser difícil.

El lector sabe ya que Margot era ahijada de la señora Doradur y que la había escrito felicitándola por año nuevo en buen papel con viñetas. Esta carta, que no tenía diez líneas, había costado muchas fatigas á la arrendadorilla, porque en literatura no era ser fuerte. La señora Doradur, que siempre quiso mucho á Margot, y que la tenía por la joven más honrada de la región, determinó pedirselas á su padre para hacer de ella, á ser posible, la señorita de compañía.

El buen Piedeleu estaba un día muy ocupado en su corral contemplando una rueda nueva que acababan de colocar en una de sus carretas. La madre Piedeleu, de pie bajo el cobertizo, sostenía gravemente con unas tenazas gruesas la nariz de un toro rebelde para que no se moviese mientras el veterinario le curaba. Los mozos de la granja trotaban á los caballos que volvían del abrevadero. El ganado ya se recogía en procesión majestuosa, encaminándose hacia el establo á la caída del sol, y Margot, sentada en su haz de tréboles, leía un número antiguo del *Diario del Imperio*, que el cura la había prestado.

El propio sacerdote compareció al instante y

le entregó una carta de parte de la señora Doradur. Piedeleu abrióla con respeto, y así que hubo leído las primeras líneas, vióse obligado á sentarse en un banco, lleno de conmoción y sorpresa: «¡Pedirme á mi hija!—exclamaba—¡á mi hija única, á mi pobre Margot!

Al oír estas palabras, la señora Piedeleu acudió asustada; los mozos, que volvían del campo, se reunieron en derredor de su padre y no se atrevían á moverse ni á respirar. Pasadas las primeras exclamaciones, toda la familia guardó silencio.

El cura tomó entonces la palabra y enumeró todas las ventajas que Margot encontraría aceptando la proposición de su madrina. La señora Doradur había prestado grandes servicios á los Piedeleu; era su bienhechora y tenía necesidad de alguien que la hiciera la vida grata, que cuidara de ella y de su casa; para esto se dirigía á sus arrendadores con plena confianza; ella, por su parte, trataría bien á su ahijada y además la aseguraría su porvenir. Piedeleu oyó al cura sin desplegar los labios, y luego pidió algunos días para reflexionar antes de tomar una determinación.

Al cabo de una semana, y después de no pocas dudas y muchas lágrimas, resolvió que Margot se pondría en camino para París. Su madre estaba inconsolable: decía que era vergonzoso convertir á su hija en sirvienta, cuando no tenía sino que elegir entre los mejores mozos del país para llegar á ser una rica heredera. Por primera vez en su vida, los hijos de Piedeleu dejaron de estar de acuerdo; querellábanse todo el día, consintiendo los unos y negándose los otros á la partida de la hermana. En fin, aquello era un desorden y duelo hasta entonces

inauditos en la casa. Pero el bueno de Piedeleu recordaba que uno de los malos años, la señora Doradur, en vez de pedirle el dinero del arriendo, le había enviado un saquito de escudos; impuso silencio á todo el mundo y decidió que su hija partiera.

Llegado el día de la marcha, engancharon un caballo á la calesa, á fin de llevar á Margot á Chartres, donde había demontar en la diligencia. Aquel día no fué nadie al campo y se reunió casi toda la gente del lugar en el corral de la granja. Habían hecho á Margot un equipo completo: el interior, la trasera y el techo de la calesa, estaban repletos de bultos y cajas; pues no querían los Piedeleu que se hiciera en París mal papel. Margot se había despedido de todo el mundo é iba á abrazar á su padre, cuando el cura la cogió la mano y la dirigió una alocución paternal sobre su viaje, sobre la vida futura y sobre los peligros que la esperaban. «Guardad vuestra prudencia—dijo el digno varón al acabar,—que es el más preciado de los tesoros, velad por él y Dios hará todo lo demás».

El buen Piedeleu tenía los ojos llenos de lágrimas, aunque no lo alcanzó todo en el discurso del cura. Abrazó á su hija contra su corazón, la dejó, volvió junto á ella y la abrazó de nuevo; quería hablar, pero su perturbación se lo impedía: —Acuérdate de los consejos del cura —acertó á decir al fin con voz trémula,—acuérdate, pobre hija mía... Luego añadió bruscamente:

—Por todos los diablos juntos, no dejes de tenerlos presentes.

El cura, que levantó las manos para echar á Margot la bendición, se detuvo al oír tales palabras. Pero el pobre hombre las había proferido

para sobreponerse á su emoción; luego volvió la espalda al cura y entró en su casa sin añadir una sola palabra.

Margot trepó á la calesa, y ya iba á andar el caballo, cuando se oyó un suspiro tan fuerte que todo el mundo volvió la cabeza y vieron á un muchachuelo como de catorce años, en el cual nadie hasta entonces se había fijado. Llamábase Pierrot y su oficio no era de los más nobles, pues consistía en guardar gansos; pero quería entrañablemente á Margot, y no por amor, sino por amistad. También Margot quería al pobre diablillo; muchas veces le había dado cerezas ó uvas para con ellas acompañar el pan seco. Como no carecía de inteligencia, Margot gustaba de hacerle hablar y de enseñarle lo poco que sabía; y como eran casi de la misma edad, sucedía con frecuencia que el profesor y el discípulo jugaban juntos alegremente. Por aquellos días, Pierrot llevaba un par de zuecos que Margot le había regalado, porque le daba lástima verle descalzo. De pie en un rincón del corral, rodeado de su modesto rebaño, Pierrot miraba sus zuecos y lloraba de todo corazón. Margot le dijo que se acercara y alargó su mano: el chico la cogió y la llevó á la cara como si hubiera querido besarla, pero la puso en sus ojos; Margot la retiró bañada en llanto. Dijo adiós por postrera vez á su madre y la carroza se puso en marcha.

III

Cuando Margot subió á la diligencia de Chartres, la idea de recorrer veinte leguas y al término del viaje encontrar París, la trastornó tanto que no comió ni bebió. Desolada aún como

se hallaba por dejar su país natal, no podía menos de mostrarse curiosa; tantas veces había oído hablar de París como de una maravilla, que aun no creía ver por sus propios ojos una ciudad tan hermosa. Entre sus compañeros de viaje había un viajante, que cual los demás de su profesión, no dejó de hablar hasta por los codos. Margot le escuchaba sumida en religioso silencio. En las contadas preguntas que la joven arriesgó, conoció el viajante que se trataba de una novicia, y subiendo de punto en sus exageraciones, hizo de la capital un retrato tan extravagante y ampuloso, que al oírle, ignorábase si se trataba de París ó de Pekín. Margot no le ponía ningún reparo, y en cuanto á él no era hombre que se parara en barras, aun á riesgo de pasar por embustero á la primera ocasión. Aquel individuo llegaba al grado supremo de la fanfarronería. Recuerdo que yendo á Italia me ocurrió lo propio que á Margot: uno de mis compañeros de viaje me hizo una descripción de Génova cuando yo iba á verla, y mintió en el barco que nos llevaba, mintió á la vista de la ciudad, y en el puerto aun siguió mintiendo.

Los carruajes que de Chartres llegan á París entran en la ciudad por los Campos Elíseos. Puede suponerse la admiración de una lugareña ante el cuadro de una entrada tan magnífica que en el mundo todo no tiene igual, y que se creería hecha exprofeso para recibir un héroe triunfante, dueño del resto del universo. Las sosegadas y angostas calles del Marais parecieron luego muy tristes á Margot. Sin embargo, cuando el coche se detuvo ante la puerta de la señora Doradar, quedó encantada con la hermosa fachada de la casa. Levantó el llamador con temblorosa mano y sonó con temor entreve-

rado de gozo. La señora Doradur aguardaba á su ahijada; recibíola con los brazos abiertos y la hizo mil caricias; la llamó su hija, la sentó á su lado é hizo que la diesen de cenar.

Aturdida Margot por el ruido de la calle, las tapicerías, los artesonados y los dorados muebles, fijábase sobre todo en los hermosos espejos que decoraban la sala. La muchacha, que nunca se había peinado sino en el espejillo de mano de su padre, encontró lindo y prodigioso ver su imagen repetida en torno suyo de tantos modos diferentes. Las maneras delicadas y pulidas de su madrina, sus expresiones nobles y reservadas, hacíanla experimentar impresión intensa. Hasta el propio traje de la buena dama, su amplia falda de seda rameada, su gorro y sus cabellos empolvados, daban que pensar á Margot, haciéndola ver que se encontraba frente á una individualidad particularísima.

Como su espíritu era presto y ágil y tenía al propio tiempo la inclinación grande á imitar, tan natural en los niños, apenas hubo hablado una hora con la señora Doradur, cuando intentó que la sirviese de modelo. Irguióse, ajustó su tocado y puso á contribución toda su ciencia gramatical. Pero desgraciadamente el buen vino que su madrina la hizo beber para que se repusiera de las fatigas del viaje, embrolló muy luego sus ideas é hizo que sus párpados se cerrasen. Cogióla de la mano la señora Doradur y la llevó á un hermoso cuarto; después la besó de nuevo, díola las buenas noches y se retiró.

Al punto oyó que llamaban á la puerta y entró una camarera, quien despojó á Margot de su chal y su gorra y se arrodilló para descalzarla. Hasta que la quitó la camisa no echó de ver que la desnudaban, y sin fijarse en que estaba

completamente desnuda, hizo una reverencia á su camarera, despachó sus oraciones y en seguida se metió en la cama. Al resplandor de la lamparilla vió que en su cuarto había también muebles dorados y también uno de aquellos magníficos espejos que tanto la habían envasado. Encima del espejo había un entrepaño, y los amorellos que allí se veían esculpidos anteojáronsele otros tantos buenos genios que la invitaban á contemplarse. Prometiéndose no dejar de hacerlo, y mecida por los ensueños más deliciosos se durmió respirando delicias.

En el campo la gente madruga mucho, y nuestra campesinita se despertó al día siguiente á la hora en que los pájaros empiezan sus gorjeos. Sentóse en la cama, y al contemplar su lindo palmito en su espejo amado, honróse con una sonrisa muy graciosa. La camarera apareció en seguida y preguntó respetuosamente si la señorita quería bañarse. Al mismo tiempo colocó en sus hombros un traje de franela escarlata que pareció á Margot la púrpura de un monarca.

La sala de baño de la señora Doradur era más profana de lo que conviene á una devota, y había sido construida en la época de Luis XV. El baño, colocado en una plataforma, estaba situado en una bóveda estucada rodeada de doradas rosas; los inevitables amorellos aparecían en derredor del techo. En el entrepaño opuesto á la entrada se veía una copia de las *bañistas* de Boucher, que había sido pintada acaso por Boucher mismo. Una guirnalda de flores jugueteaba en el artesonado, un tapiz blando cubría el suelo, y cortinajes de seda galantemente recogidos dejaban penetrar al través de la persiana la luz tenue y misteriosa. No

hay para qué decir que todo este lujo estaba algo deslucido por el transcurso de los años; también los dorados habían envejecido, mas por lo mismo gustaba permanecer allí y se sentía como un resto del perfume de aquellos sesenta años de locura en que gobernó el rey bien amado.

Cuando Margot se vió sola en la sala, acercóse tímidamente á la ventana. Examinó primero los dorados grifos que había á cada lado de la bañera y no se atrevió á meterse en el agua, que le parecía por lo menos agua de rosas; metió muy despacito una pierna, luego la otra, y después permaneció en pie contemplando el entrepaño. Margot no sabía una palabra de pintura; las ninfas de Boucher la parecieron ditas y no imaginaba que semejantes mujeres pudiesen existir en la tierra, ni que pudieran comer con unas manos tan blancas, ni andar con unos pies tan pequeños. ¿Qué no hubiera dado Margot por ser tan hermosa como ellas? Ignoraba que con sus manos curtidas valía cien veces más que aquellas muñecas. Un leve movimiento de la cortina la arrancó de su distracción; estremeciéndose ante la idea de ser sorprendida en el estado en que se encontraba y se sumergió en el agua hasta el cuello.

Al punto se apoderó de Margot una dulce sensación de bienestar. Como los niños hacen, empezó por jugar en el agua con la punta de su peineador; entretúvose luego en contar las flores de la sala y después examinó los amorcillos, pero encontró feos sus gruesos vientres. Apoyó su cabeza en el borde de la bañera y miró por la ventana entreabierta.

La sala de baño estaba en el piso bajo y la ventana daba al jardín. No era aquel un jardín

á la inglesa, sino un jardín antiguo á la usanza francesa, que vale tanto como cualquiera otro: había hermosos paseos enarenados y bordeados de boj; grandes cuadros cubiertos de flores matizadas de colores vistosos; lindas estatuas aquí y allá, y en el fondo un laberinto en forma de seto. Margot contemplaba el laberinto, cuya entrada tenebrosa la ponía meditabunda: recordaba el juego del escondite, y pensaba que en las revueltas del seto debía de haber excelentes agujeros donde meterse.

Un joven guapo, vestido de húsar, salió en aquel momento del laberinto y se dirigió hacia la casa. Después de atravesar el *parterre* pasó tan cerca de la ventana de la sala de baño que sacudió la persiana con el brazo izquierdo. Margot no pudo contener un leve grito que la sorpresa la ocasionó; el joven se detuvo, abrió la persiana y asomó la cabeza; vió á Margot en el baño, y aunque era húsar se puso colorado. Margot se puso también encarnada y el joven se alejó.

IV

Hay bajo la capa del cielo una cosa desagradable para todo el mundo, y, sobre todo, para las jóvenes: ello es que la cordura es un trabajo y que tan sólo para ser razonable precisa esforzarse grandemente, mientras que para hacer tonterías basta con dejarse deslizar blandamente.

Homero nos enseña que Sisifo era el más cuerdo de los mortales. Sin embargo, los poetas le condenan unánimes á empujar una voluminosa roca hacia lo alto de una montaña, de donde cae de nuevo encima del desdichado que vuelve

hay para qué decir que todo este lujo estaba algo deslucido por el transcurso de los años; también los dorados habían envejecido, mas por lo mismo gustaba permanecer allí y se sentía como un resto del perfume de aquellos sesenta años de locura en que gobernó el rey bien amado.

Cuando Margot se vió sola en la sala, acercóse tímidamente á la ventana. Examinó primero los dorados grifos que había á cada lado de la bañera y no se atrevió á meterse en el agua, que le parecía por lo menos agua de rosas; metió muy despacito una pierna, luego la otra, y después permaneció en pie contemplando el entrepaño. Margot no sabía una palabra de pintura; las ninfas de Boucher la parecieron ditas y no imaginaba que semejantes mujeres pudiesen existir en la tierra, ni que pudieran comer con unas manos tan blancas, ni andar con unos pies tan pequeños. ¿Qué no hubiera dado Margot por ser tan hermosa como ellas? Ignoraba que con sus manos curtidas valía cien veces más que aquellas muñecas. Un leve movimiento de la cortina la arrancó de su distracción; estremeciéndose ante la idea de ser sorprendida en el estado en que se encontraba y se sumergió en el agua hasta el cuello.

Al punto se apoderó de Margot una dulce sensación de bienestar. Como los niños hacen, empezó por jugar en el agua con la punta de su peineador; entretúvose luego en contar las flores de la sala y después examinó los amorcillos, pero encontró feos sus gruesos vientres. Apoyó su cabeza en el borde de la bañera y miró por la ventana entreabierta.

La sala de baño estaba en el piso bajo y la ventana daba al jardín. No era aquel un jardín

á la inglesa, sino un jardín antiguo á la usanza francesa, que vale tanto como cualquiera otro: había hermosos paseos enarenados y bordeados de boj; grandes cuadros cubiertos de flores matizadas de colores vistosos; lindas estatuas aquí y allá, y en el fondo un laberinto en forma de seto. Margot contemplaba el laberinto, cuya entrada tenebrosa la ponía meditabunda: recordaba el juego del escondite, y pensaba que en las revueltas del seto debía de haber excelentes agujeros donde meterse.

Un joven guapo, vestido de húsar, salió en aquel momento del laberinto y se dirigió hacia la casa. Después de atravesar el *parterre* pasó tan cerca de la ventana de la sala de baño que sacudió la persiana con el brazo izquierdo. Margot no pudo contener un leve grito que la sorpresa la ocasionó; el joven se detuvo, abrió la persiana y asomó la cabeza; vió á Margot en el baño, y aunque era húsar se puso colorado. Margot se puso también encarnada y el joven se alejó.

IV

Hay bajo la capa del cielo una cosa desagradable para todo el mundo, y, sobre todo, para las jóvenes: ello es que la cordura es un trabajo y que tan sólo para ser razonable precisa esforzarse grandemente, mientras que para hacer tonterías basta con dejarse deslizar blandamente.

Homero nos enseña que Sisifo era el más cuerdo de los mortales. Sin embargo, los poetas le condenan unánimes á empujar una voluminosa roca hacia lo alto de una montaña, de donde cae de nuevo encima del desdichado que vuelve

constantemente á su labor. Los comentadores se rompieron los cascos buscando la causa de este suplicio; mas por lo que á mí respecta no dudo que con esta hermosa alegoría los antiguos quisieron representar la prudencia y la cordura. La cordura es, en efecto, una mole que hacemos rodar constantemente, y que de igual modo cae sobre nuestra cabeza. Notad que el día en que la mole se nos escape, en nada se nos agradece el que la hayamos hecho rodar años y años, y que, por el contrario, si un loco llega por casualidad á realizar un acto razonable, todo el mundo se lo agradece de una manera extrema. La locura está muy lejos de ser una piedra: es una bola de jabón que va danzando ante nosotros y coloreándose como el arco iris con todos los matices de la creación. Acontece, es verdad, que la bola se deshace y nos lanza algunas gotas de agua en los ojos, pero al instante se forma una nueva, y para que se mantenga en el aire no tenemos necesidad sino de respirar.

Quiero mostrar con estas reflexiones filosóficas que no es extraño el que Margot se prendase algún tanto del joven húsar, el cual la había visto en el baño; y quiero decir también que por ello no ha de pensarse mal de la muchacha. Cuando el amor se mete en nuestros negocios no hay necesidad de ayudarle, y de sobra se sabe que cerrarle la puerta no es el medio más apropiado de imposibilitarle la entrada. En el caso de que hablamos entró por la ventana, he aquí cómo:

Aquel joven vestido de húsar no era otro que Gastón, el hijo de la señora Doradur, que había escapado, no sin trabajo, á los smorios de su guarnición, y que acababa de llegar á la

casa de su madre. Quiso el cielo que el cuarto donde estaba Margot estuviese situado en el ángulo de la casa y que el del joven lo estuviera también; es decir, que sus dos ventanas caían casi enfrente la una de la otra y al mismo tiempo muy próximas. Margot comía con la señora Doradur y pasaba con ella toda la tarde hasta la hora de cenar; pero desde las siete de la mañana hasta el mediodía, se quedaba en su cuarto. Gastón casi siempre estaba en el suyo á las mismas horas.

Margot nada podía hacer mejor que coser en la ventana y mirar á su vecino.

La vecindad ha dado margen en todo tiempo á grandes desdichas; no hay nada tan peligroso como una linda vecina, y aun cuando fuese fea tampoco estaría yo tranquilo, porque á fuerza de verla constantemente, sucede, tarde ó temprano, que acaba uno por encontrarla bonita. Gastón tenía un espejito redondo colgado en su ventana, como acostumbra á tenerlos los solteros; aféitábase delante de este espejo, se peinaba y se arreglaba la corbata.

Margot echó de ver que el joven tenía hermosos cabellos rubios y rizosos, por lo cual compró primeramente un frasco de aceite de violeta para cuidar de que sus cabellos negros estuvieran siempre lisos y brillantes. Advirtió, en fin, que Gastón tenía corbatas muy bonitas y que siempre las llevaba distintas. Margot compró una docena de pañuelos de los mejores que encontró en el Marais. Gastón tenía además aquella costumbre que tanto indignaba al filósofo de Ginebra, y que le indispuso con su amigo Grimm: se limpiaba las uñas como dice Rousseau, con un instrumento hecho ex profeso. Margot no era tan gran filósofo como Rousseau;

en vez de indignarse compró un cepillito, y para esconder sus manos, que eran un poco encarnadas, como dije ya, se puso mitones negros que sólo dejaban ver el extremo de sus dedos. Gastón tenía también otras lindas cosas que Margot no podía imitar; por ejemplo, un pantalón encarnado y una chaquetilla azul celeste con cordones negros. Margot poseía, es verdad, un traje de casa de franela escarlata; pero, ¿con qué substituiría la chaquetilla azul? Aparentó tener malos los oídos y se puso por la mañana un pañuelito de seda azul. Como viera que Gastón tenía el retrato de Napoleón á la cabecera de su cama, ella quiso tener el de Josefina; por último, habiendo Gastón dicho un día en la mesa que le gustaban mucho las tortillas, Margot venció su natural timidez y realizó un acto de valor: declaró que no había en el mundo quien la ganara á hacer tortillas; que en casa de sus padres las hacía siempre y que suplicaba á su madrina que gustara una de sus manos.

Así trataba la pobre muchacha de testificar su sencillo amor, pero Gastón no se fijaba en él; como un joven arrojado, altivo, habituado á los placeres ruidosos y á la vida de guarición, habría podido advertir aquel manejo infantil? Las grisetas de Strasburgo se las arreglan de otro modo, cuando por algúen se encaprichan. Gastón comía con su madre y luego estaba en la calle todo el día, y como Margot no podía dormir hasta que Gastón se recogía, le aguardaba detrás de la cortina. Alguna vez ocurrió que el joven, viendo luz en el cuarto de Margot, preguntábase al atravesar el patio: ¿por qué no estará acostada ya esa chica? Sucedió también que al arreglarse por las mañanas lanzaba á Margot unas miradas que la penetraban

hasta el alma; pero ella apartaba al instante la mirada y de mejor gana se hubiera muerto que habría osado sostenerlas. Preciso es decir también que en el salón mostrábase muy distinta. Sentada junto á su madrina esforzábase en aparecer grave y reservada y en oír con el mayor decoro la charla de la señora Doradur. Cuando Gastón la hablaba, contestábale lo mejor que podía; pero lo que á todo el mundo extrañará es que le contestaba casi con frialdad. Que quien lo sepa explique lo que pasa en un cerebro de quince abriles; el amor de Margot estaba, por decirlo así, encerrado en su cuarto, y la muchacha daba con el amor tan pronto como en él entraba, y allí lo dejaba cuando salía; pero quitaba la llave de la puerta para que nadie en su ausencia pudiera profanar su pequeño santuario.

Ya se supondrá que la presencia de la señora Doradur hacía á Margot circunspecta y que la obligaba á reflexionar, porque la recordaba la distancia que la separaba de Gastón. Otra que no hubiera sido Margot se hubiera acaso desesperado por ello, ó mas bien se habría curado, viendo el peligro de su pasión; pero Margot no se preguntó nunca, ni siquiera en lo más profundo de su corazón, para qué su amor la serviría; y, en efecto, ¿hay pregunta más vacía de sentido que la que constantemente se dirige á los enamorados, cuando se les dice: ¿qué fin persigues con tu pasión? El fin que persigue es amar.

Tan pronto como Margot despertaba saltaba de la cama, y sin tener la precaución de calzarse, apartaba un poco la cortina para ver si Gastón había abierto las persianas. Cuando éstas permanecían cerradas, acostábase de nue-

vo y se ponía al acecho para oír el ruido de la falda, el cual nunca la engañaba. Llegado este precioso instante se ponía las zapatillas y la bata, abría a su vez sus persianas é inclinaba la cabeza á uno y otro lado, para ver si hacía buen tiempo. En seguida empujaba una de las hojas de la ventana, de suerte que sólo Gastón la viera; luego colocaba el espejo en una mesita y peinaba sus hermosos cabellos. No sabía que una coqueta verdadera sólo se deja ver cuando está ataviada y no se muestra cuando se arregla: como Gastón se peinaba frente á ella, ella se peinaba frente á él. Oculta por el espejo arriesgaba miradas tímidas, presta á bajar los ojos en cuanto Gastón la veía. Cuando sus cabellos estaban bien peinados y rizados, se ponía la gorrita de tul bordada á la usanza aldeana, que no había querido desechar: la gorrita era siempre blanca, y lo mismo el cuello que cubría sus hombros asemejándola á una monjita. Entonces permanecía con los brazos al aire, en jubón corto, aguardando el desayuno, que le servía la señorita Pelagia en una bandeja, escoltada por un gato de la casa, mueble indispensable en el Marais, y que ninguna mañana dejaba de cumplimentar á Margot. El animalito gozaba del privilegio de acomodarse en una poltrona, frente á la joven, y compartía su desayuno, lo cual, como puede suponerse, era para ella ocasión de coqueterías muy lindas. El gato, que era viejo y estaba cascado, enroscado en una butaca, cogía con gravedad los besos que no eran para él. Margot le atormentaba, le ponía en sus brazos, le echaba en la cama, acariciándole unas veces é irritándole otras. En diez años que llevaba en la casa nunca se había visto tan festejado, y no por

ello se encontraba satisfecho, precisamente, sino que tomaba las cosas con filosofía, porque tenía un buen natural y mucho afecto á Margot. Una vez tomado el café, acercábase de nuevo á la ventana, se hacía cargo del estado atmosférico y luego entornaba, sin llegar nunca á cerrar por completo. Para quien hubiera tenido olfato de cazador, era aquel el instante preciso de ponerse al acecho. Margot acababa de ataviarse. ¿Es posible asegurar que se dejaba ver? En manera alguna: moría de miedo de que la viesen y de deseos por dejarse ver. ¿Y Margot era muchacha prudente? Sí; prudente, honrada é inocente. ¿Qué hacía? Se calzaba y se vestía, y de cuando en cuando hubiera podido vérsela por la hendidura de la ventana, alargando el brazo para coger un alfiler de la mesa. ¿Y qué hubiera hecho al notar que la miraban? Al punto habría cerrado la ventana. ¿Por qué, entonces, la dejaba abierta? Preguntádselo, yo nada sé.

Tal era la situación de aquella casa, cuando cierto día la señora Doradur y su hijo celebraron una larga entrevista, que tuvo por resultado algo de misterioso que nadie llegó á saber. Pocos días después la señora Doradur dijo á Margot: «Querida hija, vas á volver á ver á tu madre, pasaremos el otoño en la Honville.

V

La residencia de la Honville estaba situada á media legua de Chartres, próximamente, de la granja que habitaban los padres de Margot, y aunque no podía llamarse castillo, era una casa hermosísima con un gran parque. La señora Doradur vivía en ella rara vez y hacía muchos

años que la ocupaba su administrador. Este viaje precipitado y las conversaciones secretas entre el joven y la anciana señora, sorprendían á Margot y la inquietaban.

Des días hacía que la señora Doradur había llegado y todavía no se habían desembalado todos los paquetes, cuando por la llanura se vieron avanzar diez colosos andando en buen orden: era la familia Piedelen, que iba á cumplimentar á la dama: llevaba la madre un cesto de frutas, los hijos ramos de flores y el padre dos gruesos melones que había escogido él mismo como los mejores de la huerta. La señora Doradur acogió estos presentes con su bondad habitual, y como había previsto la visita de sus arrendadores, sacó de su armario ocho chalecos de seda rameada para los muchachos, una pieza de puntilla para la madre Piedelen, y para el padre un hermoso sombrero de fieltro, de amplias alas, cuya cinta estaba sujeta con un alfiler de oro. Cambiadas las primeras palabras, compareció Margot radiante de salud y alegría. Luego que todos la besaron, su madrina entonó su elogio con voz segura, encareció su dulzura, su cordura y sus talentos, y las mejillas de la muchacha, encarnadas como la grana con los besos que había recibido, se encendieron de una púrpura más viva. Viendo la madre Piedelen los atavíos de Margot consideró que debía ser feliz, y como buena madre, no pudo resistir á la tentación de decirle que en su vida había estado tan bonita.

—En verdad,—añadió el buen hombre.

—Es la pura verdad,—repitió una voz que hizo estremecer á la joven hasta lo más hondo de su pecho: era la de Gastón que acababa de entrar.

En este momento todos vieron en el recibimiento á Pierrot, el que cuidaba los gansos, que tanto había llorado cuando Margot se fué. Había seguido á sus amos á distancia y como no se atreviera á entrar en la sala, saludó de lejos, espantado.

—¿Quién es ese muchachito?—dijo la señora Doradur.—Acércate, pequeño; ven á darnos los buenos días.

Pierrot saludó de nuevo, pero nada pudo decirle á entrar; se puso colorado como la grana y echó á correr como si le persiguiesen.

—¿Será verdad que me encuentran bonita?—se repetía Margot en voz baja, paseándose sola por el parque cuando su familia hubo partido. —¡Vaya un arrojo que me gastan los jóvenes para decir cosas semejantes delante de todo el mundo! Y yo que ni siquiera me atrevo á mirarle de frente... ¿Cómo es posible que me diga en alta voz una cosa que yo no puedo oír sin ponerme colorada? Menester es que esté bien acostumbrado á que lo diga con indiferencia, y sin embargo, decir á una mujer que le parece á uno bonita, es demasiado: parece así como una declaración de amor.

Ante esta idea Margot se detuvo, preguntándose lo que sería á punto fijo una declaración de amor. Había oído hablar mucho del asunto, pero no acertaba á darse cuenta clara. ¿Cómo se dice que se ama?—se preguntaba,—y no podía imaginar que bastase con decir: «os quiero». Parecía que debía ser otra cosa muy distinta, algo así como un secreto: un lenguaje particular, algún misterio lleno de encantos y peligros. Sólo había leído una novela y no se acordaba del título: era un tomo suelto que había encontrado en el granero de su padre, en

el cual se hablaba de un bandido siciliano que raptaba una religiosa; allí se leían algunas frases ininteligibles que juzgaba fuesen palabras de amor, pero había oído decir al cura que todas las novelas eran pura simpleza, y ardía en deseos de conocer la verdad, nada más que la verdad: ¿mas á quién iba á preguntársela?

El cuarto de Gastón en la Honville no estaba tan cerca del ayo como el de París. ¡Adiós ojeadas furtivas y ruido de la falleba! Todos los días, á las cinco de la mañana, la campana sonaba débilmente: era el guarda que despertaba á Gastón tocando una campana puesta cerca de su ventana; el joven se levantaba é iba de caza. Oculta detrás de su ventana, veíale Margot rodeado de sus perros, con el fusil en la mano; luego desaparecía en la niebla que cubría los campos. Seguíale con la vista con igual emoción que si hubiera sido una cautiva castellana, cuyo amado se encaminase á Palestina. A veces sucedía que, Gastón, en lugar de abrir el primer vallado, hacía que el caballo lo saltase. Entonces Margot exhalaba suspiros ignorados, juntamente dulces y crueles; figurábase que en la caza se corrían tremendos peligros, y cuando Gastón volvía á la caída de la tarde, cubierto de polvo, le miraba de pies á cabeza para convencerse de que no estaba herido, cual si volviese de un combate; pero cuando le veía sacar una liebre ó un par de perdices y dejarlas en la mesa, parecía ver á un guerrero vencedor cargado con los despojos del enemigo. Pero una vez sucedió lo que temía: el joven cayó del caballo al saltar un seto en medio de unas matas de espinos y se hizo algunos arañazos. ¡Qué emociones tan tremendas ocasionó ese ligero accidente!

La prudencia de Margot estuvo á punto de naufragar; faltóle poco para caer enferma y se la vió juntar las manos y rezar devotamente. ¿Qué no hubiera dado ella porque la hubiesen consentido enjugar la sangre que brotaba de la mano del joven? Se metió en el bolsillo el mejor pañuelo bordado, y aguardó impacientemente la ocasión de sacarlo para que Gastón pudiese envolver un instante su mano; pero ni siquiera tuvo tal consuelo. El insensible mozo, estando cenando, desechó el pañuelo de Margot y envolvió la mano en la servilleta. La joven sintió por ello tal despecho, que sus ojos se llenaron de lágrimas.

Sin embargo, no podía pensar que Gastón menospreciara su amor; lo ignoraba, ¿qué remedio ponerle? Unas veces, Margot se resignaba, y otras se impacientaba; los acontecimientos más indiferentes eran para ella unas veces causa de alegría y otras de tristezas. Una palabra afectuosa, una simple mirada de Gastón, la hacían dichosa un día entero; si cruzaba el salón sin fijarse en ella, si se retiraba por la noche sin saludarla, como acostumbraba, la muchacha pasaba la noche buscando en qué había podido disgustarle. Si por casualidad se sentaba junto á ella y la echaba un piropo, resplandecía de gozo y de reconocimiento; y si cuando cenaba dejaba un plato que ella le ofrecía, imaginábase que no la quería.

Algunos días llegaba á compadecerse á sí misma y hasta dudaba de su belleza creyéndose fea toda una tarde. Otras veces, el orgullo femenino fermentaba en su pecho, y otras, frente á su espejo, levantaba sus hombros de despecho pensando en la indiferencia de Gastón. Se encolerizaba y se desanimaba, tiraba sus

vestidos y se calaba el gorro hasta los ojos; un movimiento de altivez despertaba su coquetería; de pronto se presentaba á la mitad del día ataviada con sus mejores adornos y su traje del domingo, como para protestar con todas sus fuerzas contra la injusticia del destino. Margot, en su nuevo estado, conservó los gustos de su infancia. Mientras Gastón estaba de caza, pasaba las mañanas en la huerta; sabía manejar muy bien la regadera y la azada, y más de una vez dió un buen consejo al hortelano; la huerta se extendía frente á la casa y servía á la vez de *parterre*; las flores, los frutos y la verdura, se tocaban unos con otros. Margot gustaba, sobre todo, de un gran melocotonero cargado de fruto; lo cuidaba extremadamente y de él cogía algunos para el postre; había en el árbol un melocotón mucho más grande que los demás; Margot no acababa de decidirse á cogerle; le veía tan aterciopelado y de un tan hermoso color de púrpura, que no se atrevía á arrancarlo del árbol, pareciéndola un crimen el comérselo; nunca pasaba junto al árbol sin admirarlo, y había recomendado al jardinero que de ningún modo tocara aquel fruto, so pena de incurrir en la cólera y censuras de su madrina y aun en las suyas propias. Un día, á la caída de la tarde, Gastón, volviendo de cazar, atravesó la huerta; apresurado por la sed, levantó el brazo al pasar junto al árbol y la casualidad hizo que arrancase el fruto favorito de Margot, del cual tiró un mordisco sin compasión ninguna; ella estaba algunos pasos de allí, regando unas plantas, y corrió al instante hacia Gastón, pero el joven, que no la veía, continuó su camino. Después de haber dado uno ó dos bocados, arrojó el melocotón y entró en la casa.

Margot había visto, desde luego, que su melocotón querido se perdió para siempre. El brusco movimiento de Gastón y el menosprecio con que arrojó el fruto, produjo en la joven un efecto extraño é inesperado. Estaba desolada y encantada al mismo tiempo, porque pensaba que Gastón debía tener mucha sed á causa del calor que hacía, y además, porque el melocotón debió gustarle. Cogió del suelo el melocotón, y después de soplarle un poco para quitarle la tierra, miró si alguien la miraba y lo besó furtivamente; pero no pudo menos de morder el fruto á su vez para ver cómo sabía; yo no sé qué idea singular cruzó por su mente, y pensando acaso en el fruto ó en ella misma quizá: «¡Perverso mozo—se dijo,—cómo malgastáis sin saberlo!»

Pido perdón al lector por las niñerías que le cuento; pero, ¿cómo referir otra cosa siendo una niña mi heroína? La señora Doradur había sido invitada á comer en un castillo de los alrededores. Llevó consigo á Gastón y á Margot; separáronse muy tarde, y era ya noche cerrada cuando emprendieron el camino de la casa. Margot y su madrina ocupaban el fondo del carruaje; Gastón, sentado en la delantera, como no tenía nadie á su lado, se tendió en el asiento, de suerte que estaba casi acostado. La luna brillaba en todo su esplendor, pero el interior del carruaje estaba obscuro, y sólo algunos rayos de luz penetraban de vez en cuando; la conversación iba languideciendo: una buena comida, algún cansancio, la obscuridad y el blando balancear de la berlina, todo invitaba al sueño á los viajeros. La señora Doradur se durmió primero, y al dormirse puso un pie en el asiento delantero sin preocuparse de si molestaba á Gastón. El viento

era fresco: un recio mantón cubría las rodillas de la dama y envolvía juntamente á la madrina y á la ahijada. Margot, metida en un rincón, no se movía, aunque estaba bien despierta; pero tenía mucha curiosidad por saber si dormía Gastón; parecíala que teniendo ella los ojos abiertos, él también debía tenerlos; le miraba sin verle y se preguntaba si él hacía lo mismo; cuando la claridad se deslizaba en el carruaje, ella se arriesgaba á toser ligeramente. Gastón estaba inmóvil y Margot no se atrevía á hablar por no despertar á su madrina. Sacó la cabeza por la ventanilla y miró hacia fuera; la idea de un viaje largo tiene tanta semejanza con la de un amor dilatado, que al ver brillar la luna en los campos olvidó al punto que estaba en el camino de Honville; cerró un poco sus párpados, y al mismo tiempo que miraba pasar los árboles, se figuró que partía para Italia con la señora Doradur y su hijo. Este ensueño, como puede suponerse, llevóla al punto á muchos otros, y tan dulces que se sumió en ellos por completo; vióse al punto, no ya la mujer de Gastón, sino su prometida, corriendo el mundo, amada por él y con derecho á amarle; al fin del viaje estaba la dicha, esa palabra encantadora que Margot se repetía constantemente y que por fortuna ella comprendía tan poco. Para mejor ilusionarse cerró los ojos por completo, se adormeció, y por virtud de un movimiento involuntario hizo lo que la señora Doradur: extendió el pie hacia el asiento que había frente á ella é hizo la casualidad que la pusiera precisamente en la mano de Gastón. Este pareció no advertir nada, pero Margot despertóse sobresaltada, sin que por ello retirase su pie enseguida, apartándolo aun lado. Su ilusión le había mecido

tan á maravilla, que ni el mismo despertar la arrancó de ella; poco á poco la ilusión fué desvaneciéndose; Margot comenzó á pensar en la locura que acababa de hacer. «¿Lo ha hechado de ver?—se preguntó.—¿Duerme, ó aparenta dormir? Si lo advirtió, ¿cómo no quitó la mano? Y si duerme, ¿cómo no ha despertado? Acaso me menosprecia demasiado para dignarse mostrarme que ha sentido mi pie; acaso está muy á gusto simulando no sentirlo y aguarda que vuelva yo á comenzar; acaso cree que yo misma estoy dormida. No es agradable en modo alguno tener en la mano el pie de una persona, á menos que se la quiera. Mi zapato habrá manchado su guante, porque hoy hemos andado mucho; pero quizá no quiera fijarse en tan poca cosa. ¿Qué diría si yo hiciera lo mismo otra vez? Pero bien sabe que yo nunca me atreveré; acaso adivina mi incertidumbre.» Al propio tiempo que de esta suerte reflexionaba retiró despacito su pie con toda la precaución posible; este piececito temblaba como la hoja en el árbol; á tientas, en la obscuridad, tocó de nuevo los dedos del joven, pero tan ligeramente, que Margot misma apenas pudo advertirlo. Nunca su corazón había latido tan deprisa; creyóse perdida é imaginó que había cometido una imprudencia irreparable. «¿Qué va á pensar de mí?—se preguntó.—¿Qué opinión habré de merecerle? ¿Qué es lo que va á sucederme ahora? Ya no me atreveré á mirarle á la cara. Mal estaba hacer lo primero que hice, pero ahora las cosas están peor. ¿Cómo podré probar que no lo hice de intento? Los jóvenes no quieren nunca creer nada; se burlará de mí y contará á todo el mundo lo que ha pasado; á mi madrina, quizá, y mi madrina se lo dirá á mi padre; ya no podré volver al pue-

blo; ¿dónde iré? ¿qué será de mí? Será inútil que me defienda; verdad es que le toqué dos veces, y que nunca mujer alguna hizo cosa semejante. Después de lo que acaba de pasar, lo menos que puede sucederme es que me echen de la casa.

Margot se estremecía ante esta idea; buscó el medio de justificarse y proyectó escribir al siguiente día una larga carta á Gastón, en la cual le explicaría que como estaba distraída habia puesto el pie en su mano, que le pedía perdón y que le rogaba que lo olvidase todo. «¿Pero y si no dormía?—pensó—¿y si sabe que le quiero? ¿y si adivinó mi pensamiento? ¿y si me habla de la aventura antes que yo á él? ¿y si me dijera que me quería?»

El carruaje se detuvo en este momento. Gastón, que dormía á pierna suelta, extendió los brazos al despertar sin ningún género de miramientos; fuéronle necesarios algunos momentos para recordar dónde se encontraba, y ante este triste descubrimiento, los ensueños de Margot se desvanecieron; cuando el joven le ofreció la mano para bajar del coche, vió con toda claridad que habia viajado sin compañía en medio de la soledad más triste.

VI

Dos sucesos inesperados, uno ridículo y el otro serio, acontecieron casi al mismo tiempo. Una mañana estaba Gastón en la avenida de la casa probando un caballo que acababa de comprar, cuando un muchachuelo medio cubierto de andrajos y casi desnudo se dirigió á él con resolución y se detuvo ante su caballo. Era Pierrot, el que guardaba los gansos.

Gastón no le reconoció, y creyendo que le pedía limosna, le echó unos cuartos en la gorra. Pierrot los guardó en el bolsillo, pero en vez de alejarse, corrió tras el jinete y se colocó á algunos pasos ante él. Gastón le dijo dos ó tres veces que se apartase, pero el chico no hacía caso; le seguía y le paraba siempre.

—¿Qué se te ofrece?—preguntóle el joven:—¿quieres hacerme dar en tierra?

—Señor—respondió Pierrot sin moverse de donde estaba,—quisiera ser vuestro criado.

—¿De quién?

—Vuestro, señor.

—¿Mio? ¿y á propósito de qué me haces esa petición?

—Para ser criado del señor.

—Yo no tengo necesidad de criado; ¿quién te ha dicho que yo buscaba uno?

—Nadie, señor.

—Entonces, ¿qué vienes á hacer aquí?

—Vengo á pedir al señor que me deje ser su criado.

—¿Estás loco ó es que te burlas de mí?

—No, señor.

—Toma y déjame en paz.

Gastón le dió unas monedas, y apartando el caballo continuó su camino. Pierrot se sentó en el borde de la calle, y Margot, que pasaba por allí, le encontró llorando á lágrima viva.

—¿Qué tienes, Pierrot, qué te sucede?

Pierrot, al pronto, no quiso responder.

—Quería ser criado del señor—dijo al fin suspirando,—y el señor no quiere.

No sin gran trabajo acertó Margot á hacerle hablar, y desde luego comprendió de lo que se trataba. Desde que habia dejado la granja, Pierrot estaba melancólico por no verla. Entre

blo; ¿dónde iré? ¿qué será de mí? Será inútil que me defienda; verdad es que le toqué dos veces, y que nunca mujer alguna hizo cosa semejante. Después de lo que acaba de pasar, lo menos que puede sucederme es que me echen de la casa.

Margot se estremecía ante esta idea; buscó el medio de justificarse y proyectó escribir al siguiente día una larga carta á Gastón, en la cual le explicaría que como estaba distraída habia puesto el pie en su mano, que le pedía perdón y que le rogaba que lo olvidase todo. «¿Pero y si no dormía?—pensó—¿y si sabe que le quiero? ¿y si adivinó mi pensamiento? ¿y si me habla de la aventura antes que yo á él? ¿y si me dijera que me quería?»

El carruaje se detuvo en este momento. Gastón, que dormía á pierna suelta, extendió los brazos al despertar sin ningún género de miramientos; fuéronle necesarios algunos momentos para recordar dónde se encontraba, y ante este triste descubrimiento, los ensueños de Margot se desvanecieron; cuando el joven le ofreció la mano para bajar del coche, vió con toda claridad que habia viajado sin compañía en medio de la soledad más triste.

VI

Dos sucesos inesperados, uno ridículo y el otro serio, acontecieron casi al mismo tiempo. Una mañana estaba Gastón en la avenida de la casa probando un caballo que acababa de comprar, cuando un muchachuelo medio cubierto de andrajos y casi desnudo se dirigió á él con resolución y se detuvo ante su caballo. Era Pierrot, el que guardaba los gansos.

Gastón no le reconoció, y creyendo que le pedía limosna, le echó unos cuartos en la gorra. Pierrot los guardó en el bolsillo, pero en vez de alejarse, corrió tras el jinete y se colocó á algunos pasos ante él. Gastón le dijo dos ó tres veces que se apartase, pero el chico no hacía caso; le seguía y le paraba siempre.

—¿Qué se te ofrece?—preguntóle el joven:—¿quieres hacerme dar en tierra?

—Señor—respondió Pierrot sin moverse de donde estaba,—quisiera ser vuestro criado.

—¿De quién?

—Vuestro, señor.

—¿Mio? ¿y á propósito de qué me haces esa petición?

—Para ser criado del señor.

—Yo no tengo necesidad de criado; ¿quién te ha dicho que yo buscaba uno?

—Nadie, señor.

—Entonces, ¿qué vienes á hacer aquí?

—Vengo á pedir al señor que me deje ser su criado.

—¿Estás loco ó es que te burlas de mí?

—No, señor.

—Toma y déjame en paz.

Gastón le dió unas monedas, y apartando el caballo continuó su camino. Pierrot se sentó en el borde de la calle, y Margot, que pasaba por allí, le encontró llorando á lágrima viva.

—¿Qué tienes, Pierrot, qué te sucede?

Pierrot, al pronto, no quiso responder.

—Quería ser criado del señor—dijo al fin suspirando,—y el señor no quiere.

No sin gran trabajo acertó Margot á hacerle hablar, y desde luego comprendió de lo que se trataba. Desde que habia dejado la granja, Pierrot estaba melancólico por no verla. Entre

avergonzado y lloroso la refirió sus quebrantos, y Margot no pudo menos de echarse á reír y de compadecerle juntamente. El pobre muchacho, para expresar sus dolores hablaba al mismo tiempo de su amistad por Margot, de sus zuecos, ya en mal uso, de su triste soledad en el campo y de uno de los gansos, que había muerto, todo lo cual se mezclaba y confundía en su magín. En conclusión, no pudiendo ya soportar su tristeza, había tomado la determinación de coger el camino de la Honville para ofrecerse al señor como criado ó como palafrenero. Este paso le había costado ocho días de reflexión madura, y como acababa de verse, sin resultado favorable. De manera que el chico hablaba de morir antes que volver á la granja.

—Puesto que el señor desecha mis servicios —dijo al terminar su relación,—y puesto que no puedo estar cerca de él, como vos al lado de la señora Doradur, me dejaré morir de hambre.

No hay necesidad de decir que estas últimas palabras fueron acompañadas de un nuevo diluvio de lágrimas.

Margot le consoló lo mejor que pudo, y cogiéndole de la mano le llevó á la casa. Allí, en espera de que fuese tiempo oportuno para que muriese de hambre, hizo que entrara en la despensa y le dió un pedazo de pan, jamón y fruta. Pierrot, inundado en lágrimas, comió con buen apetito, pero sin apartar los ojos de Margot, quien le hizo comprender fácilmente que para servir á alguien es menester aguardar á que haya una plaza vacante, y le prometió que en la primera ocasión se encargaría de que sus deseos se realizaran. Dióle gracias por su amistad, le aseguró que ella le correspondía con la suya, enjugó sus lágrimas, le besó en la frente

con actitud maternal, y le decidió, por fin, á que volviera á la granja. Convencido Pierrot metió en sus bolsillos lo que le quedaba del desayuno, y Margot le dió además un escudo de cien sueldos para que se comprase un chaleco y unos zuecos. Así consolado, tomó la mano de la joven y puso en ella sus labios, diciéndola con voz enternecida: «Hasta la vuelta, señorita Margarita.» Mientras se alejaba á paso lento, advirtió Margot que el muchacho empezaba á ser ya mozo. Pensó que sólo tenía un año menos que ella y se prometió no besarle en lo sucesivo.

Al día siguiente vió que Gastón, contra su costumbre, no había salido de caza, y que en su vestidura había más esmero que de ordinario. Después de comer, es decir, hacia las cuatro de la tarde, el joven ofreció el brazo á su madre y ambos se dirigieron á la avenida. Hablaban en voz baja y parecían intranquillos; Margot, sola en la sala, miraba con ansiedad desde la ventana, cuando una silla de posta entró en el patio. Gastón corrió á abrir la portezuela. Una dama anciana bajó primero y después una señorita joven de unos diez y nueve años, vestida con elegancia y hermosa como un sol. A juzgar por el recibimiento que se dispensó á los huéspedes, opinó Margot que no solamente eran personas de distinción, sino allegados de su madrina; las dos mejores habitaciones de la casa fueron destinadas á los viajeros, y cuando éstos entraron en la sala, la señora Doradur significó á Margot que se retirase. Esta se alejó de mala gana, porque la estancia de las damas en la casa, nada agradable la presagiaba.

Al siguiente día dudaba si bajaría ó no al desayuno, cuando la Doradur llegó á buscarla

y la presentó á la señora y á la señorita de Vercelles, que así se llamaban las dos viajeras. Al entrar en el comedor observó Margot que había una servilleta blanca en el lugar que ella ocupaba, junto al de Gastón. Sentóse en silencio, mas no sin tristeza, en otro sitio; el suyo fué ocupado por la señorita de Vercelles, y muy luego pudo echarse de ver que el joven miraba mucho á su vecina.

Muda permaneció Margot durante la comida; y habiendo servido un plato que tenía delante, cuando llegó el turno á Gastón, éste ni siquiera se fijó en lo que veía. Después del almuerzo se pasearon por el parque, y cuando habían dado algunas vueltas, la señora Doradur tomó el brazo de la anciana dama y Gastón ofreció el suyo á la dama joven y hermosa; Margot iba sola detrás de las parejas y nadie pensaba en ella ni la dirigía la palabra; luego se detuvo y volvió á la casa. Para la comida, la señora Doradur pidió una botella de Frontignan, y como en todo había conservado las usanzas de antaño, levantó su vaso antes de beber para invitar á sus huéspedes á chocarlos.

Todos imitaron su ejemplo, menos Margot, que no sabía qué hacer. Nadie correspondió á su ademán temeroso, y la joven volvió á colocar el vaso en la mesa sin beber el contenido. «¡Última que no haya una quinta persona—dijo la señora de Vercelles al acabar la comida—para jugar á la berlanga» (entonces se jugaba entre cinco á la berlanga).—Margot, sentada en un rincón, se guardó muy bien de decir que ella sabía jugar, y su madrina propuso un *whist*. Cuando llegó la cena, á los postres, rogaron á la señorita de Vercelles que cantase; primero se hizo rogar un poco y luego entonó con voz

fresca una regocijada canción. Margot al oírla no pudo menos de suspirar y de pensar en la casa paterna, donde ella cantaba á los postres; cuando llegó la hora de recogerse, al entrar en su cuarto vió que se habían llevado dos muebles que eran justamente los de su preferencia: un sillón grande y una mesita de marquetería, en la cual colocaba su espejo para peinarse. Luego entreabrió la ventana temblando, para mirar un instante la luz que ordinariamente brillaba tras las cortinas de Gastón: era su adiós de todas las noches, pero aquel día no vió luz. Gastón había cerrado las maderas; Margot se acostó con la muerte en el alma y no pudo dormir en toda la noche.

¿Cuál era la causa de aquella visita y cuánto duraría? Margot nada podía saber, pero era evidente de toda evidencia que la presencia de aquella señora se relacionaba con las entrevistas secretas de la señora Doradur y su hija. Había allí un misterio imposible de adivinar, y cualquiera que fuese el misterio, Margot veía que había de dar al traste con su felicidad. Supuso primero que aquellas damas eran de la familia, pero advirtió muy pronto que las tributaban juntamente demasiada amistad y cumplidos extremosos para que así fuese. Durante el paseo, la señora Doradur puso especial cuidado en mostrar á la madre hasta dónde se extendían los muros del parque, y la había hablado al oído de los productos y valor de sus tierras. ¿Se tratará acaso de vender la Honville? Pero en este caso, ¿qué sería de la familia de Margot? Un nuevo propietario, ¿respetaría á los antiguos arrendadores? Mas por otra parte, ¿qué motivo podía tener la Doradur para vender una casa donde ella había nacido y donde su hijo

parecía encontrarse bien hallado, siendo, además, tan adinerada? Las señoras llegaban de París, de la gran ciudad, hablaban á diestro y siniestro y no parecían gustar de la vida campestre. La señora de Vercelles había dicho en la mesa que trataba á la emperatriz, que la acompañaba á la Malmaison y que disponía de sus buenas gracias. Acaso se trataba de pedir el ascenso de Gastón, y siendo así era natural que se fuese grato en todo á una dama que de tanto influjo gozaba. Tales eran las conjeturas de Margot, pero por muchos esfuerzos que hacer pudiera, á su espíritu nada satisfacía, y su corazón la imposibilitaba detenerse en el único supuesto verosímil, que también hubiera sido el único verdadero.

Dos criados llevaron á duras penas un gran cajón de madera á las habitaciones que ocupaba la señorita de Vercelles. En el momento que Margot salía de su cuarto, oyó sonar las teclas de un piano; era la vez primera de su vida que semejantes acordes vibraban en sus oídos, pues en punto á música sólo conocía la contradanza de su lugar, y se detuvo llena de admiración. La señorita de Vercelles cantaba y tocaba un vals, y Margot se acercó despacito á la puerta con objeto de oír la letra, que era italiana. La dulzura de esta lengua, desconocida para ella, pareció todavía más extraordinaria á Margot que la armonía del instrumento. ¿Quién era aquella que pronunciaba palabras misteriosas en medio de una tan extraña melodía? Vencida entonces por la curiosidad, se agachó, enjugó sus ojos aun llorosos, y miró por el agujero de la cerradura; vió á la señorita de Vercelles en traje de interior, con los brazos al aire, con los cabellos en desorden, con los labios entreabiertos y con

los ojos mirando al cielo. Creyó ver á un angel: nada tan encantador se había ofrecido nunca á sus miradas. Se alejó lentamente, deslumbrada, y al propio tiempo consternada, sin acertar á discernir lo que pasaba en su alma; pero mientras bajaba la escalera repitió varias veces con acento conmovido: «¡Virgen Santísima, qué mujer tan hermosa!»

VII

Es peregrino que en todas las cosas de este mundo se engañen precisamente aquellos á quienes más interesan. En el proceder de Gastón con la señorita Vercelles, la persona menos observadora hubiera visto que el mozo estaba enamorado. Margot no lo vió al principio, ó, por mejor decir, no quiso verlo. A pesar del dolor que experimentaba, un sentimiento inexplicable, que juzgarán imposible muchos, la impidió descubrir la verdad de lo que ocurría; me refiero á la admiración que la señorita Vercelles le había inspirado.

La señorita Vercelles era alta, rubia, muy simpática. Su presencia inspiraba más que afición hacia ella; era, si así puede decirse, de una belleza consoladora. Había en su mirada y en su manera de hablar un sosiego tan singular y tan dulce, que no era posible resistir al gozo que ocasionaba su presencia. Al cabo de algunos días testificó mucha amistad á Margot, y hasta fué la primera en insinuarse. Enseñóla los secretos del bordado y la tapicería, cogióla del brazo en el paseo é hizo que cantase los aires del lugar, acompañándola al piano. Margot estimó más esas muestras de benevolencia porque tenía el corazón lacerado. Tres días ha-

cia que vivía en el más cruel abandono, cuando la joven parisina se acercó á ella y la dirigió la palabra por vez primera. Margot se estremió de gozo, de temor y de sorpresa. Sufrió al verse completamente olvidada por Gastón y sospechaba la causa del olvido. En la conducta de su rival descubrió cierto encanto entreverado de amargura, sintió natural alegría por salir del aislamiento á que llegara de pronto, y se enorgullecó al verse distinguida por una agasajada tan linda. Aquella belleza que debiera haberla dado celos, la encantó á las primeras palabras, y á medida que con la dama se familiarizaba, más por ella se apasionaba. Después de admirar su rostro admiró su apostura y ademanes, su sencillez exquisita, sus gestos y hasta el adorno más ínfimo que llevaba. Nunca la quitaba los ojos de encima, y la oía hablar con atención religiosa. Cuando la señorita Vercelles se sentaba al piano, la mirada de Margot fulgaraba y semejaba decir á todo el mundo: «Mi buena amiga va á tocar», pues era así como la llamaba, no sin experimentar interiormente una punzada de vanidad. Cuando atravesaban el pueblo juntas, los campesinos volvían la cabeza por verlas. La señorita Vercelles no paraba mientes en la cosa, pero Margot se ponía encarnada de puro gozo. Casi todas las mañanas, antes del desayuno, visitaba á su buena amiga, la ayudaba á vestirse, veía cómo se lavaba sus lindas manos blancas y la oía cantar la dulce lengua italiana. Luego bajaba con ella á la sala, orgullosa de haber retenido algún aria que la señorita tarareaba en la escalera. Pero en medio de tanta bienandanza la devoraba el dolor y se echaba á llorar, cuando se veía sola.

La señora Doradur era poco observadora para advertir la pasión que se enseñoreaba en su ahijada.

—Me parece que estás palida—le decía algunas veces.—¿No has dormido bien esta noche?—Y luego, sin aguardar respuesta, se ponía á pensar en otra cosa.

Gastón era más avisado, y cuando se tomaba la molestia de pensar en ello, no se equivocaba en punto á la tristeza de Margot, pero se decía que seguramente obedecía á un capricho de niña, un poco de envidia, natural en las mujeres, y que con el tiempo se desvanecería. Hay que advertir que la muchacha había evitado siempre encontrarse á solas con él. La idea de una entrevista la estremecía, y aun cuando le veía desde muy lejos en el paseo, si iba ella sola y echaba por otro lado, de suerte que las precauciones de que para ocultar su amor se servía, le parecían al joven engendradas por un carácter uraño. ¡Singular muchacha!—decíase muchas veces al verla huir cuando él hacía ademán de acercarse,—y para apreciar su perturbación, alguna vez la habría abordado á pesar suyo. Margot bajaba la cabeza, se expresaba por monosílabos y se replegaba en sí misma como una sensitiva.

Los días se deslizaban con monotonía superlativa: Gastón no iba de caza, se paseaba poco y jugaba rara vez; todo quedaba reducido á conversar, y la señora Doradur advertía á Margot que se retirase de la concurrencia dos ó tres veces al día. La pobre muchacha no hacía más que subir á la sala y bajar á su cuarto. Si la acontecía que entraba en la sala para servir de estorbo, veía á las madres hacerse señas y todo el mundo se callaba; cuando la llamaban

al cabo de una conversación secreta, sentábase sin mirar á nadie y la inquietud que sentía asemejábase á la que se experimenta en el mar cuando la tormenta se divisa á lo lejos y avanza lentamente á través de un cielo sereno.

Pasando una mañana por la habitación de la señorita Vercelles, ésta hizo que se detuviera. Cambiadas algunas palabras indiferentes, Margot vió en un dedo de su buena amiga una sortija muy linda.

—Probáosla—dijo la señorita—y veamos si os va bien.

—¡Ay, señorita! mi mano no es digna de os tentar semejantes joyas.

—Os sienta maravillosamente, y os la regalaré el día de mis bodas.

—¿Váis á casaros?—preguntó Margot temblando.

—¡Quién sabe!—contestó sonriente la señorita Vercelles;—las solteras estamos expuestas todos los días á esas cosas.

No hay que decir la turbación que semejantes palabras produjeron á Margot; se las repitió cien veces día y noche, de una manera maquinal y sin atreverse á reflexionar sobre ellas. Sin embargo, algún tiempo después, al servir el café después de la cena, Gastón la presentó una taza, y ella la rechazó dulcemente, diciéndole: «Ya me la daréis el día de vuestra boda.» El joven sonrió y se mostró algo sorprendido; la señora Doradur frunció el entrecejo y rogó á Margot con agriura que no se metiera en los asuntos de la familia.

No fué menester hacerla dos veces la advertencia; lo que tanto deseaba y temía saber, hallólo probado con aquel incidente. Corrió á encerrarse en su cuarto, puso su frente entre sus

manos y lloró con amargura. Luego que volvió en sí tuvo cuidado de echar el cerrojo á fin de que nadie fuese testigo de su dolor. Así encerrada se sintió más libre y comenzó á discernir poco á poco lo que pasaba en su alma.

A pesar de su extrema juventud y del amor loco que la dominaba, Margot tenía muy buen sentido. Lo primero que sintió hondamente fué la imposibilidad de luchar contra los acontecimientos. Comprendió que Gastón amaba á la señorita Vercelles, que las dos familias estaban de acuerdo y que el matrimonio era inminente. Acaso el día estuviera ya señalado; recordaba haber visto en la biblioteca un hombre vestido de negro que escribía en papel sellado: era probablemente un notario que redactaba el contrato. La señorita Vercelles era rica, Gastón lo sería cuando su madre muriese. ¿Qué podía ella contra las medidas tomadas, tan naturales y tan justas? Se detuvo en esta idea, y cuanto más la ponderaba, juzgaba más invencible el obstáculo. No pudiendo impedir el matrimonio, creyó que lo único que le quedaba por hacer era no asistir á él. Sacó una maletita de su pertenencia, que estaba debajo de su cama, y la puso en medio del cuarto para guardar sus ropas, resuelta á volver á casa de sus padres; pero la faltó valor, y en vez de abrir la maleta sentóse encima de ella y comenzó de nuevo á llorar. Así estuvo cerca de una hora en estado tal, que daba piedad el verla. Las razones que primero la movieran, se enturbiaban en su espíritu; las lágrimas que sus ojos derramaban, trastornábanla y sacudía la cabeza como para libertarse del peso que la agobiaba. Mientras se devanaba los sesos buscando la determinación que había de tomar, no echó de

ver que la vela iba á apagarse. De pronto se vió en las tinieblas y se levantó y abrió la puerta para pedir una luz, pero era tarde y todo el mundo se había acostado. A pesar de lo cual anduvo á tientas, no creyendo la hora tan avanzada.

Cuando vió al bajar que la escalera estaba oscura y que se hallaba sola en casa, sintió miedo. Había atravesado un largo corredor que conducía á su cuarto; se detuvo allí, no atreviéndose á volver sobre sus pasos. Sucede á veces que una circunstancia, en apariencia insignificante, modifica el curso de nuestras ideas: la obscuridad produce este efecto más que ninguna otra causa. La escalera de la Honville estaba construida en una torrecilla, que llenaba por entero, dando la vuelta en espiral alrededor de una columna de piedra. Margot se apoyó en esta columna, y el frío que sintió, junto con el miedo y la pena que experimentaba, la helaban la sangre. Permaneció algún tiempo inmóvil; una idea siniestra la asaltó de súbito; la debilidad que la dominaba, hizola pensar en la muerte, y cosa extraña: esta idea, que no la duró más que un instante, desvaneciéndose al punto la devolvió las fuerzas perdidas. Volvió á su cuarto y allí se encerró de nuevo hasta el amanecer.

Así que amaneció bajó al parque. Aquel año el otoño era soberbio; las hojas, ya amarillentas, parecían de color dorado. Ninguna caía de las ramas, y el sosegado y tibio viento parecía respetar los árboles de la Honville. Era aquella la estación en que los pájaros celebran sus últimos amores. La pobre Margot no estaba tan adelantada como las aves, pero al calor bienhechor del sol sintió que su dolor se dulcificaba.

Pensó en su padre, en su familia, en su religión, y volvió á su primer designio, que era el de marcharse resignada. Pasó un momento, y ya no lo juzgó tan indispensable como la vispera; preguntóse qué mal había hecho para merecer ser echada de los lugares donde habían pasado los días más felices de su vida, é imaginó que podía permanecer, no sin sufrimiento, pero padeciendo menos que si se fuera. Internóse en las sombrías avenidas, y unas veces andaba muy despacio, otras con todas las fuerzas de que podía disponer; luego se detuvo y dijo: «Amar es cosa importante; para amar precisa el valor.» Esta palabra «amar», y la seguridad de que nadie en el mundo sabía nada de su pasión, ¿la procuraban alguna esperanza? ella lo ignoraba y por lo mismo esperaba sin ninguna dificultad. Su secreto adorado la parecía un tesoro oculto en su corazón, y no podía determinarse á arrancarlo; jurábase conservarlo allí siempre y protegedlo contra todo el mundo, aun á riesgo de que enterrado permaneciese. A despecho de la razón, las ilusiones vencían, y como ella amaba cual las criaturas, habiéndose desolado mismo, consolábase de la propia suerte. Pensó en los cabellos blondos de Gastón y en las ventanillas de la calle del Perche; intentó persuadirse de que el matrimonio no era un hecho consumado y que había podido engañarse en lo que oyó á su madrina; se tendió al pie de un árbol, y quebrantada por la emoción y la fatiga, no tardó en quedarse dormida.

Cuando se despertó era ya mediodía. Miró en su derredor y apenas si se acordó de sus pesares. Un ruido ligero que oyó á poca distancia, hizola volver la cabeza; bajo el seto vió que llegaban Gastón y la señorita Vercelles, que

iban solos. Margot, escondida entre unas espesas matas, no podía ser vista. En la mitad del paseo, la señorita Vercelles se detuvo sentándose en un banco; Gastón permaneció un instante junto á ella, contemplándola enternecido; luego inclinó la rodilla, rodeóla con sus brazos y la abrazó. Margot, que presencié aquella escena, se levantó enloquecida; un dolor intenso se apoderó de todo su sér, y sin saber adónde iba, huyó corriendo hacia los campos.

VIII

Desde que Pierrot naufragó en la enorme empresa que había formado y que consistía en ser criado de Gastón, estaba cada día más triste y dolorido. Los consuelos que Margot le procurara calmáronle sólo un instante; pero esta satisfacción no había durado más tiempo que las provisiones que se llevara en los bolsillos. Cuanto más pensaba en su Margot querida, con claridad mayor veía que le era imposible vivir lejos de ella, y á decir verdad, la existencia que llevaba en la granja no era para distraerle, como tampoco la compañía con la cual pasaba el tiempo. El día mismo en que nuestra heroína estaba tan desesperada, iba Pierrot sumergido en dulces ensueños á lo largo del río arreando á sus gansos adelante, cuando á unos cien pasos de distancia vió desalentada correr á una mujer, la cual, después de haber errado aquí y allá, desapareció de pronto en medio de los sauces que bordeaban el agua. El muchacho se llenó de inquietud y sorpresa y echó á correr á su vez para alcanzar á la mujer aquella, pero al llegar al punto donde la había perdido de vista, buscóla en vano en los campos de alrede-

dor y pensó si había entrado en un molino que cerca de allí se encontraba; sin embargo, siguió el curso del agua dominado por perverso augurio. El Eure había empeorado aquel día á causa de las lluvias, y Pierrot, que no estaba contento, contempló el agua con ojos más siniestros que de costumbre. Pronto le pareció advertir una mancha blanca que se agitaba junto á los rosales: acercóse á ella, y colocándose boca abajo junto al río, se deslizó hacia él un cadáver, el cadáver de Margot. La desdichada joven no daba muestras de vida: estaba inerte, fría como el marmol y con los ojos abiertos é inmóviles.

A la vista de este horror, Pierrot se puso á lanzar gritos que hicieron salir del molino á cuantos se encontraban dentro. Su dolor fué tan violento que su primer impulso fué arrojar-se también al agua para morir junto al sólo sér á quien había querido. Pero se acordó haber oído decir que los ahogados podían volver á la vida cuando á tiempo se les socorria. Los campesinos afirmaron que Margot estaba muerta sin remedio; Pierrot no quería creerlo, ni que depositaran su cuerpo en el molino; púsole sobre sus hombros, y andando tan deprisa como pudo la llevó á la choza que habitaba; quiso la casualidad que en el camino encontrara al médico del lugar, que se encaminaba á caballo á sus visitas: le detuvo y le obligó á entrar en su mansión, á fin de que examinara si aún había algún resto de esperanza.

El facultativo fué del parecer de los campesinos: apenas hubo visto el cadáver, dijo así: «Está bien muerta y no hay qué hacer sino enterrarla; á juzgar por el estado del cuerpo, debe haber permanecido en el agua más de un

iban solos. Margot, escondida entre unas espesas matas, no podía ser vista. En la mitad del paseo, la señorita Vercelles se detuvo sentándose en un banco; Gastón permaneció un instante junto á ella, contemplándola enternecido; luego inclinó la rodilla, rodeóla con sus brazos y la abrazó. Margot, que presencié aquella escena, se levantó enloquecida; un dolor intenso se apoderó de todo su sér, y sin saber adónde iba, huyó corriendo hacia los campos.

VIII

Desde que Pierrot naufragó en la enorme empresa que había formado y que consistía en ser criado de Gastón, estaba cada día más triste y dolorido. Los consuelos que Margot le procurara calmáronle sólo un instante; pero esta satisfacción no había durado más tiempo que las provisiones que se llevara en los bolsillos. Cuanto más pensaba en su Margot querida, con claridad mayor veía que le era imposible vivir lejos de ella, y á decir verdad, la existencia que llevaba en la granja no era para distraerle, como tampoco la compañía con la cual pasaba el tiempo. El día mismo en que nuestra heroína estaba tan desesperada, iba Pierrot sumergido en dulces ensueños á lo largo del río arreando á sus gansos adelante, cuando á unos cien pasos de distancia vió desalentada correr á una mujer, la cual, después de haber errado aquí y allá, desapareció de pronto en medio de los sauces que bordeaban el agua. El muchacho se llenó de inquietud y sorpresa y echó á correr á su vez para alcanzar á la mujer aquella, pero al llegar al punto donde la había perdido de vista, buscóla en vano en los campos de alrede-

dor y pensó si había entrado en un molino que cerca de allí se encontraba; sin embargo, siguió el curso del agua dominado por perverso augurio. El Eure había empeorado aquel día á causa de las lluvias, y Pierrot, que no estaba contento, contempló el agua con ojos más siniestros que de costumbre. Pronto le pareció advertir una mancha blanca que se agitaba junto á los rosales: acercóse á ella, y colocándose boca abajo junto al río, se deslizó hacia él un cadáver, el cadáver de Margot. La desdichada joven no daba muestras de vida: estaba inerte, fría como el marmol y con los ojos abiertos é inmóviles.

A la vista de este horror, Pierrot se puso á lanzar gritos que hicieron salir del molino á cuantos se encontraban dentro. Su dolor fué tan violento que su primer impulso fué arrojar-se también al agua para morir junto al sólo sér á quien había querido. Pero se acordó haber oído decir que los ahogados podían volver á la vida cuando á tiempo se les socorría. Los campesinos afirmaron que Margot estaba muerta sin remedio; Pierrot no quería creerlo, ni que depositaran su cuerpo en el molino; púsole sobre sus hombros, y andando tan deprisa como pudo la llevó á la choza que habitaba; quiso la casualidad que en el camino encontrara al médico del lugar, que se encaminaba á caballo á sus visitas: le detuvo y le obligó á entrar en su mansión, á fin de que examinara si aún había algún resto de esperanza.

El facultativo fué del parecer de los campesinos: apenas hubo visto el cadáver, dijo así: «Está bien muerta y no hay qué hacer sino enterrarla; á juzgar por el estado del cuerpo, debe haber permanecido en el agua más de un

cuarto de hora». Y al hablar así el doctor salió de la cabaña para montar de nuevo en su caballo, añadiendo que había que ir en busca del alcalde para prestar la declaración que la ley exige.

Además de querer entrañablemente á Margot, Pierrot era muy obstinado; sabía muy bien que Margot no había estado en el agua un cuarto de hora, porque la había visto echarse al río. Corrió tras del médico y suplicóle que en nombre del cielo no se marchara antes de cerciorarse de que su concurso sería inútil.—¿Y qué socorros quieres que la procure?—dijo el médico malhumorado.—Ni siquiera dispongo de un solo instrumento de los que me serían indispensables.

—Yo iré á buscarlos á vuestra casa, señor—repuso Pierrot;—decidme los que son y aguardadme aquí, que pronto estaré de vuelta.

El médico, que tenía mucha prisa, se mordía los labios de la torpeza en que acababa de incurrir al hablar de sus instrumentos: aunque estuviese convencido de que la muerte era real, comprendía que no le era posible negarse á intentar algo, so pena de perjudicarse, comprometiendo su reputación en el país.—Ve, pues, y deprisa—dijo á Pierrot;—cojerás una caja de acero blanco que te dará mi sirviente y me encontrarás aquí. Mientras tanto voy á envolver el cuerpo en estas mantas, é intentaré unas fricciones. Procura al mismo tiempo encontrar ceniza para calentarla; pero todo eso no servirá sino para perder el tiempo—añadió moviendo los hombros y dando una patada en el suelo.—Vamos, ¿entiendes lo que te digo?

—Sí, señor—dijo Pierrot,—y para ir más deprisa llevaré el caballo del señor.

Y sin aguardar licencia del doctor saltó al caballo y desapareció. Un cuarto de hora después volvía á galope con dos grandes sacos llenos de ceniza, uno á la grupa y otro detrás. «El señor ya ve que no he perdido un minuto—dijo mostrando el caballo que estaba casi reventado;—no me he entretenido en hablar, ni ha dicho á nadie una palabra; vuestra sirvienta había salido y todo lo arreglé yo mismo. «Anda y vete con el diablo—pensó el doctor;—¡en buena disposición está mi caballo para emprender la jornada!—Y hablando así, en voz baja, comenzó á soplar por medio de una vejiga en la boca de la pobre Margot, mientras Pierrot la frotaba los brazos. Encendieron fuego, y cuando la ceniza estuvo caliente la extendieron en el lecho, de suerte que el cuerpo quedó completamente enterrado. El médico vertió entonces algunas gotas de licor en los labios de Margot; luego movió la cabeza y sacó el reloj.

—Esto me desespera—dijo con tono amargo,—pero no hay que olvidar á los enfermos por atender á los muertos; me esperan muy lejos de aquí y me voy.

—Si el señor quisiera permanecer aún media hora más, yo le daría un escudo.

—No, hijo mío, es imposible, y no quiero tu dinero.

—Aquí tenéis el escudo,—repuso Pierrot sin oír las palabras del médico.

Era toda la fortuna del pobre chico; acababa de sacar del jergón de su cama todas las economías, y el doctor, naturalmente, se apresuró á cogerlas.

—Sea—dijo,—aguardaré media hora más; pero enseguida me largaré sin remisión, pues ya ves que todo es perfectamente inútil.

—No, no te hielas—dijo Pierrot,—estás cubierta con ceniza caliente.

—Tienes razón: ¿por qué me han traído aquí?

—Por nada, Margot, para que te cures: ¿cómo estás ahora?

—No del todo mal, estoy muy cansada: ayúdame á levantarme.

El buen Piedeleu y la señora Doradur, advertidos por el médico entraron en la cabaña en el momento en que la ahogada, medio desnuda, negligentemente inclinada en los brazos de Pierrot, tomaba una cucharada de agua de cerezas.

—Qué es lo que me habéis dicho—exclamó el buen hombre,—¿sabéis que está muy mal hecho el decir á las gentes que mi hija está muerta? ¡Cuidado con hacerlo otra vez, con mil demonios! ¡La cosa no pasaría como ahora!—Y se arrojó al cuello de su hija.

—Tened cuidado, padre mío—dijo Margot sonriente,—no me apretéis demasiado: pues hace un momento que volví á la vida.

No hay para qué hablar de la sorpresa y la alegría de la señora Doradur, así como de los parientes de Margot, que llegaron unos tras otros. Gastón y la señorita Vercelles comparecieron también, y la señora Doradur, llamando aparte al buen Piedeleu, empezó á comprender la causa del accidente. Las conjeturas que se habían hecho, demasiado tarde, lo habían explicado todo. Cuando Piedeleu supo que el amor había sido la causa de la desesperación de su hija, y que estuvo á punto de pagar con su vida su estancia en casa de su madrina, se paseó algún tiempo de arriba abajo.—«Ahora ya estamos en paz—dijo por fin bruscamente á la señora Doradur.—Mucho era lo que os debía y

mucho es lo que os he pagado». Cogió entonces á su hija de la mano y la llevó á un rincón de la cabaña. «Toma, desgraciada—le dijo mostrándole una sábana preparada para servirle de sudario,—toma esto, y si eres una muchacha honrada, guárdalo para mí y que no se te ocurra volverte á ahogar».

Acercóse luego á Pierrot, y dándole una buena palmada en el hombro:

—¡Hablad pues, señor!—le dijo;—vos que sopláis también en la boca de las solteras, ¿es que no hay que devolverte el escudo que diste al doctor?

—Señor, si queréis—respondió Pierrot,—podéis devolverme mi escudo; pero no quiero nada más, ¿me entendéis? no por altivez, pero es que es inútil no ser nada en este mundo...

—¡Anda allá, tonto!—replicó el bonachón de Piedeleu dándole una segunda palmada.

Ve á cuidar de tu enferma; este mozo la ha soplado la boca y ni siquiera la ha dado un beso.

IX

Han pasado diez años. Los victoriosos desastres de 1814 llenaban á Francia de soldados. Envuelto por toda Europa, el Emperador acababa como había comenzado, encontrando en el término de su carrera la inspiración de las campañas de Italia. Las divisiones rusas, dirigiéndose hacia París por las márgenes del Sena, acababan de ser deshechas en el combate de Nangis, donde sucumbieron diez mil extranjeros; un militar gravemente herido abandona-

ba el cuerpo de ejército mandado por el general Gerardo y ganaba por Elampes el camino de la Beauce. Apenas podía sostenerse á caballo; muerto de fatiga llamo una noche á la puerta de una granja de hermoso aspecto, y allí pidió alojamiento para pasar la noche. Después de haberle servido una buena cena, el arrendador, que no tendría más de veinticinco años, le presentó á su mujer, una campesina joven y bonita, de la misma edad, y madre de cinco hijos. Al verla entrar, el oficial no pudo contener un grito de sorpresa, y la hermosa arrendadora le saludó sonriendo.

—¿Estoy en un error?—dijo el militar:—¿no habéis sido señorita de compañía con la señora Doradur, y no os llamáis Margarita?

—Para servirlos—respondió la arrendadora,—y es el coronel, conde Gastón del Honville á quien tengo el honor de hablar, si no miente mi memoria? Este es Pedro Blanchard, mi marido, á quien debo la vida; besad á mis hijos, señor conde: es cuanto queda de una familia que sirvió mucho tiempo y fielmente á la vuestra.

—¿Es posible lo que me decís?—contestó el oficial:—¿qué fué de vuestros hermanos?

—Se quedaron en Champaubert y en Montmirail—dijo la arrendadora con voz conmovida,—y hace seis años que nuestro padre les espera.

—Y yo también—prosiguió el oficial—perdí á mi madre, y con esta sola muerte he perdido tanto como vos.

Al pronunciar estas palabras se llenaron sus ojos de lágrimas.

—Vamos, Pierrot—añadió alegremente dirigiéndose al marido y alargándole su vaso,—

¡bebamos á la memoria de los muertos y á la salud de sus hijos! Hay en la vida terribles momentos; todo consiste en saber atravesarlos.

Al día siguiente, al abandonar la granja, el militar dió las gracias á sus hosteleros, y en el instante de montar en su caballo, no pudo menos de decir á la arrendadora:

—¿Y vuestros amores de antaño, Margot, los recordáis?

—A fe mía, señor conde—contestó Margot,—que se quedaron en el río.

—Y con el permiso del señor—añadió Pierrot,—no seré yo quien vaya á pescarlos...

FIN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL

COLECCIÓN REGENTE

TOMOS PUBLICADOS Á 50 CENTS. VOLUMEN

- DE CARNE Y HUESO, por Eduardo Zamacois.
LA CONFESION DE CAROLINA, Arsenio Houssaye.
PRIMER AMOR, por Ivan Tourgueneff.
LA QUERIDA HEBREA, por F. Champsaur.
UNA NOCHE DE CLEOPATRA, Teófilo Gautier.
LA QUERIDA FALSA, por Honorato de Balzac.
BOHEMIA SENTIMENTAL, Enrique G. Carrillo.
LA BELLA JULIA, por Arsenio Houssaye.
INCESTO, por Eduardo Zamacois.
UN CORAZON SENCILLO, Gustavo Flaubert.
MARGARITA, por Arsenio Houssaye.
MAGDALENA FERAT, Emilio Zola (2 tomos).
LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES, por Murger.
PUNTO-NEGRO, por Eduardo Zamacois (2 tomos).
LAS HIJAS DEL FUEGO, por Gerardo de Nerval.
FELICIDAD, por Emilio Zola.
MAGDALENA, por Julio Sandeau.
DOS MUJERES, por Adolfo Belot.
L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), Emilio Zola (3 tomos).
NANA, por Emilio Zola (3 tomos).
LOS AMORES DE OLIVERIO, por Enrique Murger.

LOS AMORES DE CLOTILDE, por A. Palacio Valdés.
DOÑA SIRENA, por Enrique Murger.
LA CORTE DE NERON (Quo Vadis), por Enrique
Sienkiewicz (2 tomos).
LA VIUDA, por Octavio Feuillet.
EL PADRE GORIOT, por H. de Balzac (2 tomos).
UN LANCE DE AMOR, por Alejandro Dumas.
ALMA DE NIÑA, por H. Dostoiewsky.
LA VALIENTE, por Julio Sandeau.
LOS TRES RETRATOS, por Ivan Tourgueneff.
HISTORIA DE UNA PARISINA, por Octavio Feuillet.
LA NOCHE DE NOVIOS, por la Condesa Dash (dos
tomos).
FEDERICO Y BERNERETA, por Alfredo de Musset.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE PUBLICACIONES

VIDA GALANTE

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Dirección y Redacción: Ruiz, 8, Madrid

Sucursal: Gravina, 10, Barcelona

Apartado de Correos n.º 178

VIDA GALANTE es una de las revistas más interesantes, porque publica los cuentos é historietas ilustradas por un novísimo procedimiento fotográfico no empleado aún en España.

Esta revista publica cada número cuatro magníficas páginas en colores.

Precio del número corriente: 20 céntimos.

Número atrasado: 25 céntimos.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

España y Portugal.	{	Seis meses. . .	6 pesetas.
		Un año. . .	11 .
Extranjero. . . .		Un año. . .	12 francos.

COLECCIÓN REGENTE

TOMOS PUBLICADOS Á 50 CENTS. VOLUMEN

DE CARNE Y HUESO, por Eduardo Zamacois.
LA CONFESION DE CAROLINA, por Arsenio Houssay.
PRIMER AMOR, por Ivan Tourgueneff.
LA QUERIDA HEBREA, por F. Champsaur.
UNA NOCHE DE CLEOPATRA, por Teófilo Gautier.
LA QUERIDA FALSA, por Honorato de Balzac.
BOHEMIA SENTIMENTAL, por Enrique G. Carrillo.
LA BELLA JULIA, por Arsenio Houssaye.
INCESTO, por Eduardo Zamacois.
UN CORAZÓN SENCILLO, por Gustavo Flaubert.
MARGARITA, por Arsenio Houssaye.
MAGDALENA FERRAT, por Emilio Zola (2 tomos).
LA NOVELA DE TODAS LAS MUJERES, por E. Murger.
PUNTO-NEGRO, por Eduardo Zamacois (2 tomos).
LAS HIJAS DEL FUEGO, por Gerardo de Nerval.
FELICIDAD, por Emilio Zola.
MAGDALENA, por Julio Sandeau.
DOS MUJERES, por Adolfo Belot.
L'ASSOMMOIR (LA TABERNA), Emilio Zola (3 tomos).
NANA, por Emilio Zola (3 tomos).
LOS AMORES DE OLIVERIO, por Enrique Murger.
CRUELDADES DEL AMOR, por Mme. Judit Gautier.
LOS AMORES DE CLOTILDE, por A. Palacio Valdés.
DOÑA SIRENA, por Enrique Murger.
LA CORTE DE NERON (QUO VADIS), por Enri-
Sienkiewicz (2 tomos).
LA VIUDA, por Octavio Feuillet.
EL PADRE GORIOT, por H. de Balzac.
UN LANCE DE AMOR, por Alejandro Dumas (2 tomos).
ALMA DE NIÑA, por H. Dostoïewsky.
LA VALIENTE, por Julio Sandeau.
LOS TRES RETRATOS, por Ivan Tourgueneff.
HISTORIA DE UNA PARISINA, por Octavio Feuillet.
LA NOCHE DE NOVIOS, por la Condesa Dash (2 tomos).
FEDERICO Y BERNERETA, por Alfredo de Musset.

(1) La portada de este libro está ilustrada por los
tinguidos artistas Sra. Luisa Campos y Emilio Ducal.